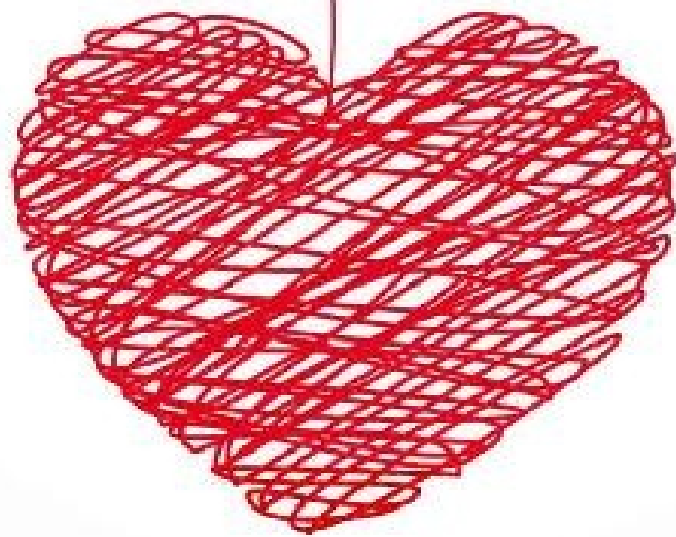




Por la fuerza



Pilar Parralejo

Por la fuerza

Pilar Parralejo

Título original: Por la fuerza
Diseño de la cubierta: Ediciones Infinity
Maquetación: Ediciones Infinity
Primera edición: Agosto de 2017
©2017, Pilar Parralejo
ISBN: 978-1974630288

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Sinopsis:

Después de ser raptada por el mismo tipo que provoca su despido, y después de ser "extorsionada" por su padre, se encuentra a sí misma casada con Ayrón: un auténtico desconocido, alguien que tiene todo lo que una mujer podría desear en un hombre, todo salvo la odiosa familia a la que pertenece, gente con un ego desmesurado que está dispuesta a cualquier baja para intentar separarlos.

Capítulo 1

Clarence miraba atónita la expresión de su jefe mientras éste gritaba, con los ojos a punto de salirse de las cuencas y la calva enrojecida por la irritación. Era inadmisibile que tratase así a un cliente. Pero en realidad ella no había hecho nada malo, solo se había defendido de las indecorosas propuestas de “ese” cliente.

Tal vez aquel no era el mejor empleo del mundo, y ser despedida de ese trabajo representaba decirle adiós a una suculenta cantidad de dinero mensual que le servía para ir reduciendo la deuda de juego de su padre. Era un trabajo respetable en el que no se permitía ir ligera de ropa, ni tenía que desnudarse para nadie. Hacía más de un año que trabajaba allí como *hostess* y hasta ese momento nunca había tenido ni problemas ni quejas de ningún cliente, y de hecho, “ese” cliente tampoco se había quejado, solo había solicitado hablar con el dueño para decirle la falta de competitividad de cierta anfitriona después de ser rechazado en su oferta de «ir a un sitio más tranquilo».

Después de escuchar los gritos, berridos y soplidos de su ahora ex jefe, y de salir de su despacho con una aún caliente carta de despido, fue a la taquilla, se quitó el uniforme que siempre debía llevar y se vistió con su ropa. No dijo nada a nadie, solo saludó a su compañera con la mano al pasar por su lado y salió a la calle, entrecerrando los ojos al sentir cómo la luz del sol bañaba su cara. Extendió los brazos, poniéndose de puntillas mientras tomaba una respiración profunda, acto seguido los dejó caer en un suspiro. Encontraría otro empleo y podría seguir haciendo frente a los pagos de las deudas.

No había llegado a dar el primer paso cuando se quedó, completamente helada al ver al mismo sujeto que había provocado su despido, apoyado, y con

actitud chulesca, en un sedán deportivo de color naranja metalizado. Ella elevó la cara con actitud regia y empezó a caminar, pasando por delante de él y sin decir una sola palabra, pero ese hombre no había hecho a lo que iba dentro del local, por lo que se acercó a ella y la frenó, sujetándola por el brazo.

—No tan deprisa, Clary.

—¿Clary? ¿Quién te ha dicho mi nombre? Porque recuerdo perfectamente no habértelo dicho.

—Yo lo sé todo. Sube. —Ordenó, abriendo la puerta trasera del coche y empujándola hacia adentro.

Clary colocó las manos a los lados y empezó a chillar como una loca, pidiendo socorro y diciendo que la estaban secuestrando, pero él presionó nuevamente hacia el asiento y, cuando consiguió meterla dentro, la empujó un poco más para sentarse a su lado.

Ella gritaba y gritaba, golpeando la ventanilla para intentar salir por ahí, pero después de un par de minutos terminó resignándose. Se sentó debidamente, con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas como debían ir.

—¿Has decidido ya comportarte como una persona normal?

—Déjame bajar. Déjame bajar o grito otra vez.

—Arthur, arranca. —Pidió al chofer, quien sonreía al mirarla por el retrovisor.

—Pero oye, ¿Tienes problemas de oído o algo? Arthur para el motor, por favor.

El chofer no respondió, pisó el acelerador y emprendió la marcha.

Ayron, el causante de su despido y su secuestrador, la miraba de arriba a abajo con una sonrisa de medio lado, algo que, lejos de gustarle, le irritaba.

Podría parecer que su visita al trabajo de Clary fuera algo casual, pero en realidad de lo que se trataba era de una visita de reconocimiento. Diez días atrás

había escuchado a Oliver, su abuelo, hablando con su padre y sus tíos acerca de su permanencia en la presidencia y, sabiendo que Ayrton no tenía novia, uno de sus tíos sugirió que, al no tener ni mujer ni hijos, podría perder el interés de llevar debidamente esa empresa y eso era motivo suficiente para degradarle a un puesto de directivo o quizás uno de oficina, su padre se apresuró entonces a decir que salía con alguien y que, probablemente, no tendría problema en casarse con ella o tener hijos, su tío le retó a que le dijera de quién se trataba y él dijo un nombre, un nombre que él pensó que era al azar: Clarence Becker. Ayrton conocía el apellido Becker, lo había escuchado alguna vez cuando aún vivía con su padre, pero desconocía totalmente el por qué su padre había mencionado un nombre como ese. Aun así él no era de a los que se pilla desprevenido por lo que, antes de que terminase aquella reunión de la que estaba siendo un testigo oculto, pidió a su secretario que buscara a todas las Clarence Becker de la ciudad, y entre ellas, a la que tuviera algo que ver con su familia.

Y ahí estaba ahora, con esa chica que lo asesinaba con la mirada, sentada a su lado. Le gustaba, no iba a negarlo. Le había gustado en fotos cuando su asistente le llevó el dossier con toda la información que había recabado de ella. Era esbelta pero más baja que él, y con una cara preciosa. Su cabello tenía un tono castaño claro que, dependiendo de la luz, parecía rubio, sus ojos eran de color turquesa, un color que jamás antes había visto. Le gustaba su afán de superación, le gustaba que supiera el valor del dinero y que no fuera una chica de caprichos caros, pero lo que más le gustaba era que le hubiera demostrado que, pese a las dificultades económicas que había estado pasando por culpa de las deudas de su padre, no era alguien de abrirse de piernas por un puñado de billetes. Era respetable y se hacía respetar.

Clary observaba a su alrededor con el ceño fruncido. ¿Ese tipo estaba llevándola a su otro trabajo? ¿Cuánto sabía de ella realmente? Y lo más importante, ¿qué quería de ella?

—¿Qué hacemos aquí? ¿Me has investigado? ¿Quién eres tú en realidad?

—Mi nombre es Ayrton Wells. Puede que seas ignorante con otras cosas, pero deberías conocer, al menos, el nombre del presidente de la empresa en la que trabajas.

—¿En la que qué...? ¿Y se supone que tú eres el presidente de SWC Corporation? —rió con sorna.

—El mismo. Y además tenemos una reunión en mi despacho ahora mismo. Baja del coche después de mí y sube en dos minutos.

Clary sonrió como si se tragase lo que estaba diciéndole y asintió con la cabeza, encontrando en ese momento la excusa perfecta para huir de allí.

Ayrton hizo un gesto a su chofer y bajó del vehículo, cruzando las puertas del vestíbulo de su empresa dos segundos más tarde. Ella no esperó a que el chofer le dijera nada, y tampoco esperó los dos minutos que ese chiflado le había dicho. En cuanto le perdió de vista, bajó del coche y empezó a correr como una demente en dirección opuesta al sedán.

Llegó a casa mucho más deprisa de lo que lo habría hecho en autobús y al cerrar la puerta se apoyó en ella con el corazón martilleándole en el pecho.

—Dios mío... —murmuró—. Podría haber sido peligroso. Podría haber sido realmente peligroso.

De pronto un golpe seco la sobresaltó. Se giró mirando hacia la puerta notando como nuevamente se le aceleraba el corazón. ¿Y si ese chiflado la había seguido a casa?

Se puso de pie con las manos apoyadas en la puerta temiendo asomarse por la mirilla por si era ese tipo y la veía, pero quien había al otro lado no era más que su padre. Abrió aliviada.

—¡Papá! ¿Cómo sabías que estaba en casa?

—Bueno, puedes llamarlo intuición. —Sonrió—. ¿Estás libre? Me gustaría que me acompañases a un sitio. —Ella lo miró con una ceja enarcada—.

Tranquila, no es nada malo.

—Claro. Perdona que haya desconfiado. Es que me ha pasado la cosa más rara que me ha pasado nunca.

—¿Algo malo? —preguntó el hombre con un tono de preocupación.

—No. Por suerte no ha pasado nada malo. Un loco ha venido a mi trabajo de la mañana y por su culpa me han despedido. A la salida estaba ahí y me ha metido en su coche por la fuerza. Pero lo más raro es que me ha llevado... y ha dicho ser... Es igual. No ha sido nada. ¿Dónde vamos?

—Ahora lo verás. —Sonrió.

Acababa de llegar a casa, por lo que no era necesario vestirse, de hecho, incluso el bolso colgaba todavía de su hombro derecho. Salió siguiendo a su padre y cerró al salir.

Caminaron hablando sobre algo increíble que le había pasado días atrás y Clary ni siquiera se percató de donde se dirigían pero, frente a la entrada de un enorme edificio de oficinas que ella conocía bien, se detuvo.

—¿Papá? Dime que tú no tienes nada que ver con el incidente de antes.

—No sé de qué me hablas.

—¿Que no sabes de qué te hablo? Y supongo que tampoco pretendes que vaya contigo al despacho del supuesto presidente...

—¿Conoces a Ayron? —Clary resopló con una sonrisa indignada. Se dio la vuelta para volver nuevamente a su apartamento pero su padre la detuvo por un brazo—. Es solo un rato. Por favor...

No soportaba cuando su padre tomaba decisiones que la incluían, pero además la obligaba con esas palabras y la mirada con la que las acompañaban.

—Te acompaño arriba, pero no pretendo quedarme. No quiero ser testigo de ninguno de esos trapicheos tuyos que, lo único que hacen, es incrementar esa

deuda que tanto nos está costando pagar.

El hombre abrazó a su hija, se agarró a su brazo y la guió hacia el ascensor como si él supiera mejor que ella dónde estaba la oficina del presidente (al que ella jamás había subido).

No le gustaba en absoluto la determinación con la que su padre se dirigía a aquel despacho, y aún le gustaba menos que fuera a encontrarse con el mismo tipo que menos de una hora atrás había provocado su despido.

Llamó con un par de toques y cuando una voz masculina le invitó a entrar Will afianzó el agarre con el brazo de su hija para impedir que escapase como sabía que pretendía hacer.

—Buenos días —sonrió, tirando de ella al interior de la oficina.

Los ojos de Clary se clavaron en los de Ayrton, quien sonrió de medio lado al verla de nuevo. En realidad era un tipo guapo, y joven, quizás solo tenía unos años más que ella. Su cabello era negro, ni corto ni demasiado largo, sus ojos, también oscuros como la noche, estaban perfilados con unas largas pestañas. Su nariz parecía cincelada... Sí, era guapo, demasiado perfecto para su gusto, aun así no le gustaba imaginar los motivos por los que uno la había secuestrado una hora atrás, y el otro había conseguido llevarla hasta arriba.

—Buenos días, señor Becker. Clary... —saludó, nombrándola con la voz vibrando en su garganta—. Vince, puedes salir. Y dile a mi padre que venga, el café no tarda tanto tiempo en salir de la máquina.

—Sí, señor.

El secretario de Ayrton la recorrió con la mirada antes de salir y sonrió ligeramente, algo que a ella no le gustó en absoluto.

Cuando Bruce, el padre de Ayrton entró en el despacho, tanto él como Will corrieron a abrazarse con una actitud infantil, fingiendo darse puñetazos en el estómago, en la cara o en los hombros. Ella los miró con las cejas enarcadas.

—Tú debes ser Clarence... —dijo Bruce acercándose a ella para abrazarla—. Supongo que no te acuerdas de mí... Nos vimos una vez, cuando tenías como tres años.

—No. Lo siento. No me acuerdo.

—Soy Bruce Conelly. Tu padre y yo fuimos los mejores amigos en el colegio, en el instituto y en la universidad. Pero por circunstancias de la vida perdimos el contacto y hace unos días nos reencontramos por casualidad. —Esta vez Ayrón soltó una risilla sospechosa—. Supongo que conoces a mi hijo. Hace casi un año que trabajas aquí.

—Si. Lo conozco... —espetó, mirándolo de reojo.

Los dos mayores se sentaron en el sofá y con un pequeño gesto con la cabeza les invitaron a unirse a ellos. Ayrón no opuso resistencia, pero Clary los miró con reticencia. Al principio quiso pensar que aquello no era más que algo para recordar el pasado, una reunión en la que contar anécdotas y vivencias comunes, pero no entendía el porqué de una reunión a esas horas tan extrañas en un lugar tan poco usual y sin el resto de la familia, como su madre o la madre del desagradable tipo que la había secuestrado no hacía ni una hora.

En algún momento, entre sus divagaciones, se había acercado a ellos y había ocupado uno de los asientos, al lado de su padre y frente a ese hombre desagradable que parecía incapaz de dejar de mirarla.

—...así que creo que es maravilloso que vayamos a ser familia... —Sonrió Bruce, estirándose frente a ella y poniendo las manos en sus rodillas—. Siempre he querido una hija.

Clary sacudió la cabeza, tratando de volver a encontrarle el hilo a la conversación, pero no terminaba de entender qué era eso de convertirse en familia.

—Perdón, estaba distraída. ¿Cómo ha dicho?

—Que es maravilloso que vayamos a ser familia.

Al ver que Clary al parecer no estaba entendiendo nada, Will sujetó una de sus manos entre las suyas.

—Os casareis tú y Ayron. Hemos pensado que en quince días estaría bien.

—¿Cómo? —Soltó en un medio grito—. ¿Qué se va a casar quién con quién?

—Tú y Ayron...

—Ah no... Ni hablar. ¿Casarme yo? ¿Y con un tipo como ese? —empezó, poniéndose en pie y alejándose de ellos.

—Es lo mejor. De esa forma las dos familias saldremos ganando —trató de explicar Will.

—No veo en qué pueda salir ganando yo.

—Bueno... no tendrías que volver a esforzarte por trabajar. Ya no tendrías que sacrificar tu vida para pagar las deudas de tu familia porque quedarían automáticamente saldadas. Además, tendrías un marido guapo, exitoso y competente...

—Me niego. Me niego completamente. Puedo encargarme de las deudas, no importa cuánto me lleve reunir todo el dinero. ¿Tú no puedes decir algo también? Se supone que también estás involucrado en esto...

—Yo estoy bien con lo que ellos decidan. No me importa si me tengo que casar contigo. —Respondió Ayron con un tono sereno pero sin emoción alguna en su voz.

¿Es que negarse no era suficiente? ¿Por qué diablos tenía que verse en una encerrona como aquella?

Capítulo 2

Miraba la firma de aquel papel sin tener la más remota idea de cómo demonios había llegado a aquello. Pero ahí estaba, en el despacho del juez que acababa de casarla con un tipo al que solo había visto dos veces y al que en realidad ni conocía ni soportaba. Sería guapo, y además era rematadamente sexy... ¿Y qué? Él era tan culpable como su padre y Bruce, quienes le habían arrastrado a esa situación lamentable de la que no parecía poder librarse en mucho tiempo. Tan pronto como el juez salió de la sala, tanto su padre como su ahora suegro se abrazaron con camaradería, ella miró a Ayron un segundo antes de que éste sonriera de medio lado y saliera de allí sin articular palabra alguna. Poco después fue ella quien salió, dejando a los consuegros bromeando con algo que ni siquiera se preocupó en saber.

—Enhorabuena por su boda, señora Wells.

—De enhorabuena nada. Y no me llames señora Wells. Me llamo Clary, o Clarence, o señorita Becker, pero no Señora Wells. Además, Wells es su segundo apellido. Nadie se hace llamar por su segundo apellido. —Se quejó, mirando al chofer que había sido cómplice de Ayron el día de su secuestro.

Arthur sonrió al ver las expresiones de Clary y le abrió la puerta trasera para invitarla a entrar en el mismo sedán con el que la habían raptado.

—Puedo ir por mi cuenta, gracias.

—¿Ya sabe su nueva dirección?

Maldita sea. Había estado tan absorta en su negativa mental que, aparte de haber perdido total y absolutamente la noción del tiempo, también se le había pasado por alto que ya no podría seguir viviendo en ese apartamentito pequeño y

coqueto en el que había residido desde que dejó sus estudios hasta esa misma mañana. Miró al chofer y luego al interior del vehículo, y un segundo después se acercó al coche. Resignación. Eso era lo que necesitaba, resignación. Parte de culpa de estar así en ese momento la tenía ella. Por supuesto que la parte importante de la culpa la tenían su padre, Bruce, pero sobre todo Ayron. Pero una pequeña parte de culpa era suya, por no haberles mandado callar en el momento en el que mencionaron un matrimonio, por no haber huido del país cuando entendió que no iba a poder librarse, pero sobre todo, por no haberse negado a firmar el documento que le ataba a ese desconocido por el resto de su vida. Y es que no se trataba de estar con ese hombre un par de días, una semana o un mes, no, se casaba para toda la vida, y eso había sido lo que la había tenido en shock las dos semanas que habían pasado hasta ese momento.

Arthur detuvo el sedán frente a la vidriera de un edificio de apartamentos con aspecto bastante imponente. Ella no pudo evitar sentirse poca cosa al bajar del coche y mirar hacia arriba

—Es el apartamento 27B. Esta mañana han traído sus cosas. Y estas —sacó una tarjeta de plástico y un llavero con punta magnética—, son sus copias de las llaves.

—¿Gracias? —preguntó sin saber qué decir en respuesta.

—No hay de qué. Por cierto, señora Wells, Ayron me pidió que le dijera que no fuera a ninguna parte que, cuando él llegue, le explicará dónde está todo.

Ella asintió de mala gana y se despidió para adentrarse en el portal del infierno. Saludó al recepcionista y entró en el ascensor. Al llegar a la planta veintisiete se sorprendió gratamente. Era toda en blanco, con ribetes dorados en los laterales y un enorme ventanal de cristal desde donde había unas vistas espectaculares.

—Puede que, de todas formas, el cambio no esté tan mal.

Buscó el número B en las dos puertas y se situó frente a la de la izquierda.

Apretó con firmeza el llaverito con la llave magnética antes de llevarla, con pulso tembloroso a la cerradura.

No tenía ni idea de cómo demonios había llegado a ese punto, pero ya no tenía sentido lamentarse por lo sucedido. Tomó aire con fuerza y abrió la puerta después del sonido de apertura.

De entrada todo estaba oscuro, y su vista tuvo que adaptarse al contraste, pero al encontrar el interruptor y encender la luz, corrió de vuelta a la puerta completamente espantada.

—Dios mío, ¿pero qué es esto?

Absolutamente todo estaba desordenado. El suelo estaba repleto de envases vacíos, de latas arrugadas, había camisas, corbatas, papeles... todo, absolutamente todo era un desastre. Abrió nuevamente la puerta y caminó de espaldas hasta el rellano. Como era evidente no iba a permanecer en aquel estercolero ni un solo segundo, pero justo al cerrar la puerta chocó con alguien.

—Pensaba que te había dicho que esperases a que volviera.

—Supongo que no pretendías que te esperase ahí dentro.

—Vamos. —Ayron agarró su brazo por la muñeca, abrió la puerta y entró, tirando de ella hasta el fondo a la izquierda, donde estaba el sofá. Al menos éste estaba usable—. Hay algunas cosas que tenemos que dejar claras antes de empezar la convivencia. —Ella se cruzó de brazos esperando el sermón—. Primero: absolutamente nadie puede enterarse de que estamos casados. No puedo perjudicar la imagen de la empresa con una noticia como esa.

—¿Una noticia como esa? ¿Una noticia como que te has casado con una don nadie?

—Exacto. Segundo: la empresa que presido es lo más importante para mí. No tengo tiempo para jugar a las casitas, así que no quiero que exijas que no vengo a casa, que llego tarde o tonterías del estilo. —Ella rió con sorna. Aquello era un

insulto, mirase por donde lo mirase—. Tercero: Nuestro matrimonio solamente es una firma en un papel. No busco una relación marital plena. Aunque no descartes que te busque de vez en cuando para el sexo, somos humanos y tenemos necesidades.

—Nuestro matrimonio es solo una firma en un papel. Estoy completamente de acuerdo con eso, pero ¿estoy obligada a dormir contigo?

—No. Hay una habitación extra ahí —señaló—, he pedido que traigan las cosas de tu antiguo apartamento, por lo que deberías estar cómoda. ¿Tienes alguna pregunta? ¿Alguna condición?

—No. —Se levantó y caminó hacia el dormitorio, pero se detuvo a medio camino—. Sí. Primero: Nadie puede enterarse de nuestro matrimonio. No quiero que nadie piense que mi marido me ha utilizado como ha hecho siempre mi familia. Segundo: puedes estar tranquilo, nunca te exigiré que duermas en casa, pero tampoco tú lo harás. Tengo amigas y a veces salgo con ellas hasta muy tarde.

—Sabes que ahora eres mía y me debes fidelidad, ¿no?

—Tranquilo. No soy ninguna de esas mujeres fatales que buscan y practican sexo en cualquier parte. Tercero... —hizo una pausa pensando en qué decir—. Yo no tengo sexo con cualquiera. Estamos casados y yo tengo parte de culpa en ello, pero no te conozco, no sé nada de ti. No sé tú edad, ni tus gustos, no sé nada sobre tu pasado ni tus aspiraciones... Estamos casados, pero no tengo la más mínima intención de acostarme contigo, así que ve descartando la idea.

Ayron se puso en pie y se acercó a ella con aire amenazador. Rodeó su cintura con un brazo y sujetó su mentón con la otra, llevó sus labios a escasos centímetros de su boca.

Ambos se miraron a los ojos fijamente, pero ella no iba a permitir que la tratase así, de forma que puso las manos a sus hombros y le empujó hacia atrás. Ayron la atrajo nuevamente, acercándose un poco más ésta vez.

—Eres mi mujer. Yo no soy cualquiera. Conocerás lo que tengas que conocer a su debido momento. Puede que no tengas deseos de ir a la cama en este mismo instante, pero eres humana y como yo, también necesitas desahogar tus instintos más primitivos. Puede que ahora mismo no quieras, tampoco yo tengo intención alguna de acostarme contigo, pero estamos casados y firmar ese documento de hace un rato, lleva algunas responsabilidades, aunque no te guste.

Clary notó como un escalofrió recorría su columna vertebral. Sentía el agarre de su marido como si estuviera clavándose en su piel.

—¿Puedes soltarme?

Ayron la soltó despacio y observó cómo se alejaba.

Un mes atrás, cuando escuchó su nombre por primera vez, no imaginó que realmente se casaría con ella dos semanas después de conocerla y, aunque por fuera aparentase estar sereno y con la cabeza bien puesta sobre los hombros, también él estaba en shock.

Cuando empezó a recibir visitas de sus tíos y éstos empezaron a indagar en los asuntos de esa empresa, supo que pretendían sacarle a patadas de allí, como habían hecho de la residencia familiar donde había nacido, crecido y vivido hasta que murió su madre. No sabía muy bien el por qué casarse le haría mantener su puesto de presidente, pero ahí estaba, casado con aquella guapa, sexy y con carácter desconocida con la que tendría que vivir desde ese día en adelante.

A pesar de que ambos tenían el día libre, por lo que secretamente habían hecho, no volvieron a verse el resto de la tarde. Ayron pasó el día fuera, reunido con uno de los accionistas de la empresa, ella pasó la tarde organizando las cosas del dormitorio que iba a ocupar en aquel apartamento.

Llegando la hora de la cena Clary sabía que iba a tener que hacerlo sola, su marido había desaparecido completamente y no había dado señales de vida, algo que tampoco le importó. Miró a su alrededor con desgana. Ese tipo era un

desastre y ella tenía que vivir con él. Caminó hasta la cocina en busca de algo con lo que prepararse algo de comer, pero el basurero del salón también llegaba hasta allí, por lo que no le quedó más remedio que limpiar todo ese caos antes de pensar siquiera en llevarse algo a la boca.

Pasadas las diez de la noche se dejó caer, exhausta, sobre su cama. Había dejado la casa reluciente, tanto que ni el mismísimo Ayrón la reconocería al entrar.

Y así fue.

Cuando el recién casado abrió la puerta no solo notó un anormal aroma a limpio que le llevó a comprobar el piso y la puerta que había abierto, todo estaba reluciente a su alrededor. Se quitó la americana y la dejó caer en el suelo, a un lado.

—¡Eh! —gritó ella desde la puerta de su habitación. Se levantó de un salto tan pronto como oyó la puerta y se asomó únicamente para ver la expresión que ponía al ver su casa como debía estar: limpia—. No he pasado las últimas tres horas limpiando como una loca para que tú lo ensucies de nuevo nada más llegar. Recoge eso y déjalo en tu habitación. —Ayrón no dijo nada. Se agachó por la chaqueta mirándola de reojo y la dobló en las manos—. Así me gusta —sonrió.

Esa era la primera vez que veía en ella una sonrisa sincera y notó en el estómago la misma sensación que la primera vez que la vio.

—¿Has cenado?

—No. He estado ocupada limpiando tu casa.

—Nuestra. Estamos casados, ¿recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo. Lamentablemente lo recuerdo...

—Es tarde pero podemos pedir una pizza o algo.

—Si tú has cenado no te preocupes. No es la primera vez que me voy a la

cama sin cenar.

—Pero ya no estás viviendo ni sola, ni con tu padre. No tienes que quedarte sin comer.

—Buenas noches, Ayron.

Sin dejar que su marido dijera una sola palabra en respuesta, entró en su dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Se dejó caer contra la cama y cerró los ojos mientras soltaba un suspiro.

Quizás con un poco de suerte, despertaría de esa pesadilla y todo volvería a ser como lo era antes de conocerle.

Pasaba de la media noche y el apartamento estaba en completo silencio, así que Clary decidió ir al baño. Ayron tenía una bañera insultantemente grande y aunque solo fuera por una vez haría uso de ella. Abrió la puerta con sigilo para asegurarse de que su marido no estaba en el salón y sonrió al ver que podía salir sin ser vista. No es que Ayron le hubiese prohibido ir al baño, era absurdo siquiera pensarlo, pero no quería que le tentase ir a mirar mientras ella estaba desnuda. Caminó de puntillas y con una sonrisa triunfal, desplazó la puerta del baño lateralmente. Un escalofrío helado recorrió su espalda de arriba a abajo. Ayron no solo estaba dentro del cuarto de baño, sino que estaba desnudo, frente a ella, con el agua resbalando por su piel.

—¿Pero qué...? ¿Me espías? —preguntó cubriéndose con una toalla de mano.

—Oh Dios, lo siento, lo siento, lo siento... —dijo completamente ruborizada y dándose la vuelta—. No quería...

—¿Quieres tu noche de bodas? ¿Es eso? —preguntó.

—¡No! Solo pensaba que ya dormías y quería darme un baño.

Clary volvió a su habitación como alma que lleva el diablo y con el corazón martillándole en el pecho. No podía creer que hubiera pasado algo como aquello.

Sonrió nerviosa al recordar la cara que había puesto Ayron al encontrarla de frente. Mentiría si decía que no encontraba atractivo a su marido. ¿Quién no lo encontraría guapo? Era alto, con un cuerpo bien formado. Además tenía esa forma de mirar... y esa sonrisa de medio lado... Si, Ayron era un tipo muy guapo y además era sexy. Se estremeció al recordar la forma en la que la había rodeado con su brazo horas atrás, y el roce de su mano al agarrar su cara, y el aliento dulzón que rozó sus labios cuando le habló. Sacudió la cabeza como si tratase de expulsar de ella esos pensamientos. Él no le gustaba y pensar en esas cosas estaba de más.

De pronto un par de golpes secos la sobresaltaron. Ayron no esperó la respuesta, abrió la puerta lentamente y la miró, agachada en el suelo contra la puerta del armario, como un hámster en la esquina de su jaula.

—¿Puedo saber qué haces ahí?

—¿Yo? Eh... Nada. No hago nada —se levantó inmediatamente.

—Ya está libre el baño. Puedes usarlo libremente. —Ayron bajó la mirada de sus ojos a sus pechos y sonrió de esa forma que tanto le gustaba.

—Pretendes vengarte, ¿verdad? —preguntó ella, entrecerrando los ojos y cruzando las manos delante de su pecho. Iba vestida, pero le incomodaba que él la mirase así.

—¿Crees que tengo tanta curiosidad como tú? ¿Crees que no podría desnudarte ahora mismo para ver lo que escondes debajo de esa camiseta ceñida? —Se acercó a ella, agarró sus muñecas y la llevó contra la puerta del vestidor. Levantó hasta la cintura el bajo de la camiseta mientras ella lo miraba, sorprendida, y con los ojos abiertos de par en par—. No. No tengo tanta curiosidad.

Ayron dio unos pasos atrás y cerró la puerta al salir, dejándola más inquieta de lo que había entrado en el dormitorio.

Necesitaba una ducha y no pretendía ir a dormir sin ella.

Esperó en silencio durante más de una hora, esperando a que Ayrón se durmiera para proceder. Salió del dormitorio igual que lo había hecho una hora atrás y tras comprobar que el baño estaba completamente vacío miró que la puerta tuviera cerrojo. ¡Y voilà! Podría ducharse tranquilamente sin que su marido la incordiasse.

Capítulo 3

Algunas de las compañeras de Clary se arremolinaban alrededor de un ordenador, reían por algo que había dicho alguna de ellas cuando ésta entró en la oficina. Desde hacía un par de semanas su turno en la empresa se había ampliado varias horas, cubriendo el tiempo libre que había dejado su despido del trabajo de anfitriona.

—¡Becker ven! —pidió Elisa, una de ellas.

—¿Qué pasa?

—Mira que suerte tienen las ejecutivas de las plantas superiores. No hay derecho que solo ellas puedan cruzarse con semejante adonis —Señaló la pantalla de una de sus compañeras, donde había una foto de Ayrón.

Clary apartó la mirada como si la hubieran atrapado con alguna mentira.

—Es una lástima que llegue siempre después que nosotras y no podamos encontrármolo por los pasillos. Me conformaría con verlo aunque solo fuera una vez al día. Solo con eso ya podría morir en paz —lloriqueó otra de sus compañeras besando el monitor.

Rezaba internamente porque nunca se enterasen de que se había casado, y menos aún porque nunca se enterasen de que con quien lo había hecho era con el mismo tipo con el que fantaseaban cada mañana.

—¡Atención chicas! Becker lleva alianza...

Las chicas cambiaron entonces su foco de atención. Las que estaban sentadas se acercaron a ella y se arremolinaron a su alrededor como el resto de sus compañeras. Se pasaban su mano de una a otra para tocar el anillo y preguntaban incesantemente quién era el afortunado.

Nunca, ni una sola vez lo hizo antes, pero ese día, al entrar en el edificio, decidió pasar por delante de la oficina en la que trabajaba Clary. Al escuchar la palabra matrimonio y al ver que todas las chicas se arremolinaban alrededor de su mujer sintió como se le llevaban los demonios al suponerse traicionado. Seguro que se había llenado la boca diciendo que ella y el presidente estaban casados y seguro que llenaría de discordia la oficina hablando sobre una subida de salario o quién sabe qué montón de mentiras más. Subió a su despacho hecho una autentica furia y, sin siquiera saludar apropiadamente a su secretario, le ordenó que fuera inmediatamente a por ella.

—¿Al despacho del presidente? —Preguntó Leah, una de las más cercanas a Clary—. ¿Becker, has hecho algo malo?

—No lo sé...

Clary se encogió de hombros y miró horrorizada a sus compañeras. Se paró a pensar qué había hecho mal, pero el secretario insistió en que estaba hecho una furia y que le convenía subir inmediatamente.

Caminó lentamente por el pasillo, siguiendo, a la distancia, al secretario. Se preguntaba si ese chico sabía acerca de su boda con Ayrón. Sabía que había estado en la oficina semanas atrás, fue sacado de allí antes de que se tratase el tema de la boda, aun así era cercano a su marido y se preguntaba cuanto sabía de su secreto.

Ayrón caminaba nerviosamente por su despacho, buscando con qué calmarse para no gritarle antes de tiempo, pero fue en balde. Tan pronto como vio que la puerta se abría tiró de ella hacia dentro y cerró, dejando a su secretario fuera.

—Era el primero de los puntos que te dije ayer, que no se enterase nadie —recriminó, presionándola con fuerza contra la puerta.

—No se ha enterado nadie. —Murmuró con una mueca de dolor.

Ayrón estaba apretando sus hombros con demasiada fuerza pero tan pronto

como se dio cuenta aflojó un poco su agarre.

—Hablabais de matrimonio. Te miraban las manos.

—Uno de los anillos que llevo parece una alianza. Lo han malinterpretado, eso es todo.

—¿Seguro que no has dicho nada?

—El primero de los puntos no solo iba por mí, Ayrón —esa era la primera vez que ella decía su nombre y de nuevo sintió esa sensación en el estómago al oírse lo pronunciar—. Ese punto también iba por ti. Tú no quieres que nadie se entere por tu empresa, por tus apariencias y esas cosas. Yo no quiero que se entere nadie que me he casado, por el interés de mi padre, y con alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Alguien como tú. Ya sabes, rico, guapo, con cientos de chicas que venderían su alma al diablo por estar contigo...

—¿Estás diciendo que no te habrías casado conmigo de haber tenido otras circunstancias?

—En otras circunstancias es evidente que ni siquiera nos habríamos conocido. Llevo casi un año trabajando aquí y ni una sola vez nos hemos cruzado.

Ayrón carraspeó y se apartó de ella.

—Puedes marcharte. Intentaré volver a casa pronto.

—Sabes que no es necesario que me des explicaciones.

—Y di a tus compañeras que te he llamado por error.

Clary se dio la vuelta y agarró el pomo de la puerta.

—Por cierto. No vuelvas a llamarme a tu despacho si no quieres que la gente empiece a sospechar. —Pidió. Luego salió de la oficina y le dejó completamente a solas.

A lo mejor podría haber intentado entender la situación de la oficina de Clary, por su secretario sabía que se llevaba muy bien con sus compañeras y que no eran pocas las veces que habían salido todas juntas. Quizás el tema del matrimonio era una broma que tenían entre ellas y él se había precipitado al pensar mal de ella y acusarla de contar lo suyo. Lo que realmente le había molestado era que le dijera que no quería que nadie supiera que estaba con él. Como ella había dicho, muchas de las chicas a su alrededor pagarían por estar con él, sin embargo ella parecía no sentirse a gusto en su compañía. Y en el fondo era normal, él tampoco había hecho nada por evitar esa boda, se había dejado arrastrar por su padre y por Will.

Había estado desconcentrada casi toda la mañana por culpa de Ayrton. Tal vez no debería haber mencionado que no quería que nadie supiera que estaba con alguien como él. Era cierto que prefería que nadie lo supiera, sabía que, en cuanto alguien sospechase de ello, tendría que dar todo tipo de explicaciones y entre ellas, contar que él solo estaba con ella por mantener su puesto en la empresa y que ella estaba con él debido a las deudas de su padre. Su jornada había terminado hacía más de una hora y lo único que le quedaba por hacer era imprimir las propuestas en las que había estado trabajando y llevarlas al archivo.

Metió sus cosas en el bolso y lo dejó sobre la mesa mientras llevaba los papeles a su sitio. La habitación de los documentos quedaba al fondo del pasillo, atravesando una puerta normal y una segunda que solo podía cruzarse con un pase de empleado. Pasó la banda magnética de su identificación y entró, dirigiéndose directamente al cajón pertinente. Tan pronto como lo cerró sintió como alguien la bloqueaba contra el archivador, poniendo las manos a los lados y acercándose a su oído.

—Hace más de una hora que terminó tu horario, ¿no vas a irte a casa? — murmuró.

—Me has dado un susto de muerte. Suéltame. —pidió, sintiéndose repentinamente nerviosa al sentir su respiración en el cuello.

—¿Y si no te suelto?

—¿Y si viene alguien? ¿Cómo lo explicarías?

Ayron la hizo girarse, quedando frente a frente pero manteniendo el agarre en la misma posición. La miró directamente a los ojos y se inclinó hacia ella, acercándose a su boca.

—No hay nadie en la empresa, solo los guardias de seguridad y nosotros. Pero si alguien entrase solo tendría que decir que eres mía y que por ello puedo...

—No, no puedes —interrumpió.

Ayron no dijo nada, soltó sus manos y, atrayéndola por la cintura la besó. Clary abrió los ojos de par en par, sorprendida por ese beso, pero le apartó empujándole con las manos en los hombros. Ayron la atrajo nuevamente, besándola otra vez. Ella trató de apartarle de nuevo, pero él sujetó su cara con ambas manos.

—Dime ahora que no puedo. —Ella lo miró con el ceño fruncido—. No me digas lo que no puedo hacer porque te demostraré todo lo contrario las veces que haga falta hasta que te convenzas. Ahora vamos.

Agarró una de sus manos y tiró de ella hasta salir de la sala de archivos.

Antes de atravesar la segunda puerta ella soltó su agarre, no quería incumplir el primer punto de su acuerdo, ni por él, ni por ella misma.

—Vete tu primero. —Pidió Clary con un hilo de voz. Aún estaba impactada por ese beso.

—Te espero en el coche.

—He venido sola y me voy sola. Conozco la dirección. —Ayron frunció el ceño y trató de agarrar su mano nuevamente—. No sé por qué haces esto pero no

lo hagas. Está fuera de nuestro acuerdo, está fuera de las reglas y no podría explicarse sino contando la verdad.

Ella tenía razón. No tenía ni idea de por qué estaba dejándose llevar por el enfado de esa mañana, por las palabras de ella diciéndole que no se habría casado con él por ser él. No es que estuviera enamorado de ella, pero estaban casados y... Se había perdido de tal modo en sus pensamientos que había subido en el sedán y Arthur conducía con dirección a casa sin que se hubiera dado cuenta de nada.

Abrió la puerta de su apartamento y, del mismo modo que la noche anterior, tomó aire con fuerza. Aquel era el aroma de una casa de verdad. Se quitó la americana y la dejó caer a un lado, pero el recuerdo de Clary diciéndole que lo recogiera de ahí le hizo sonreír y volver para dejar la prenda donde correspondía. Entró en su cuarto y colocó la chaqueta en el galán. Su habitación era un auténtico desastre pero, pese a gustarle la limpieza de su casa, no pretendía perder su escaso tiempo libre en ordenar todo aquello.

Hacía una hora y media que había regresado a casa y ella no llegaba. Sacó su teléfono móvil y pretendió llamarla, pero no tenía su número, de hecho ni siquiera se había preocupado en saberlo. Lanzó el aparato contra el sofá pensando si, por lo que había pasado en la sala de archivos se habría enfadado con él, si por lo ocurrido decidía no volver. Volvió a por el móvil, marcó el número de su secretario y justo al ir a presionar el botón de llamada sonó el aviso de desbloqueo de la cerradura. Ayron corrió a sentarse con postura despreocupada y con los pies sobre la mesa.

—Vaya, ¿te has perdido? —preguntó mirándose las uñas.

—No... —Clary se ruborizó de inmediato al verle, recordando la forma en la que le había besado—. He comprado algunas cosas para poder preparar la cena.

—¿Sabes cocinar?

—He vivido sola desde hace un año. Claro que sé cocinar. Pero por el estado

en el que estaba tu cocina y el enorme vacío de la nevera, doy por hecho que tú no tienes ni idea.

Se echó a temblar cuando lo escuchó acercarse. Rezaba internamente porque no volviera a hacer lo mismo de la sala de archivos, eso mismo que le había llevado a tardar una hora y media en decidir qué comprar.

—Nunca como nada en casa. Ni desayuno ni comida ni cena. Pero supongo que ahora tengo un motivo para hacerlo.

Tratando de evitar su cercanía corrió a su habitación con la excusa de ponerse cómoda. Se apoyó en la puerta al cerrar y suspiró. Estaría loca si dijera que no le había gustado lo ocurrido, si decía que no había disfrutado sus besos, pero estaba segura de que su matrimonio no iba a durar demasiado, por lo que necesitaba evitar a toda costa enamorarse de un tipo que la desecharía cuando ya no la necesitase para su propósito. Cambiada y con las ideas claras en la cabeza regresó de vuelta a la cocina, donde Ayron esperaba sentado en uno de los taburetes que había alrededor de la isla, leyendo la lista de ingredientes de una salsa de tomate.

—¿Cuál es tu especialidad?

—No tengo una especialidad —aclaró—. Pero algo rápido de preparar y que sienta bien tanto en la comida como en la cena es la pasta. ¿Tienes alguna preferencia? —Ayron se encogió de hombros.

Cenaron uno frente al otro, con la vista fija en sus platos.

—Vamos a tener que intercambiar nuestros números. Antes quise llamarte para ver si estabas bien y me di cuenta de que no tenía como contactar contigo.

—Puedes contactar conmigo a través de mi padre.

—¿Me estás diciendo que cada vez que necesite hablar con mi mujer he de llamar a tu padre?

—Si pierdes el móvil o si lo pierdo yo...

Ayron frunció el ceño ante la excusa peregrina que le estaba dando y, sin decir nada más se puso en pie, soltando el tenedor al lado del plato y caminó hacia el dormitorio de su mujer. Buscó el bolso y rebuscó en su interior hasta encontrar el teléfono.

—¿Ayron, qué haces? Estás violando mi privacidad.

Se acercó a él y estiró el brazo para recuperar su móvil, pero él fue más rápido y elevó el brazo antes de que ella se lo arrebataste. Marcó su número personal y cuando escuchó el primero de los tonos le devolvió el aparato. Sus dedos se rozaron mientras ella cogía lo que era suyo y ambos se miraron a los ojos, apartando la mirada una décima de segundo después.

—Ése es mi número. Memorízalo, o no lo hagas. Haz lo que quieras. Pero ten por seguro que si necesito contactar contigo lo haré directamente contigo, no a través de tu padre.

No terminó de cenar. Tan pronto como salió del dormitorio de su mujer se encerró en el suyo. No entendía lo que le pasaba, ella no le gustaba, o no al menos en ese sentido, sin embargo le intimidaba, y le llevaba, al mismo tiempo, a actuar como deseaba hacer en cada momento sin encontrar como frenarse a sí mismo.

Pese a haber sentido que Ayron se estaba pasando de la raya al rebuscar así entre sus pertenencias, le hizo gracia que hiciera eso únicamente para conseguir su número.

Capítulo 4

A pesar de que Ayrón sí trabajaba casi todos los sábados y algunos domingos, ella no lo hacía, y ese fin de semana aprovecharía para encontrarse con sus compañeros de la universidad, a los que hacía dos años que no veía.

Se vistió con su habitual y desenfadado atuendo: vaqueros ajustados, botines de tacón, una camiseta de color verde pastel y una rebeca blanca. En una de sus manos seguía el anillo que en la oficina habían creído una alianza y se lo quitó para que nadie volviera a malinterpretarlo. Al fin y al cabo, a pesar de haberse casado no habían intercambiado ni anillos ni ninguna otra joya.

Dejó suelto su cabello y después de ponerse un par de gotas de perfume salió del dormitorio.

—¿Vas a alguna parte? —Preguntó Ayrón desde el sofá.

—Tengo una reunión con mis amigos de la universidad.

—¿Amigos?

—Amigos. Y amigas. Y tal vez alguno de los profesores que tuvimos.

—Pensaba que no habías podido terminar la universidad.

Clary apretó el asa de su bolso mirando al suelo. Era cierto, por culpa de las deudas de su padre no había podido terminar la universidad. Aun así fue habitual que fuera a ver a sus compañeros de vez en cuando, cosa que dejó de hacer cuando ellos se matricularon y ella empezó a trabajar en la empresa de quien luego sería su marido. Tras una profunda respiración alzó la mirada y fijó la vista en la puerta.

—Y yo pensaba que tu trabajo era súper importante y que incluso los sábados

estabas en la empresa.

—¿Dónde vais a estar?

—No. Quedamos en que yo no te exigía nada a ti y tú no me exigías nada a mí. Me voy. Come sin mí, quizás llegue tarde.

Sin decir una sola palabra más pasó por delante de Ayrón y se dirigió a la entrada. Ayrón corrió tras ella y antes de que saliera la bloqueó contra la puerta, del mismo modo que lo había hecho días atrás en la sala de archivos, bloqueándola por la espalda y con las manos a los lados.

—Recuerda que estás casada.

—¿Por quién diablos me has tomado? ¿Crees que en cuanto vea a otro hombre me tiraré a él como una leona en celo? Por favor, Ayrón.

—Repite mi nombre —murmuró, rozando su cuello con la nariz—. Repítelo.

—Ayrón.

—Otra vez.

Clary tenía el corazón acelerado. Le ponía terriblemente nerviosa que Ayrón estuviera así de cerca, sentir su aliento, que la rozase aunque fuera por encima de la ropa y lo peor, imaginar que pudiera repetir esos besos que le dio días atrás.

Colocó las manos en la puerta y empujó con el trasero hacia atrás, apartándolo y apartándose acto seguido de él.

—No soy un loro.

—¿Por qué estás colorada? —sonrió de medio lado, inquietándola aún más.

—No estoy colorada. Me estabas asfixiando, solo es eso.

Sin decir nada más salió del apartamento, corriendo al ascensor y esperando que Ayrón no saliera y volviera a acercarse, que no volviera a hacerle sentir de ese modo.

La cita con sus ex compañeros era en un famoso hotel de la ciudad, un hotel cuyos jardines habían sido escenario para películas románticas, para bodas y para otros eventos.

Atravesó la recepción, dando su nombre a la recepcionista que, tras comprobarlo en la lista le dio paso. Cruzó las puertas del jardín con el pulso acelerado, sabía que había una posibilidad muy grande que entre los asistentes estuviera él, su ex, alguien con que había estado saliendo tres años y a quien, a pesar de estar casada, aún no había olvidado. Su relación se había roto por culpa de una tercera persona y deseó que aquella chica se hubiera convertido en un ogro en los dos últimos años para que, al verla, Colin pensase que estaba completamente preciosa y se arrepintiese de haberla dejado.

Nada más salir al jardín encontró a sus primeras compañeras.

—¡Vaya! Qué bien te han sentado estos dos años —sonrió una de ellas, acercándose a Clary para abrazarla.

—Me alegro mucho de verte Wendy. Tú también estás preciosa... ¿Qué te has hecho?

—Embarazarme —sonrió ampliamente—. Solo estoy de tres meses y aun no me he puesto como una vaca, pero creo que debe ser eso. Mi marido también me lo dice continuamente.

—¿Tu marido? ¿Te has casado? ¿Con Rick?

—No. Rick... Bueno, al terminar la uni lo dejamos y conocí a Dylan.

—¡Me alegro muchísimo por ti!

—¿Y tú? ¿Novedades? ¿Has visto a Colin? —señaló con la cabeza a un grupo de chicos que reían en el extremo de la derecha de la terraza, a no muchos metros de ellas.

Era raro, era muy raro, pero el mismo tipo que encontró irresistible durante tanto tiempo, ahora parecía uno más. Tenía cierto atractivo y su sonrisa seguía

siendo preciosa, pero ya no lo encontraba tan guapo como antes. Colin se dio cuenta de que alguien le observaba y al mirar a su alrededor se encontró con Clary. Sonrió en dirección a ella y después de tocar el brazo de uno de sus compañeros fue a encontrarse con ella. Clary rezó internamente porque no se acercase, no quería decirle que desde él no había tenido un solo novio más y menos aún decirle que se había casado con un desconocido hacía poco menos de dos semanas, matrimonio que, además, debía mantener en el más absoluto de los secretos.

Al llegar hasta ella Colin no dijo nada, solo la miró de arriba a abajo con una sonrisa y silbó, dándole a entender que la encontraba sexy.

—Estás preciosa —dijo, poniendo las manos en sus hombros y acercándose para darle un beso en la mejilla—. Veo que estás mejor que bien...

—Hola Colin.

—Vaya. Esperaba un recibimiento un poco más cálido.

—Supongo que después de tanto tiempo no sé muy bien qué decir.

—¿Por qué no nos apartamos un poco del ruido y hablamos tranquilamente?
—Colin agarró su brazo con suavidad, bajaron los escalones que daban al camino principal del jardín. Clary no sabía cómo negarse y terminó dejándose guiar por su ex—. ¿Y qué es de tu vida? ¿Tienes novio?

—Yo, eh... Bueno...

Y esa era la pregunta que debía evitar a toda costa. No quería mentir y decir que no, aunque tampoco era mentir del todo, ya que Ayrton no era su novio, sino su marido. Tampoco podía decir que sí, y menos aún decir que estaba casada. Antes de poder dar una respuesta sonó un mensaje en su teléfono y fingiendo que era algo importante lo sacó del bolso para leerlo.

«Dile que estás casada».

Clary miró a su alrededor completamente confundida. ¿Acaso Ayrton estaba

ahí?

Las chicas de la entrada preguntaban quién era aquel desconocido, murmuraban lo guapo que era y se preguntaban por quién estaba ahí, y Clary sintió un escalofrío helado al verlo atravesar el gentío con dirección a ella. Evidentemente estaba allí. Al parecer no iba a pedirle explicaciones porque la estaba controlando, quizás desde que salió de casa.

—Hey... —saludó, poniendo una mano en su espalda con una sonrisa de lo más extraña—. Perdona que me haya retrasado.

—¿Quién es? ¿Le conoces? —preguntó Colin.

—Soy Ayron Wells, el marido de Clarence. Tú eres ex compañero de mi mujer, ¿no?

—¿Marido? Me has dicho que no tenías novio.

Ayron clavó la mirada en ella.

—¿Eso has dicho?

—No. No he dicho nada. No he dicho que si ni que no, en realidad.

—Sé qué queréis recordar viejos tiempos y eso, pero espero que no te moleste si te la robo un momento...

Colin negó con la cabeza, aturdido aún por saber que Clary estaba casada.

Ayron empezó a caminar por el jardín empujando a su mujer con la mano que aún no había quitado de su espalda. Ella miraba hacia atrás intentando encontrar una salida, no le gustaba estar a solas con su marido, y menos aún con la expresión extraña con la que lucía su cara. De pronto, cuando Ayron determinó que ya estaban lo suficientemente lejos como para que les vieran pero no les oyera, se detuvo, llevó las manos a su cara y se inclinó para besarla.

Clary permanecía impasible, mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par y sabiéndose observada, no solo por todos los asistentes a la reunión,

sino por Colin.

—Cierra los ojos o no será creíble —pidió Ayron, obligándola a mirarle y de nuevo se hizo dueño de su boca.

Pese a intentar no responder a su beso, sus labios empezaron a moverse solos, separándose para invitarle a entrar. Ayron abrió los ojos por un momento, sorprendido por aquello, pero los cerró nuevamente, metiendo la lengua en su boca, degustando el sabor del cóctel de frutas que su mujer había tomado hacía solo unos minutos. Sintiendo como le estaba besando sin ser forzada a ello, llevó las manos a sus caderas y la atrajo.

Había estado con muchas mujeres antes, y había sentido cosas parecidas cada vez que se ellas se entregaban al placer, pero nunca se había sentido así de inquieto solo con un beso. Tal vez porque nunca había tenido que conformarse solo con eso.

—Creo que ya ha debido darse cuenta de que eres mía. —dijo, separándose lentamente de ella.

—¿Cómo?

Ayron no dijo nada en respuesta. Tomó nuevamente su cara entre las manos y se acercó nuevamente. Esta vez solo le dio un beso en la frente.

No pretendía quedarse en esa reunión, no pretendía conocer a nadie y mucho menos que alguien le reconociera, por lo que llevó una mano a la de ella, caminaron hasta la entrada y besó el dorso de su mano antes de marcharse y dejarla tan desconcertada como al resto de los asistentes.

—Madre mía. Tienes que presentarnos a ese Dios. —gimió una de las compañeras, acercándose a ella junto a cuatro chicas más.

—¿Os habéis fijado como la ha besado? Vendería mi alma al diablo porque alguien me besase así. —el resto rieron.

—¿Quién es?

Clary aún no había asimilado lo ocurrido, por lo que se veía completamente incapaz de articular palabra en respuesta.

—Es su marido —aclaró Colin—. Es su marido y ha venido solo para marcarla como suya delante de todos.

Colin sonaba molesto, pero nadie pareció darle importancia al tono con el que lo había dicho. Siguieron hablando de lo guapo que era, de lo elegante que iba y preguntando constantemente dónde podían conseguir uno como ese para ellas.

La reunión había terminado, habían pasado más de cuatro horas hablando sobre el pasado, sobre sus planes de futuro, intercambiando emails y teléfonos. Casi todos se habían marchado, y los pocos que iban quedando iban agrupándose para hablar cosas de última hora, para despedirse o para quedar para otro momento.

—He de admitir que me ha cogido por sorpresa saber que estabas casada. — Dijo Colin, apoyándose en la balaustrada a su lado.

—Lo siento...

—Desde que empezaron a hablar de reunirnos estuve esperando para encontrarme contigo. Me moría por verte.

—¿Y Susan? No la he visto. ¿No ha venido?

—En realidad no estuve demasiado con ella. No la aguantaba. He querido hablar contigo mil veces desde entonces.

—Sabías la dirección de mi padre. Nunca, ni una sola vez has ido en estos dos años.

—No encontré el valor suficiente para pedirte volver... Y ahora al parecer es tarde.

—Es tarde. —Miró el reloj de su muñeca y se giró hacia él—. Tengo que

irme. Me ha gustado mucho verte de nuevo.

—Clary...

—Hasta otra, Colin.

No esperó que dijera nada más, salió de allí, alejándose de él, como alma que lleva el diablo. No podía negar que aun tenía sentimientos por él, ni podía negar que una reconciliación era del todo imposible, por principios, por ética y por ese marido que ella nunca había deseado.

Frente a la entrada del hotel esperaba Ayron, apoyado en el sedán naranja en que la había secuestrado tiempo atrás. Se sorprendió al ver que Arthur no iba con él. Se miraron fijamente unos segundos hasta que Ayron apartó la mirada para abrirle la puerta de copiloto. Ella negó con la cabeza y empezó a caminar para alejarse del coche, pero su marido le dio alcance rápidamente.

—¿Puedo saber qué pasa?

—¿Para qué has venido? ¿Creías necesario decirle a todo el mundo que estaba casada contigo?

—No iba a dejarme ver, pero ese tipo buscaba algo.

—Quizás solo intentaba recordar los buenos momentos que pasamos cuando estuvimos juntos.

—¿Cómo? ¿Ese tipo es tu ex? —preguntó alzando la voz más de lo deseado.

—¿Qué...? ¿Ahora vas a actuar como un novio celoso? Pues déjalo, ese papel no va contigo.

—¿Y qué si estoy celoso? ¿Y qué si estoy loco de los celos?

—Te he dicho que lo dejes, Ayron. No quiero hablar ni de esto ni contigo.

Dejándolo nuevamente con la palabra en la boca, siguió su camino de vuelta al apartamento de su marido, sin él.

Capítulo 5

No había sido por desconfianza que fuera a su reunión de amigos. No había sido para vigilarla ni para controlarla, solo quería verla en su salsa, quería ver como actuaba con sus amigos, verla reír despreocupada, bromear. Quería verla siendo ella, no ver una actuación como la que presenciaba en casa a diario. No es que en casa no fuera genial, le gustaba verla avergonzarse cuando la miraba fijamente o notarla nerviosa cuando se acercaba a ella. Tal vez no debía haberse dejado ver, por mucho que le molestase verla cerca de ese chico. Quizás debería haberse controlado y haber hecho como si nada. Pero lo había hecho, y la había besado. Y lo mejor, ella había devuelto ese beso de una forma que nunca imaginó que hiciera.

Hacía más de una hora que había salido del hotel y que le había dejado en medio de la calle solo. Hacía rato que debía haber llegado a casa, sin embargo no lo había hecho. Miró cientos de veces su teléfono con unas horribles ganas de llamarla y asegurarse que estaba bien, pero tan pronto como estiró la mano y lo sostuvo, ella entró en el apartamento. No dijo nada, solo lo miró, pasando de largo con dirección a su habitación. Llevaba una bolsita roja en las manos y sin poder controlar su propia curiosidad se acercó a ella y se la quitó.

—¿Qué es? —no la abrió, solo la agitó delante de su cara.

Clary estiró el brazo y se la arrebató.

—Quieres dejar claro que estamos casados, a pesar de que dijiste que no querías que nadie se enterase. He comprado una alianza, así no hará falta gritar a los cuatro vientos que lo estoy, con que miren a mis manos podrán darse cuenta.

—¿Una alianza?

Esta vez fue ella quien le ofreció la bolsita para que mirase alegremente. Era un anillo soso y sencillo, un simple aro plateado.

—No es un anillo caro porque no puedo pagar algo así, pero al fin y al cabo es solo para que no pregunten.

Ayron la miró un segundo. Volvió a cerrar la cajita de la joya y la introdujo nuevamente en la bolsita antes de devolvérsela. Sin decir nada se metió en su cuarto, dejándola sola en el salón. Jamás, en toda su vida, había tenido la intención de hacer con una mujer lo que iba a hacer con Clary. Se vistió con algo un poco más casual para no hacerla desentonar y cinco minutos más tarde salía del dormitorio para meterse en el de su mujer. Ésta acababa de quitarse la camiseta, estando con la parte de arriba casi desnuda.

—¡Hey! ¿Es que no sabes llamar?

—Vuelve a vestirte. Hay un sitio al que necesito ir y quiero que vayas conmigo.

—¿Dónde quieres ir?

—Ahora lo verás. Vuelve a vestirte. —dijo, apoyándose en el marco de la puerta mientras la observaba.

Sonrió internamente al comprobar que su ropa no engañaba al mostrar una buena figura.

—¿No vas a salir? ¿No crees que es un poco raro que estés ahí parado?

—¿Por qué iba a ser raro? Eres mi mujer.

—Solo en papel. Por favor sal.

Ayron se acercó a ella, agarró una de sus manos y colocó la otra en su delicada cintura.

—¿Quieres arreglarlo? —Señaló la cama—. Podemos terminarlo para que ya no sea un matrimonio de papel.

Desvió la mirada de sus ojos a sus pechos. Éstos estaban cubiertos por el sujetador, pero eso lo encontraba aún más sugerente. Al ver la forma en la que le miraba no pudo evitar echarse a reír.

—Anda vístete. No pensaba tocarte. No, al menos, en ese sentido que tanto miedo te da.

—No me da miedo... —murmuró cuando él cerró la puerta y la dejó sola.

Aunque le tentaba no salir de su dormitorio para no tenerlo de frente nuevamente, lo hizo. Cruzó el salón hasta el sofá, donde su marido esperaba sentado, y se cruzó de brazos esperando a que él se diera cuenta de que estaba esperando.

Ayron sonrió de medio lado, mirándola de arriba a abajo, luego se puso en pie y se colocó frente a ella. La había acorralado, la había sujetado entre sus brazos y había tenido que agacharse para poder besarla, pero hasta ese momento no se daba cuenta de que era bastante menuda a su lado, claro que él era bastante alto y ninguna de las chicas con las que se había relacionado alguna vez había estado cerca de su altura. Se dio cuenta de que ella evitaba mirarle a la cara, probablemente por el beso que se habían dado en su reunión de amigos. Sonrió ampliamente y, aun con la tentación de besarla nuevamente señaló la puerta con la mano para indicarle que ya podían ir.

—¿Me dirás dónde vamos?

—No hace falta que te lo diga, lo verás por ti misma.

—Por favor, Ayron... Eres un tipo bastante imprevisible y me asusta un poco no saber dónde me llevas.

Justo antes de meter la llave en la cerradura de la puerta del coche se detuvo para mirarla.

—Dime, ¿en estas dos semanas he hecho algo que te hiciera daño? ¿Te he avergonzado en público o te he dejado en evidencia?

—No.

—¿Entonces, no puedes simplemente fiarte un poco de mí? No pido mucho.

—Está bien. —Respondió ella un tanto a desgana.

El lugar al que se dirigían no quedaba muy lejos, por lo que no tardaron demasiado en llegar. Clary tenía el corazón acelerado porque, aunque le había dicho que se fiaría de él, en realidad no lo hacía, y temía que la llevase a algún sitio donde le hicieran pasar un mal rato. Ayrón detuvo el coche a pocos metros de su destino, en una calle llena de tiendas de artículos y prendas de lujo. Creyó que su intención era comprarle algo de ropa cara y antes de alejarse del coche agarró a su marido del brazo para frenarle.

—Ayrón, yo no quiero ropa. Me gusta lo que visto.

—Tranquila, a mí también me gusta lo que vistes —sonrió ligeramente, inclinándose para mirarle el trasero, que se marcaba bastante bien gracias al pantalón ceñido que llevaba.

Ahora sí que estaba en duda. La llevaba a una calle de tiendas caras en las que predominaban las de ropa y las de accesorios, pero no iba a comprar nada de eso... Le siguió silenciosamente preguntándose cual era realmente su destino, pero a pocos metros del coche se detuvo. Era una joyería, una famosa y carísima joyería.

—Ayrón...

—No digas nada. Sólo entra conmigo y elige la alianza que más te guste. Te lo debo.

—No, no me debes nada. Solo vámonos. Por favor.

—Te casaste conmigo por la fuerza. Has tenido que venir a vivir conmigo del mismo modo... Hoy has comprado un anillo solo para que vean que estás casada, pero ni siquiera te lo he regalado yo, y era mi obligación. Por favor. Solo entra y elije uno.

Se miraron a los ojos fijamente mientras ella se debatía con qué hacer, pero entonces él decidió por ella. Sujetó una de sus manos entrelazando los dedos como si fueran una pareja de verdad, se acercó a la puerta y, cuando les abrieron, se adentró con ella en el establecimiento.

Todos los trabajadores iban pulcramente uniformados, todos ellos bien peinados, ellas ligeramente maquilladas. Dentro de las vitrinas brillaban relucientes anillos, espectaculares collares y elegantes relojes. Absolutamente todo tenía aspecto de costar una fortuna y Clary empezó a sentirse mal. Se arrepentía de haber llegado a casa con una alianza barata. No era su intención que Ayron gastase una fortuna en un anillo, y menos aun cuando su relación ni siquiera era algo más allá de una firma en un papel. En vista de que Clary parecía más aturdida que gustosa, al ver que le dejaba elegir la joya que será el símbolo visual de su “amor”, decidió elegir él. De todo aquel montón de anillos eligió uno sencillo, un anillo con dos bandas, una de diamantes y otra lisa de platino que se entrelazaban. Curiosamente podría representar sus diferencias, aunque no lo pedía con esa intención.

Envolvieron coquetamente la joya y después de pagarla regresaron a casa.

Durante todo el trayecto de vuelta Clary fue en silencio. No había articulado palabra desde antes de entrar en la joyería.

—¿Estás bien? —Preguntó él al cerrar la puerta del apartamento.

—No lo sé.

—¿No sabes si estás bien?

—¿Te das cuenta de que ese anillo cuesta más de lo que gano trabajando tres meses en tu empresa?

—Entonces simplemente cuídalo.

—Esto es demasiado para mí.

—Eres mi mujer. No es demasiado. Es más, siendo el único anillo de bodas

que compre en mi vida, tengo la impresión de que no es lo suficientemente bueno.

Ayron la sujetó por los hombros y la guió hacia el sofá, donde la obligó a sentarse. Acto seguido se arrodilló frente a ella y sacó la joya del envoltorio. Quizás no era ni el momento, ni la situación indicados, pero aun así lo hizo. Tomó su mano entre sus largos dedos y encajó el anillo en su dedo anular.

—No te lo quites nunca. —pidió acariciando su mano antes de soltarla.

No es porque fuera el más barato y el más sencillo, pero quedaba perfecto en ella.

Llena de sentimientos contradictorios miró su mano. Aquel anillo significaba mucho más que estar simplemente casada. Observó la joya en su dedo y al mirar a su marido no pudo evitar acercarse a él y darle un beso en la mejilla como agradecimiento.

—Es precioso. Es... Gracias. Muchas gracias.

—¿Te gusta de verdad?

—Si.

Se miraron unos segundos sin saber qué hacer, pero Ayron no quería incomodarla, así que se apartó de ella y justo después se metió en su habitación. Clary hizo lo mismo, entró en su dormitorio sin poder apartar la mirada de su mano. Por un momento deseó que aquel no fuera un matrimonio tan particular, deseó que fuera un matrimonio lleno de amor y de pasión, como el que seguramente hubiera tenido con Colin de no haber roto su relación dos años atrás.

Suspiró apoyándose en la puerta y deslizándose hacia el suelo. Cerró los ojos por un momento, y sin querer recordó el beso que se habían dado horas atrás, cuando Ayron quiso dejar claro delante de todos que ella era suya. Tal vez fuera una simple demostración de posesión, pero podría afirmar y no se equivocaba,

que aquel beso le había hecho sentir muchas más cosas de lo que hubiera sentido con ninguno de sus anteriores novios.

Capítulo 6

Como todos los días, salían de casa por separado y llegaban a la oficina cada uno por su lado, como perfectos desconocidos. En tres semanas que hacía que se habían casado y que vivían juntos, absolutamente nadie sospechaba de su relación. Las chicas de la oficina fantaseaban con él como cada día, bromeaban con respecto a lo que le harían, o a lo que le dirían si estuvieran a solas, pero ese día en cuestión tendrían una pequeña y nueva distracción: Zac, un chico nuevo y recién asignado al departamento de las chicas que empezaba justo esa mañana. Y cuando Clary llegó, lejos de escuchar todo tipo de fantasías eróticas con su marido, se encontró con un pequeño intruso en el la oficina.

—¿Sabes lo que más me molesta? —Bromeó Miren, una de las chicas—. Hace una semana te llama el presi a su oficina, ahora te asignan al bomboncito rubio.

—Buenos días. Yo soy Zac Demsing. Espero que nos llevemos bien —saludó el nuevo con una sonrisa.

—Encantada Zac. Yo soy Clarence Becker, pero puedes llamarme Clary, o Becker, como me llaman esta pandilla de locas —sonrió, señalándolas con un gesto de su cabeza.

Justo en el momento en el que ella le ofrecía una mano a su compañero como saludo, Ayron pasaba por allí. Era consciente de que para subir a su despacho tenía los ascensores y la escalera de la entrada, no tenía que pasar por delante de aquel despacho para tomar los del fondo. Pero lo hizo. Pasó por allí y se fijó en el interior, creyendo que todas las chicas estarían diciéndole algo sobre el anillo que le había comprado días atrás. Le encantaba verla mirar la joya como si fuera algo delicado y especial, pero dentro de la oficina había un chico, frente a su

mujer, y ésta le ofrecía una mano como saludo, una mano en la que no estaba el anillo que le había pedido que no se quitase.

Subió a su oficina maldiciendo internamente.

—Buenos días, Ayron. —Saludó Vince.

—He pasado por el departamento de ventas. ¿Quién es el chico que está con ellas?

—Entra gente nueva todos los meses. Yo no estoy encargado de investigar los departamentos, no sé quién es. Pero puedo...

—Hazlo. Quiero saber todo de él.

—¿Necesitas un informe tan detallado como el de la señorita Becker de hace un mes?

—Es igual, olvídalo.

No iba a esperar tanto tiempo. En cuanto llegase a casa indagaría lo que hiciera falta hasta que ella le dijera todo lo que supiera.

El escritorio de Zac se había situado al lado del de Clary con el propósito de que pudiera fijarse en todo lo que necesitase cuando ella no tuviera tiempo de explicarle, pero inevitablemente pasaron las horas hablando y el trabajo se acumuló, por lo que al mediodía, cuando sus compañeras se fueron a comer, ella tuvo que quedarse a recuperar el tiempo perdido.

Ayron pasó la mañana pensando en qué estarían haciendo esos dos, pensando qué pasaría si ese tipo se fijaba en ella. Tenía claro que ella le detestaba, evitaba a toda costa cualquier cosa que pudieran hacer juntos. A la hora de comer, pese a imaginar que la oficina estaría vacía porque habrían ido a comer, pasó por delante. Para su sorpresa Clary miraba seriamente un documento, contrastando información con lo que tenía en pantalla. Sonrió al ver que estaba sola y que no había ido con el nuevo.

Pasó un largo minuto contemplándola, pero de pronto ella se puso en pie,

arrastrando con las piernas la silla en la que estaba sentada y miró su reloj. Él se apartó de prisa para no ser visto.

A Clary no le gustaba la idea de usar la cocina de la empresa para otra cosa que no fuera calentar algún que otro café, pero no quería quedarse sin comer, y tampoco podía perder dos horas en el restaurante con sus compañeras. Sabía que siempre había comida en esa cocina, así que se prepararía algo de pasta y volvería a su puesto para terminar, al menos, el informe que había empezado.

Acababa de llenar un cazo con agua cuando una voz masculina la sobresaltó.

—¿Por qué no llevas la alianza? —Preguntó Ayron apoyado en el marco de la puerta.

—¡Ayron! —Exclamó, mirando asustada hacia fuera—. ¿Qué haces aquí? ¿No has ido a comer?

—Se me ha hecho tarde. Pero por lo que veo a ti también. ¿Por qué no llevas la alianza?

—Me daba miedo perderla.

—Si la llevases puesta no tendrías que tener ese miedo. —Su voz era la misma de siempre, pero había un deje de irritación en ella.

Con total despreocupación entró en la cocina y se acercó a lo que su mujer había empezado a cocinar. Sonrió levemente al ver que había sacado un paquete de macarrones.

—¿Qué pasa si alguien te ve aquí? —murmuró de espaldas a él.

—Soy el presidente. No creo que a nadie le importase. Lo malo sería que te vieran a ti. Es muy probable que pensasen que estás haciéndome algún tipo de favor o que intentas seducirme.

Lamentablemente estaba en lo cierto. Él era el mandamás, él era el que podía pasearse por cualquier parte de la empresa sin que nadie cuestionase ni uno solo de sus actos, en cambio ella era la empleada, y además la que necesitaba

desesperadamente dinero para pagar las deudas.

—Puede que hubiera sido mejor idea ir con mis compañeras.

—He visto que tienes un compañero. Y también he visto que tú eres la encargada de enseñarle cómo funciona todo... ¿Va a salir también a comer con vosotras?

—¡Claro! ¿Crees que vamos a excluirle solo porque es un hombre? No las conoces, pero ellas siempre están dispuestas a recibir visitas masculinas en nuestra oficina —sonrió inconscientemente.

—¿Tú también?

—Hasta cierto día sí —respondió con total sinceridad—. Ahora estoy casada. Aunque solo sea en papel.

De pronto se escucharon los pasos de alguien en por el pasillo e instintivamente, Clary corrió hacia él para obligarle a esconderse detrás de la puerta por si a ese alguien se le ocurría asomarse al ver luz allí.

Ayron la miró con una sonrisa de medio lado, era demasiado ingenua para darse cuenta de que, si ese alguien entraba y los veía escondidos detrás de la puerta, pensaría que estaban haciendo algo y que se escondían para no ser vistos. Cuando ella alzó la mirada para verle éste sujetó su cara entre las manos y la besó. Clary se apartó de prisa.

—Éste no es sitio para que hagas eso. Si alguien lo ve...

Corrió hacia el fogón donde el agua hervía y Ayron no quiso contenerse. Acortó la distancia entre ellos, se puso tras ella, sujetó sus manos, entrelazando los dedos por detrás y apoyándolas en el mármol, luego se inclinó hacia ella, rozando su cuello con la nariz. Cerró los ojos y aspiró el perfume sutil que desprendía su cabello.

—Hueles bien.

—Ayron...

Él no respondió, besó su cuello y acto seguido la hizo girarse. Rodeó su cintura con un brazo, pegándola contra sí, y con la otra mano la obligó a levantar la cara para poder besarla. Con cualquier otra hubiera esperado a estar a solas en un sitio íntimo y alejado de miradas indiscretas, pero con ella era incapaz de contenerse. Se apoderó de su boca, separando sus labios con ayuda del pulgar y, como en la reunión de amigos de días atrás, metió la lengua en ella. Clary gimió inconscientemente y devolvió el beso con la misma intensidad y la respiración agitada. Ayron se apartó de su boca y fue trazando una senda de besos hasta llegar a su clavícula, ahí se detuvo y succionó, dejando en su piel la notable marca que mostraba al mundo que tenía a alguien a su lado. Satisfecho con ello regresó a su boca y, poco después, disminuyó la intensidad del beso hasta que se detuvo.

—Prepara un poco más. Voy a comer contigo —soltó de pronto, trayéndola de vuelta a la realidad.

—¿Y si alguien nos ve?

—Diremos que estabas comiendo sola y que he decidido acompañarte.

Cuando se levantó esa mañana lo último que imaginó fue lo que acababa de pasar: que le reclamase por no llevar su anillo de casada, que se besasen nuevamente como días atrás y que Ayron decidiera comer con ella en el mismo sitio en el que nadie debía enterarse de lo suyo. Aclaró un par de platos antes de servir lo que había preparado y los colocó sobre la isla, uno frente al otro. Comieron en silencio, ella con la vista fija en su plato y él mirándola de vez en cuando, asegurándose de que no desaparecía el chupetón.

Después de la comida, Ayron decidió volver a su despacho antes de que llegasen los empleados. Le guiñó un ojo al de salir y acto seguido desapareció, dejándola sola.

Estaba segura de que Ayron no tenía sentimiento alguno por ella. No es que se lo hubiera dicho, pero era evidente, ya que él también había sido forzado a esa

boda que les había unido, sin embargo las sensaciones que le producía cuando la tocaba y la forma en que la besaba no eran propias de alguien que detesta a la otra persona. Y la forma en que le había guiñado el ojo... Suspiró al guardar los platos limpios otra vez en su sitio y fue a lavarse la cara antes de volver a su mesa en la oficina.

Al entrar en el baño se apoyó a los lados del lavabo para mirarse en el espejo pero comprobó, espantada, como en el sitio donde antes no había nada ahora había una marca morada. No tardó ni un segundo en recordar como los labios de Ayron habían estado ahí posados hacía un rato. Haciendo a un lado el respeto que se suponía que le debía al presidente, subió a la última planta e irrumpió en el despacho de su marido.

—Esto es cosa tuya, ¿no? —señaló la marca de su cuello.

Ayron se acercó a ella con paso firme y trató de acorralarla contra la puerta, pero ella se apartó rápidamente, poniéndose cerca del sofá, el mismo sofá en el que le habían dado la noticia de su boda. Pese a haberse apartado de él la alcanzó con relativa facilidad, llevó las manos a su cintura y la atrajo.

—Por cada día que te olvides el anillo que compramos juntos, te haré uno para que todos sepan que... —trató de acercarse para besarla pero ella puso las manos en sus labios para que no lo hiciera.

—¿Por qué me besas de forma tan casual?

—Porque eres mi mujer. ¿No puedo?

—No. No puedes.

—¿Por qué? ¿No te gusta? Porque la forma en la que respondes no es como si no te gustase.

—Vale. Admito que me gusta. Pero ¿qué viene después? Ayron, lo nuestro no es un matrimonio normal.

—Lo que viene después... —murmuró, fijando la vista en sus labios—, no he

pensado en después, solo me dejo llevar.

Puede que al principio le fuera completamente indiferente, pero tres semanas después de esa boda, tras tres semanas de convivencia, de verlo a diario antes de ir a dormir y verlo nada más despertar, habían convertido su odio hacia él en algo extraño. No lo amaba, ni siquiera le tenía cariño, sin embargo, cuando lo tenía así de cerca deseaba que la besase. Le encantaba su olor, y el brillo travieso de sus ojos, y el tono que usaba al hablarle de cerca. Puso las manos en su pecho y le empujó hacia atrás.

—Esto es por tu culpa y las chicas saben que no salgo con nadie, esta mañana no lo tenía y tampoco he ido a comer con ellas. ¿Qué se supone que tengo que decirles?

—¿Mosquito?

—¿Mosquito? ¿Aquí? ¿En la hora de la comida? —Preguntó conteniendo una carcajada—. ¿Crees que son niñas? Sabrán de inmediato lo que es, y sabrán que no lo ha hecho cualquiera.

—Diles que... Lo siento. No pensaba que fuera a ser tan difícil de explicar.

—Les diré que... —Se llevó los dedos a la marca y lo miró—. ¿No podías haberlo hecho en casa? De haber venido con ello solo tenía que haber dicho que ha sido un rollo de fin de semana.

Ayron se fijó en el lugar en el que estaba el chupetón, sacó el pañuelo del bolsillo de su americana y después de doblarlo en diagonal se acercó nuevamente a ella, anudándolo alrededor de su cuello y cubriendo la marca. Clary agradeció el gesto, aun así tendría que explicar a sus avispidas compañeras el porqué del pañuelo. Bajó a su oficina antes de que llegasen del restaurante y siguió con la propuesta en la que trabajaba antes de ir a comer.

Capítulo 6

A pesar de haber tenido que mudarse de la residencia familiar siendo un niño y tras la muerte de su madre, siempre tuvo sobre él el control de la familia Wells, algo que siempre detestó pero que a su vez le llevó a ser un hombre competente. Su boda con Clary había sido tan secreta que únicamente habían estado presentes ellos y sus padres. No había dado ningún tipo de información ni a su abuelo, ni a sus tíos ni a sus primos, pero eso no quitaba que pudieran enterarse. Y así fue.

Al entrar en la oficina esa mañana había dos chicas paseándose entre las mesas de las empleadas. Clary no tenía ni idea de quienes eran y tampoco hicieron o dijeron nada que dejase intuir entender que estuvieran ahí por ella, así que saludó alegremente como siempre y se sentó en su sitio, al lado de Zac.

—¿Quiénes son? —preguntó a su compañero en voz baja.

—No tengo ni idea. Nada más llegar han preguntado por ti.

—¿Por mí? —Se señaló a sí misma. Su compañero asintió.

Miró a las dos chicas antes de ponerse en pie para preguntar si podía ayudarlas con algo, pero las encontró mirándola de reojo y con los brazos cruzados. No tenían demasiado aspecto de ir de forma amistosa, sin embargo se acercó a ellas y después de presentarse debidamente se disculpó por no haberlo hecho antes.

—¿Así que «esa» Clarence eres tú?

—Yo soy Clarence, pero no sé si soy la que buscáis.

—¿Hay otra Clarence Becker trabajando en esta empresa?

—No.

—Bien. Entonces deja lo que estés haciendo y ven a tomar un café con nosotras.

Clary miró a sus compañeras intentando encontrar en ellas una aclaración sobre quiénes eran esas dos chicas, pero todas negaron con incredulidad. En ese momento no supo qué hacer, pero esas chicas decidieron por ella. Una agarró su brazo tirando de ella fuera de la oficina, la otra cogió el bolso que había dejado en el escritorio al llegar y las siguió.

No tenía ni idea de porqué esas dos extrañas estaban llevándosela de aquel modo, y por un momento recordó la forma en la que Ayrton la secuestró a la salida de su anterior trabajo. Por suerte esta vez no parecía que fueran a ir en coche. Cruzaron la calle y, a un par de manzanas, se detuvieron en una cafetería, la misma a la que Clary iba con sus compañeras desde hacía casi un año. Entraron agarrándola por los brazos como si fuera una prisionera y la obligaron a sentarse en una de las sillas, frente a las que ocuparon ellas.

—Así que tú eres la zorrita que ha engañado a mi primo para casarse con él... —dijo la que parecía más mayor—. Me pregunto qué artimañas habrás usado.

Ambas eran jóvenes, quizás no eran mucho mayores que ella. Las dos iban elegantemente vestidas y las dos iban llenas de joyas que, a simple vista parecían costosísimas. Ambas eran rubias e iban bien maquilladas.

Con lo que le habían dicho la dejaron sin saber qué decir, pero solo con eso pudo adivinar que eran primas de Ayrton.

—Zorra y vulgar —afirmó la otra—. Mira la marca de su cuello. —Clary se cubrió con la mano la marca que su marido le había hecho.

—Yo... —Pese a que ella nunca fue de quedarse con la palabra en la boca o a quedarse sin saber qué decir, en ese momento no había absolutamente nada que pudiera declarar en su defensa.

—¿Cuántos años tienes? Pareces más joven que Ayrton.

—Veinti... Veintitrés.

—Veintitrés. ¿Y no te importa que él sea cinco años mayor que tú?

—¿Cómo va a importarle, Karen? Ella no ve eso. De él solo quiere su dinero.

—¿Cómo?

—Vamos, no te creas que somos tontas. ¿Acaso el pobretón de tu papaíto no ha cobrado cincuenta mil dólares de Bruce para pagar sus deudas de juego?

—Qué lástima. Pobrecita —Karen acarició su cabeza como si fuera un perro —, hasta su madre huyó espantada al ver la clase de hombre que es su padre: un ludópata descerebrado que se jugó y perdió su casa, dejando a su familia en la calle y embarcada en deudas... Pero encontraste un buen partido al que sacarle todo lo que quisieras, ¿no?

Estaba tan bloqueada por lo que esas dos arpías estaban diciendo que ni siquiera le salía la voz. Las miraba cuando hablaban, entendía a la perfección cada una de sus hirientes acusaciones, pero era completamente incapaz de volver a abrir la boca. Se moría de ganas de gritar, de abofetearles por lo que decían sin saber las razones de su boda, incluso tenía ganas de llorar, pero ni siquiera eso era capaz de hacer. De repente, la más joven de las dos se puso en pie y vertió sobre su cabeza un enorme vaso de agua. Ambas empezaron a reír como si hubiera sido algo graciosísimo. Karen, con intención de rematar la faena, cogió un pimentero de la mesa de al lado y, tras quitarle la tapa metálica, espolvoreó el polvo picante sobre su pelo y sus hombros. La otra rió y buscó algo nuevo con lo que ensuciar a Clary, pero entonces intervino el camarero.

—No sé qué os ha hecho, pero creo que ya está bien.

—Vámonos, Leslie. Este también es un antro de mala muerte.

Ambas dos lo miraron con desplante y, agarrándose de los brazos salieron del establecimiento, dejando a Clary con la misma postura rígida que había adoptado cuando empezaron a acusarla.

—Clary... —dijo el camarero, poniendo una mano en su hombro—. ¿Estás bien? ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Eh? Yo...

—¿Estás bien?

—Sí. Yo... Lo siento Fred. No sé...

La muchacha se puso en pie completamente confundida y, tras disculparse con el camarero, salió de la cafetería. En ese momento lo que más le tentó hacer fue correr al despacho de su marido y pedirle el divorcio. Ella no merecía ser tratada así por dos personas a las que ni siquiera conocía por el mero hecho de estar casada con él. Se detuvo frente a la vidriera de un escaparate y miró su atuendo. Iba empapada y su pelo lucía espantosamente por la pimienta. Sí, definitivamente subiría al despacho del presidente y terminaría las cosas de una vez por todas. Pero al mirarse nuevamente en el reflejo se fijó en la marca de su cuello y recordó cuando el día anterior la había besado de aquel modo y su petición de que nunca se quitase la alianza que había comprado para ella... No tenía la más remota idea de cómo actuar ante aquello.

Regresó a su trabajo tal cual, mojada y con el pelo como lo llevaba, quizás podría limpiárselo en el baño. Al llegar a oficina las chicas no preguntaron nada, pero Leah no quiso quedarse quieta sin más, se acercó a ella, la agarró por el brazo y tiró hasta el baño.

—No te voy a preguntar lo que ha pasado porque al verlas entrar nos hemos dado cuenta de que venían con malas intenciones. Solo espero que les hayas dado su merecido y que ellas hayan terminado peor que tú. Mírate, vas hecha un desastre... —dijo sacudiéndole el pelo.

Ambas empezaron a estornudar por culpa de la pimienta pero, en lugar de ponerse a reír como habrían hecho en cualquier otro momento, Clary bajó la mirada.

El resto de la mañana pasó sin decir una palabra y la tarde no fue muy diferente. Igual que el día anterior no fue a comer al restaurante, pero tampoco fue a la cocina. No tenía el más ínfimo deseo de que Ayrón se presentase allí y le exigiera saber lo que había ocurrido.

A la hora de la plegar fue la primera en salir y, cuando Ayrón pasó por allí para comprobar si aún estaba en la oficina se extrañó al ver su escritorio vacío.

—Ayrón —dijo Bruce atravesando las puertas del vestíbulo antes de que éste llegase a salir—. ¿Has visto a Leslie y a Karen? Me acabo de enterar que estuvieron aquí esta mañana.

—No. No las he visto. Y me alegro de no haberlo hecho —aclaró.

—...*ha llegado empapada y llena de pimienta...* —cuchicheaban un par de chicas pasando por al lado de ellos.

Aquello no le gustó. Podrían haber estado hablando de cualquiera. Podrían haber estado comentando la escena de cualquier película o serie, o el pasaje de algún libro, pero no le gustó lo más mínimo saber que sus primas habían estado en el edificio y escuchar que alguien había vuelto como aquellas chicas decían. Sin perder ni un solo segundo más divagando los motivos que les había llevado a visitar SWC Corporation, se despidió de su padre y corrió al aparcamiento, donde Arthur esperaba pacientemente.

—Hoy necesito que vuelas.

—¿Ha pasado algo?

—Espero que no, pero necesito asegurarme.

Obedientemente Arthur condujo a toda prisa. Buscó la ruta rápida hasta el apartamento de Ayrón y, el trayecto que habitualmente duraba treinta minutos, se redujo a quince.

Con un simple «nos vemos mañana» Ayrón atravesó el vestíbulo y subió al

ascensor. Rezaba internamente porque no hubiera pasado nada y al irrumpir en el apartamento encontró a su mujer preparando la cena. Pese a estar seria no parecía haber pasado nada.

—Ya estoy en casa —saludó.

—Llegas pronto —su voz sonaba un tanto más apagada que habitualmente, pero al mirarle le dedicó una sonrisa leve, algo que en cierto modo le dejó un poco más tranquilo.

Se fijó en su mano y el anillo que había brillado en su dedo anular por la mañana, ahora no estaba. Le tentó acercarse a ella y molestarla con el tema de la alianza y bromear con hacerle un nuevo chupetón si no volvía a ponérsela, pero temió que realmente hubiera sucedido lo que las empleadas decían y que le dijera algo que realmente no quería oír.

—Voy a cambiarme.

La cena fue tan silenciosa como siempre. A pesar de estar casados desde hacía casi un mes, y de cenar juntos muchas noches, no mantenían conversaciones. No compartían sus vivencias del día, no había anécdotas o comentarios que acompañasen e hicieran un poco más amenas sus comidas

Y después de cenar cada uno se encerró en su cuarto.

Pasaba de la medianoche cuando Ayron abrió los ojos de par en par al creer escucharla llorar. Sin pensar en nada más corrió a su habitación y se agachó a su lado. Sin esperarlo, Clary se giró sobre la cama y estiró los brazos, rodeándolo con fuerza en un abrazo.

—¿Quieres contármelo?

—Me han llamado zorra. Han dicho que te engañaba para sacarte lo que yo quisiera. Que mi madre nos había dejado y mi padre es un ludópata...

—Por favor, perdóname...

—Me he sentido tentada a romper mi palabra y pedirte la anulación... — añadió entre lágrimas.

Ayron sintió que se le encogía algo en el pecho al escuchar eso último. La rodeó con fuerza, buscando las palabras adecuadas para disculparse por lo que le había pasado. Era su culpa, lo sabía. Y lo peor era que sabía que pasaría eso en cuanto su familia se enterase de que se había casado. A ellos no les importaba si era de clase baja, de clase media o de clase alta, podría incluso ser una princesa de algún país europeo que aun así no lo aprobarían. Lo único que pretendían y volverían a intentar era únicamente tratar de separarlos para que Ayron perdiera la empresa que, según ellos, él no tenía derecho a presidir. La abrazó hasta que ella estuvo calmada y cuando se estiró en la cama él se puso en pie para volver a su dormitorio.

Clary sujetó su mano para que no se fuera y tiró de él para que volviera a su lado.

—No te vayas. —Pidió, obligándole a que volviera—. ¿Por qué me odian tanto? —preguntó cuándo él se agachó de nuevo a su lado.

—No es por ti. Mi padre era de clase baja cuando se casaron y empezó a vivir en la residencia principal de la familia. Cuando mi madre murió yo tenía diez años, pero no dudaron en echarnos. Pensaban que ya no formábamos parte de esa familia y que no merecíamos aprovecharnos de la situación. Cuando terminé la universidad mi abuelo vino a verme y me ofreció un puesto en una de sus empresas, pero soy bueno en lo que hago y cuando se dio cuenta terminó por darme el puesto de presidente en esta empresa. Pese a todo, la familia de mi madre cree que no merezco nada de ese apellido y han intentado echarme tantas veces que he perdido la cuenta. Ahora van a intentarlo a través de ti. No creí que fuera a ser tan pronto, pensé que esperarían unos meses. —Apretó con fuerza su mano mientras buscaba las palabras para decir lo siguiente—. Si quieres la anulación...

—No sigas.

A pesar de que estaba terriblemente dolida por lo que esas dos brujas le habían hecho esa mañana, él no tenía culpa. Se sentó en la cama y volvió a abrazarle.

—Clary...

—No quiero divorciarme de ti. No estoy tan mal contigo, aunque, ni siquiera puede decirse que tenemos un matrimonio —sonrió levemente—. Esta vez me han cogido desprevenida, pero la siguiente no seré tan tonta como hoy. Cuando vuelvan a buscarme...

Ayron la apartó lentamente, sujetó su cara entre las manos y se acercó para besarla. Clary devolvió el beso del mismo modo: sujetando su cara entre las manos. Por un momento deseó que Ayron quisiera dar un paso más, deseó que actuara tan impulsivamente como todas las veces anteriores, que la forzase a estirarse y se colocara sobre ella, que la tocara, que se excitase con el tacto de su cuerpo y le hiciera el amor toda la noche. Sonrió internamente al encontrarse a sí misma fantaseando como las locas de sus compañeras, pero, a diferencia de sus compañeras, ella lo tenía ahí, le estaba besando y estaba disfrutando de ese beso como lo había hecho con los anteriores. Poco a poco su marido se apartó y apoyó su frente en la de ella.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por haberlo soportado y no haberme dejado.

—Si lo hubiera hecho ellas se habrían salido con la suya, habría dado a entender que tenían razón y yo hubiera quedado como una zorra vulgar. —Declaró—. A lo mejor ahora puede parecer oportunista, pero me gustaría que alguna vez, cuando no sea un secreto de estado, podamos tener un matrimonio normal.

—Pero tú no me quieres.

—Tú a mí tampoco. —él sonrió de una forma que no le había visto antes, pero no supo cómo interpretarla—. Pero admito que me gusta estar así. Quizás pueda llegar a ser un comienzo.

—Aunque pueda sonar raro, a mí también me gusta. Y también creo que pueda llegar a ser un comienzo. —Admitió él.

Volvió a besarla, ésta vez con menos urgencia pero no por ello con menos deseo, y luego se incorporó. Sonrió al mirarla y salió del dormitorio, pero al cerrar la puerta de su habitación volvió a la de su mujer, metiéndose con ella entre las sábanas. No pretendía hacer nada con ella, al menos no aún, no porque no la desease, sino porque era incapaz de imaginar lo que debía haber pasado ese día por su culpa.

No sabía cómo ni cuándo pero la deseaba, y sus besos podían decir cuánto. Se tumbó a su lado, la rodeó con un brazo pegándola a su pecho y, después de besarla en el pelo, cerró los ojos. Clary deseó que no se fuera y sonrió ampliamente al verlo entrar nuevamente en la habitación y al ver cómo se estiraba con ella. Se le aceleró el corazón cuando él la rodeó con un brazo estrechándola contra sí. Había admitido no quererle, pero era muy probable que esa situación cambiase, en no mucho tiempo, si seguía comportándose con ella como lo estaba haciendo.

Le rodeó con un brazo y se apoyó en él. Tras un suspiro cerró los ojos, deleitándose con el calor que su cuerpo desprendía, con los latidos acompasados de su corazón y el sonido tranquilo de su respiración.

Capítulo 7

Ninguno de los dos sabía por qué, pero desde el incidente con Karen y Leslie durmieron juntos en la cama de Clary. No hicieron el amor pese a estar terriblemente tentados a ello.

Ese día hacía un mes que se habían casado, pero también era el día en el que la familia de Ayrton decidió celebrar el cumpleaños del abuelo, dos días antes de tiempo pero aprovechando que era fin de semana.

—Voy a necesitar que vengas conmigo a la residencia principal. —Soltó Ayrton dando un sorbo a su taza de café caliente.

—¿Allí?

—Celebran el cumpleaños de mi abuelo y no puedo faltar.

—¿De verdad no puedo librarme? No me gustaría encontrarme con...

—No te preocupes por eso. Te juro que no dejaré siquiera que se te acerquen.

Al firmar el acta matrimonial estaba firmando no solo convivir con él y serle fiel, también estaba firmando, tácitamente, tener que asistir a ese tipo de reuniones, le gustase más o le gustase menos.

Ayrton le prometió que no estarían demasiado tiempo en la mansión de su abuelo y esperaba que así fuera. Ella podría defenderse si volvían a acusarla de lo que en realidad no era, pero no quería ver como se metían con él, como le decían que él no tenía nada que ver con esa familia y lo peor, ver como él tenía que callarse como un sumiso para poder seguir manteniendo su puesto de presidente en la empresa de su abuelo.

Se vistió con lo mejor que encontró en su armario: zapatos de tacón, una falda

corta de vuelo con encaje en los bajos y estampado de florecillas. Para la parte de arriba eligió una camisa blanca entallada. Ató su pelo en un moño suelto y se maquilló sutilmente. Al salir del dormitorio se encontró con su marido, quien la miraba embobado.

—Estás preciosa.

—Es la primera vez que me dices algo así. —dijo turbada.

—Lo pienso muchas más veces de las que lo digo. —Confesó, acercándose a ella y dejándole un beso en la mejilla—. Aunque las mujeres que haya en la fiesta se engalanen con diseños caros ninguna podría superarte.

—Bueno, ahí te has pasado —rió—. Puedo crearme un halago sencillo, pero hay diseños caros realmente bonitos.

—No importa lo que digas. Para mí serás la más bonita de la fiesta. Porque esa gente no significa nada para mí, porque eres mi mujer y porque me gustas mucho más que todos ellos juntos.

—Ayron...

—Oh, y porque me encanta como suena mi nombre saliendo de tu boca. Siempre lo he oído con pretensiones ocultas o con desprecio, pero tú lo dices de forma distinta y me encanta.

Ella sonrió, poniéndose aún más colorada. Ayron agarró una de sus manos, entrelazó los dedos y la guió hacia la entrada.

Como con cada evento importante Arthur sería su chofer, de forma que se sentaron juntos en los asientos traseros. El conductor sonrió al verlos juntos. Esa era la segunda vez que subían juntos y, a diferencia de la vez anterior, ella no lo había hecho por la fuerza, tampoco gritaba ni maldecía, por el contrario, podía ver por el retrovisor interno como tenían las manos entrelazadas y como ella acariciaba el dorso de sus dedos. Era la primera chica que subía en ese coche y al parecer también sería la última.

Sin que nadie le dijera nada supo que estaban llegando ya. Habían entrado en una zona con amplios jardines por la que ya no transitaban coches, ni en la misma ni en dirección contraria.

—Tengo miedo...

—No lo tengas. Te dije que no iba a dejar que nadie te hiciera nada.

—También tengo miedo por ti. —confesó—. Me da miedo que...

Ayron no dejó que terminase de hablar. Con la mano que tenía libre la atrajo para besarla. Él siempre fue un chico fuerte, nunca se dejó doblegar por nadie, ni dejó que comentarios ajenos le ofendieran. Tampoco dejó que nadie se preocupase a su alrededor porque, realmente, no había de qué preocuparse. Pero con ella era todo distinto. Con ella no había hecho el amor pese a estar casados, con ella no había pasado de esos besos que tanta pasión encendían en él y con ella nada había pasado de las palabras. Estaba preocupada por él, pero con el tiempo terminaría por entender que en esa parte de la familia ladraban mucho pero mordían poco. Escucharía críticas, advertencias, amenazas, y sufriría algún que otro percance como el que ya había tenido que pasar, pero nada pasaría de ahí.

El coche se detuvo frente a la puerta de la entrada y Clary contuvo la respiración por un momento al ver que, entre los dos grupos de personas, tres mujeres a un lado y cinco hombres al otro, había una cara que, lamentablemente conocía. Ayron sujetó su mano con más firmeza aun y bajó del sedán tirando de ella. Creyó que se detendrían para que su marido le presentase a aquella gente, pero lejos de lo que pensó, afianzó su agarre y siguió avanzando, atravesando las puertas de la mansión.

Miró sorprendida a su alrededor. Cuando su marido se refería a la residencia familiar estaba muy lejos de imaginar algo como aquello, un palacio enorme, de techos altos y decoraciones barrocas. Siguió a Ayron sin soltarle hasta que, al cruzar una enorme puerta blanca y dorada se detuvieron. Clary notó como

apretaba aún más su mano y ella hizo lo mismo para decirle que, aunque no fuera gran cosa, ella estaba ahí.

Se aproximaron a un pequeño grupo de hombres, donde Ayron se detuvo frente a uno de ellos, un hombre que no parecía tener más de cincuenta años.

—Feliz aniversario, Oliver. —Saludó fríamente.

—Al fin te dignas a venir —dijo uno de los otros dos hombres, el más mayor y rechoncho, al que le faltaba gran parte del pelo de la cabeza pero que, a su vez, lucía una barba densa aunque recortada—. Ha pasado un año.

Ayron le ignoró como si no le interesase lo más mínimo lo que había dicho.

—¿En realidad te has casado? —Preguntó Oliver.

—Lo hice. —Aclaró Ayron. Los tres hombres fijaron la vista en Clary, pero éste se puso delante de ella para evitar que le dijeran nada que pudiera atacarla u ofenderla—. No he venido a hablar de ella. Tenéis una fiesta de aniversario y hemos venido a presentar nuestros respetos, nada más.

Oliver estiró un brazo, llevándolo detrás de su nieto y sujetó a la muchacha por la muñeca. Tiró de ella con firmeza, obligándolo a soltarla. Ella miraba a su marido suplicando con la mirada, pero éste no hizo nada en respuesta. El mayor se dirigió al pasillo por el que habían pasado ella y su marido hacía solo unos minutos y entró con ella en un despacho. Clary echó una mirada rápida a su alrededor solo para comprobar que la decoración era fiel a lo que había podido ver del resto de la casa, y fijo la vista en ese hombre, quien la había soltado al cerrar y se había dirigido a un escritorio de madera con decoraciones doradas.

—No creo que os hayáis casado, más bien creo que es una estrategia. —Empezó a hablar el hombre—. Dime, ¿cuánto quieres para dejar a mi nieto tranquilo?

—¿Disculpe?

—Vamos, mis nietas ya me han dicho la clase de persona que eres, una

pobretona muerta de hambre con un padre jugador. También me contaron que tu familia sacó tajada de esa supuesta boda. Ahora te estoy ofreciendo lo que quieras para que sigas con tu miserable vida al margen de la de mi nieto.

Clary se acercó a la puerta con los ojos inundados en lágrimas. Aquel hombre era igual de despreciable que las dos arpías que la acosaron días atrás. Pero esta vez no iba a dejarse pisotear por él, por muy hirientes que fueran sus palabras.

—No voy a decir absolutamente nada para intentar limpiar la sucia imagen que tienen de mí, porque sencillamente me importa un bledo. Pero déjeme decirle algo, no todo en el mundo es dinero, señor Wells. Quizás una persona fría y déspota como usted nunca lo haya experimentado, pero no hay dinero que pueda pagar lo que la persona de la que se está enamorado te hace sentir cuando se acerca a ti, o cuando te mira, o cuando te susurra o te besa. —El hombre la miró tratando de ocultar su sorpresa al encontrarse con una respuesta que conocía bien—. ¿Quiere que me aleje de su nieto? Está bien. Lo haré. Pero antes dele a Ayron SWC Corporation. Y no me refiero a la presidencia, que ya la tiene, me refiero a sus escrituras, a sus acciones. Todo. Dele a su nieto esa empresa que tanto merece y le juro que jamás volverán a saber de mí.

Antes de que el hombre pudiera articular palabra salió del despacho. A la derecha podía ver a su marido y a los dos hombres que le hablaban como si valiera menos que una basura, pero no pudo acercarse a él como deseaba hacer, por el contrario giró hacia la izquierda y, cruzando la enorme antesala salió al jardín. No cruzó palabra alguna con las personas que allí había, simplemente bajó la escalera y corrió hacia la zona de aparcamiento.

De pronto se vio frenada por una mano. Uno de los empleados la había sujeto del brazo mientras Oliver la miraba desde la entrada de la mansión.

—Discúlpeme, señora Wells. El señor quiere...

—No. No me llame señora Wells. Y tampoco voy a volver a dirigirle la palabra a ese hombre.

Oliver supo que esa chica no volvería a entrar en la mansión por las buenas, de modo que él mismo bajó hasta la grava de la entrada para acercarse a ella. Clary se echó a temblar al verlo venir con ese aire soberbio.

—Puedes retirarte, Samuel.

—Señor Wells... —Dijo el empleado antes de hacer una reverencia y apartarse de ellos.

Clary se dio la vuelta en un desplante y empezó a caminar, alejándose del abuelo de su marido. Pero nuevamente se vio frenada.

—Le suplico que me deje tranquila.

—Los jardines son lo suficientemente grandes para que nadie nos escuche. ¿Podemos hablar? —Preguntó. Clary frunció el ceño al notar que el tono de su voz ahora era suave y no hosco—. Como regalo de cumpleaños.

Sin dejar que le diera una respuesta, se agarró al brazo de la muchacha y tiró de ella.

Clary se giró hacia la entrada de la mansión buscando a su marido con la mirada, pero, al parecer, él ni siquiera se había dado cuenta de que había salido. Estaba segura que si supiera que estaba fuera con su abuelo saldría rápidamente a su rescate.

—De verdad, señor Wells. ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué no me deja marcharme sin más?

—La respuesta que me has dado en el despacho me ha traído viejos recuerdos... —suspiró—. Hace cincuenta años mi abuelo quería obligarme a casarme con una muchacha de su elección, pero yo estaba enamorado de alguien más. La cortejé fingiendo que era un chico normal y no un heredero. Me casé con ella amándola como jamás pude querer a nadie.

De todas las cosas que ese hombre pudiera haberle contado, ni por asomo se habría imaginado que hubiera hecho nada de lo que le contaba. Pero en sus duras

facciones había una sombra de dolor, un brillo en sus ojos que no había visto al fijarse en él por primera vez.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Cuando mis padres y mi abuelo se enteraron le ofrecieron dinero, tierras y casas para que me dejase, porque ella no entraba en sus planes de negocio. — Hizo una pausa, deteniéndose para ponerse frente a ella—. La respuesta que Jewel les dio era tan parecida a la que me has dado que recordarlo me ha roto el corazón.

—¿Qué pasó después?

Quizás, preguntándole por lo sucedido, terminase por darle una pista de lo que pasaría entre Ayron y ella si no hacía caso a lo que le había pedido unos minutos más tarde.

—Nos separaron. Anularon aquel matrimonio para casarme con quien ellos querían. Pero la seguí viendo porque la quería y tiempo después, a pesar de tener cuatro hijos con Mary, tuve mi deseada hija con ella. Era preciosa, idéntica a ella y las amaba, las quería más que a nada en el mundo. Pero hubo un accidente y Jewel murió. Mis padres y mi abuelo se encargaron de arreglar todo lo necesario para que pudiera quedarme con mi preciosa niña.

—¿Ella era la madre de Ayron? —el hombre asintió—. ¿Es por eso que todos le odiáis? ¿Porque es nacido de una hija ilegítima?

—Yo no le odio. ¿Por qué crees que ninguno de mis hijos o de mis otros nietos ha llegado al puesto de presidente de SWC?

—¿Y por qué le trata con desprecio? ¿Por qué le hace sentir indeseable?

—Porque mis hijos han crecido bajo la influencia de mis padres y mi abuelo, y si se me ocurre ser blando con él, harán lo imposible por despedazarnos, quitárnoslo todo y sacarme de aquí.

—Eso es horrible.

—Lo es. Sé que estás enamorada de mi nieto —ella abrió la boca para negarlo de inmediato, pero se vio interrumpida—, y también sé que eres especial para él porque nunca antes ha traído a ninguna chica a esta casa. Me disculpo por el trato que te he dado y me disculpo por el trato que estoy obligado a darte en el futuro, pero debes entender que la única protección que pueda tener ese niño soy yo, y para ello necesito ser frío y déspota. Y también cruel. Por eso no le dejé quedarse cuando su madre murió, porque le habrían convertido en lo mismo que ellos. Contrario a lo que te pedí antes... mantente a su lado. Sé su apoyo cuando todo se ponga en contra suyo y muestra siempre por él el mismo amor que has demostrado en mi despacho.

—Yo no le amo —aclaró.

—Eso dices, pero aunque lo niegues a voz en grito no hará diferencia aquí. — Sonrió inconscientemente al señalarse el pecho, pero al darse cuenta miró hacia la entrada de la mansión temiendo que alguien le hubiera visto ser amable con ella—. Me alegro de haberte conocido y ojalá podamos tener muchas de estas conversaciones en el futuro.

El hombre puso una mano amable en su hombro y se despidió, alejándose a paso rápido y devolviendo a su rostro ese aspecto oscuro y sombrío que tenía habitualmente.

Clary se quedó en el jardín con sus últimas palabras resonando en su cabeza y, pese a todo, se alegró enormemente de haber ido a aquella mansión en un día como ese, porque había conocido no solo a su abuelo, sino un poco de la historia que había detrás de Ayrton y, porque además, había podido enterarse de que, en realidad, él no era tan odiado como él creía, aunque no pudiera decírselo por miedo a que gran parte de esa familia quisiera hundirle.

—Te he buscado por todos lados —regañó Ayrton cuando se acercó a él en la entrada de la casa—. Tenía miedo de que no hubieras podido soportarlo y te hubieras ido.

—He estado a punto de hacerlo —sonrió, ocultando que había estado paseando con su abuelo—. Preferí pasear un poco antes que cruzar palabras con...

—Gracias —Ayron la rodeó con fuerza y le besó en el pelo—. Gracias por no haberme dejado aquí solo. —Clary devolvió el abrazo, escuchando los rápidos latidos de su pecho.

Había sido una visita de lo más extraña. Se habían vestido elegantemente únicamente para que Ayron felicitase a su abuelo, pero estaba bien, estaba mejor que bien, porque eso quería decir que, al salir de la propiedad, volverían a casa, y lo harían juntos.

Capítulo 8

Aquel viernes amanecía de buen humor. No tenía planes para el fin de semana como los había tenido el sábado anterior, pero no importaba, porque al menos el domingo tenía la certeza de que lo pasarían juntos en casa. Le gustaba estar con él. No hablaban demasiado, no hacían demasiadas cosas juntos, pero le encantaba chocar con él al salir del baño, o en la cocina, y le gustaba más aún cuando un simple roce de sus dedos le erizaba la piel. Sí, Oliver tenía razón cuando le dijo que aunque lo gritase no habría diferencia.

Entró en la oficina con una sonrisa en los labios y saludó alegremente tanto a las chicas como a su compañero.

—¿Nos hemos perdido algo? —Preguntó Leah mirando hacia el pasillo, pensando que alguien le había dicho algo gracioso.

—No. Pero es viernes...

—Si. Ya solo eso es motivo para celebrar.

Las chicas empezaron a hablar sobre sus planes del fin de semana y cuando una de ellas mencionó que, a menos que tuviera una excusa creíble, tendría que ver a su suegra, otra de ellas propuso salir y divertirse. Hacían algunos meses que no salían y estaba segura de que lo pasarían tan bien como entonces.

—Mi marido se arrancará el poco pelo que le queda cuando sepa que saldremos otra vez. Nos llama las seis fatales.

—Es que somos las seis fatales —afirmó Valery. Todas rieron por la ocurrencia.

Quizás no eran las mejores amigas fuera de la oficina, pero dentro de ella estaban tan unidas como una familia, se ayudaban, se protegían y se apoyaban. Y

a veces, como esa noche, salían de copas, bebían, se contaban sus penas y sus aventuras y coqueteaban con cualquiera que estuviera de buen ver.

—¿Escote o cuello de cisne? —preguntó Miren.

—Propongo un juego. —Sugirió Elisa—. Cada una apunta un color en un papel y lo mete aquí —sacó los bolis de un lapicero que tenía sobre su escritorio y colocó el recipiente vacío frente a Zac—. Nuestra mano inocente elegirá un color por cada una y ese será el color que tengamos que llevar.

Todas las chicas estuvieron de acuerdo de inmediato y empezaron a anotar sus colores favoritos en un pedazo de papel, tras doblarlo a conciencia metieron las bolas de papel en el cubilete metálico que Elisa había dispuesto para ello y, una vez terminaron, Zac se arremangó ligeramente con una expresión simpática. Metió los dedos y sacó el primero de los papelillos.

—Vamos a ver... poneos en fila. Os asignaré los colores por orden. — Aquellas chicas estaban todas chifladas, pero estaría loco si decía que no lo pasaba en grande cuando a alguna se le ocurría algo como aquello, o si decía que no se reía cuando Tallulah o Elisa soltaban algún comentario sobre el presidente—. Miren, tu irás de... Azul —dijo tras desdoblar el primero de los pliegues—. Leah, tu irás de... Rojo —soltó tras hacer lo propio con la segunda nota—. Clary, tu irás de blanco. Tali, tú de negro. Valery irá de... rojo, y Elisa de... también de rojo. Sí que os gusta el rojo —dijo con una mueca.

—Es un color sexy —afirmó Leah giñándole un ojo.

Ayron pasaba por delante de la oficina cuando las escuchó reír. Se sintió tentado de pararse frente a la puerta y mirar a su mujer. Con él no se reía tan libremente, tan despreocupada. Con él no actuaba con esa naturalidad y se moría por ver esa faceta de ella. Pese a todo, era el presidente, así que, quedarse mirando a sus empleadas no sería algo demasiado bien visto, así que se recreó en el sonido de su risa y continuó su paso hasta el ascensor del fondo.

Antes de subir desvió la mirada hacia la sala de archivos y sonrió al recordar

que ahí fue la primera vez que la besó.

Había pasado la semana pensando en algo que proponerle para que pasaran el fin de semana juntos. Hacía varias semanas que estaban casados, no habían tenido la luna de miel que toda pareja de recién casados sueña ni habían hecho cosas juntos. Estaba dispuesto a proponerle cualquier cosa cuando llegase a casa y la tuviera de frente.

Las chicas habían pasado todo el día hablando sobre dónde ir, sobre qué ponerse, sobre una nueva bebida que muchas de ellas querían probar y tratando de convencer a Zac de que fuera con ellas, algo con lo que no tuvieron demasiada suerte. Al apagar el último de los monitores las chicas se juntaron en el centro de la oficina y unieron sus manos con una sonrisa, luego se dirigieron a la salida emocionadas por repetir una de sus noches locas.

Habían quedado en casa de Valery, quien más cerca vivía de todas, en dos horas. Clary no había dicho a nadie donde vivía ahora, así que tuvo que fingir que subía al autobús que siempre cogía y correr al apartamento de su marido. Éste no quedaba tan cerca de casa de Valery como quería, así que debía darse prisa para llegar a tiempo.

Ayron llegó emocionado por haber decidido tomar la iniciativa de hacer algo juntos, pero al llegar ella no estaba preparando la cena como siempre, justo salía del baño, inundando el salón con la perfumada nube de vapor que salía tras ella.

—¿Estás en casa? —preguntó con una sonrisa. Él solo sonrió al fijarse que únicamente iba envuelta en una toalla diminuta.

Clary entró en su habitación y entornó la puerta para vestirse.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó él un tanto incrédulo.

—Sí. Voy a salir con las chicas. Hay un poco de comida de ayer en la nevera. Caliéntala para cenar.

—¿Sobras? ¿Me estás diciendo que me coma las sobras?

—No son sobras. Ayer preparé demasiado y... Puedes pedir una pizza si no te apetece.

Al salir de la habitación Clary llevaba un vestido blanco corto y ceñido, de manga larga, con la tela caída tanto en el escote delantero como en el escote trasero, un escote que dejaba toda su espalda al aire. Ayron la miró con la boca abierta sin saber qué decir. Nunca habría imaginado que la vería con algo como eso. Llevaba ropa ajustada de forma habitual, sobre todo los vaqueros, y le gustaba especialmente poder apreciar su precioso cuerpo incluso con la ropa puesta, pero aquello era...

—¿Vas a... vas a salir así? ¿Qué clase de salidas son las vuestras?

—Vamos a una discoteca que hay en la zona de ocio del paseo marítimo. —
Sonrió.

—¿Y qué vas a hacer a esa discoteca así vestida?

—Beber, bailar... Pasarlo bien. Supongo que no sabes lo que es eso. —Dijo, poniéndose delante de él, sujetando las solapas de su americana y acercándose para darle un beso en la mejilla—. Llegaré tarde. —Dijo antes de cerrar la puerta.

No. Se negaba a que otro hombre viera a su mujer así de sexy, y menos aún porque, con ese vestido, invitaba a fantasear con quitárselo. Se dirigió a su dormitorio como alma que lleva el diablo, soltó el maletín a un lado y se cambió de traje en menos que se dice "A". No quería esperar a que el ascensor tuviera que subir las veintisiete plantas y volviera a bajarlas, así que corrió a la puerta de las escaleras de emergencia y empezó a saltar escalones de tres en tres. Un piso, y otro y otro más... Al llegar al vestíbulo, lo hizo de sopetón, tropezándose con la puerta y jadeando sin aliento. El recepcionista lo miró completamente extrañado.

—¿Se encuentra bien?

—Per... Perfectamente —respondió Ayron poniéndose derecho y caminando

como si nada.

—Su mujer salió hace solo tres minutos.

—Si. Lo sé. Gracias...

Atravesó las puertas hacia la calle volviendo a respirar pesadamente. Hacía tres minutos... Le daría alcance. Le daría alcance e impediría que fuera a ninguna parte si no era a casa con él.

Condujo todo el trayecto mirando a su alrededor, deteniéndose a observar a todos los grupos de chicas que encontraba, esperando verla, pero no hubo suerte. La zona de ocio era el auténtico infierno. Estaba repleto de coches y de gente, algunos incluso iban pasados de copas, ¡Tan pronto! La suerte estaba con él. Cerca de la entrada de una de las discotecas más grandes había un enorme espacio para aparcar y no dudó en hacerlo. Esperó en la cola de la entrada, donde algunas chicas se ofrecieron a invitarle a pasar un buen rato. Temió que su mujer y su grupo de amigas fueran así de locas cuando salían. Bajó las escaleras que daban a la pista y se sentó en la barra, en un rincón desde donde podía verlo todo más o menos bien. Clary no tardó demasiado en aparecer y Ayron, quien pensó que las chicas con las que iba serían sus amigas de la universidad, se arrepintió inmediatamente de haberse dejado llevar. Ahora tenía que salir sin ser visto para no levantar sospechas. Se levantó despacio y caminó entre un grupo de chicas hasta la entrada, pero entonces, al fondo, bailando junto a un par de gogós vio una cara conocida, alguien a quien solo había visto una vez pero quien no le gustaba en absoluto que estuviera ahí: Colin, el ex de su mujer. Al parecer no se habían visto, pero si podía evitarlo, tampoco lo harían. Volvió a su rincón en la barra y vigiló desde ahí.

Su anonimato duró poco rato, Elisa, una de las compañeras de Clary, fijó la vista en él durante unos segundos y luego alertó al resto de las chicas que, inevitablemente, se giraron hacia él, incluyendo su mujer. Ésta puso cara de circunstancia, como si estuviera en un lio del que le iba a costar librarse.

—Buenas noches, señor Wells. —Saludó Miren.

—Buenas noches —respondió desinteresado, fingiendo no conocerlas.

—Quizás no sabe quiénes somos —murmuró Valery.

—Somos las chicas de su departamento de ventas. Yo soy Miren.

—Yo soy Elisa. —Elisa no se limitó solo a decir su nombre, se acercó a él y le ofreció una mano como saludo.

Las chicas la miraron con una sonrisa, como si hubiera hecho algo totalmente genial y también se acercaron para presentarse y tocarle.

—Yo soy Tallulah, pero en la oficina me llaman Tali.

—Un nombre original. —Sonrió ligeramente.

—Yo soy Valery.

—Yo Leah.

Clary miraba hacia otro lado pensando que les descubrirían si se les ocurría hablarse.

—¿Y tú? —Leah dio un codazo a Clary para llamar su atención—. ¿También trabajas en SWC?

—¿Eh? Si. Me llamo Clarence.

—Clary para las amigas —añadió Leah.

Esta vez fue Ayron quien ofreció la mano como saludo. Clary se mostró un poco reacia, pero frente a la insistencia de sus compañeras accedió. Jamás imaginó que el simple tacto de su piel la hiciera sentir de ese modo. Lo soltó tan de prisa como si le hubiera quemado, gesto del que todas se dieron cuenta. Clary propuso, totalmente nerviosa, ir a la pista a bailar, pero de las demás sólo Leah accedió.

La pista estaba llena de gente, pero a las chicas no les importó, se metieron entre la muchedumbre, no muy escondidas de la vista de Ayron y empezaron a

bailar.

—¿Qué te ha pasado? Tú nunca eres tan tímida. ¿Será que te intimida?

—No sé... Es...

—Es que está buenísimo, ya sé. Pero podrías haber aprovechado que se ha interesado un poco por ti.

—No se ha interesado por mí.

—No ha dejado de mirarte. Cuando puedas gírate disimuladamente.

Clary se dio la vuelta como Leah le había pedido, pero lejos de encontrarse a su marido mirándola como se suponía, las chicas estaban a un lado y frente a él había una pelirroja despampanante. Ésta estaba más que cerca, y tenía las manos en sus hombros. Inmediatamente volvió a darle la espalda y tratando de seguir bailando como si aquello no le hubiera afectado lo más mínimo.

Ayron no tenía ni idea de que Wanda también estaría en esa discoteca y le sorprendió cuando se acercó a él con aire seductor. No tenía nada que hacer con él, por mucho que le recordase los buenos momentos que pasaron, por muy sexy que vistiera o por muy simpática que pareciera, él tenía a Clary y, aunque tuviera miles de posibilidades con cualquiera, él no quería a otra que no fuera su mujer.

—Lo siento Wanda, pero ni creo que fuera una buena compañía en este momento ni tengo ganas de escucharte ni estoy libre.

—¿Cómo dices?

—Que estoy con alguien. Que estoy con...

—Esta sí que es buena. ¿Estás enamorado? ¿El gran Ayron Wells, el inconquistable, está enamorado?

—Wanda... —Advirtió.

La pelirroja torció la cabeza en un gesto gracioso y se giró para ver dónde miraba Ayron. La pista estaba llena de chicas, algunas con pareja. La mayoría

miraba en otras direcciones y de las tres que miraban en su dirección ninguna de ellas parecía el estilo de Ayrón.

—Dime quien es y me voy —Ayrón no respondió—. ¿Es la gordita de rojo? ¿La rubia de azul? ¿O es la gótica? Supongo que es la rubia, las otras dos no pegan contigo.

—Wanda...

—¿Y si voy a buscarla y le cuento que estuvimos juntos?

Cuando vio a Colin frente a Clary sintió como la ira le consumía. Ese era el mismo tipo por el que había actuado posesivamente en su reunión de ex alumnos, el mismo tipo por el que la había besado en público en contra de su voluntad y por el que había reconocido ese matrimonio delante de otras personas.

De entre la gente de la pista había alguien cerca de ellas que las miraba, éste no bailaba y poco a poco se acercaba a ellas. Clary se detuvo tan pronto como lo reconoció. Quizás no era el mejor sitio para encontrarse a Colin, y menos aún porque él sabía de su matrimonio y ahí había personas que no podían enterarse.

Colin había visto a Ayrón tan pronto como entró en la discoteca, y luego vio llegar a Clary con las chicas, los vio presentarse como si no se conocieran de nada y eso le pareció más que extraño.

—Colin...

Él no respondió. Se acercó a ella y le dio un abrazo. Quizás su marido podría tratarla como un extraño, pero él no lo haría.

—Yo soy Leah. Veo que os conocéis.

—Él es un compañero de la universidad.

—Podría decir que soy su ex y tampoco sería mentira —sonrió sin dejar de

mirarla.

Con mirada suplicante movió los labios pidiéndole que no dijera nada de Ayron, pero entonces él se dio cuenta de que la pelirroja que estaba con él coqueteaba como si no estuviera casado o como si no le importase que lo estuviera. No sabía si Ayron le había visto a él, pero le haría saber que estaba ahí y le haría darse cuenta de que si se permitía tontear con otras estando su mujer delante él, también tenía que permitir que otro hiciera lo mismo con ella. Sin decir una palabra dejó a las dos chicas y se acercó a la barra, cerca de donde estaba Ayron. Llamó al camarero exageradamente solo por llamar su atención y sonrió maliciosamente cuando supo que Ayron le había visto. Tomó la copa con los dedos y se acercó nuevamente a Clary. Leah volvió con el grupo de amigas para dar cierta intimidad a lo que pensaba que podría ser una bonita reconciliación.

—No sé qué haces aquí mientras otra intenta liarse con tu marido —le dijo al oído.

—Esas chicas que hay al lado suyo y Leah son compañeras de trabajo. Ellas no pueden saber que el presidente de la empresa es mi marido. De hecho nadie en la compañía puede saberlo, por eso es un secreto.

—¿Por qué? ¿Qué pasaría si ahora mismo voy y se lo cuento?

Colin hizo el amago de ir hacia ellas pero Clary le agarró del brazo para frenarle.

—Por favor, Colin. Por favor...

—Has visto a la pelirroja, ¿no? —Ella asintió en respuesta—. Me imagino que, aprovechándose que nadie puede enterarse te tiene retorciéndote de los celos. —Clary no respondió—. Bien. No voy a decir nada, te voy a seguir el juego, pero tú vas a seguir el mío. Vas a bailar conmigo, vamos a ver cuánto tiempo es capaz de guardar su secretito.

Después de cruzar miradas con Ayrón, Colin llevó las manos a las caderas de su ex, se pegó a ella y se movió al ritmo de la música, contorneándose con ella, obligándola a sonreír como si realmente estuviera disfrutando del momento. La expresión de Ayrón se ensombreció al ver que Colin se acercaba a Clary con intención de besarla. Tenía las manos puestas en sus muslos y, aunque ella no parecía estar respondiendo de ninguna manera tampoco se apartaba.

—Su amiga es muy guapa. —Empezó Valery cuando la pelirroja se fue.

—No es mi amiga —Aclaró Ayrón.

No podía apartar la mirada de Clary y Leah no tardó en darse cuenta.

—¿Qué le parece Clarence?

—¿Perdona?

—Normalmente nunca es tan tímida como hoy...

Tan pronto como Colin se dio cuenta de que la pelirroja se había ido, colocó una mano en la cintura de Clary y la guió hacia la barra. Ayrón no le gustaba, y no era porque fuera guapo o porque se hubiera presentado en aquella reunión sin invitación y sin previo aviso. No le gustaba porque había perdido su ansiada segunda oportunidad con Clary por su culpa, por culpa de ese tipo que mantenía oculto su matrimonio de cara a la empresa que presidía.

—Vaya, pero mira a quien tenemos aquí... Ayrón Wells... —Saludó con aires de guerra—. ¿Qué haces aquí tan solo?

—Colin...

—¿Conoces a Clary? —la empujó un poco para ponerla delante de Ayrón y ver su reacción.

Aun estando frente a frente, Clary era incapaz de mirar a su marido, por culpa de los celos y por culpa de la vergüenza que le daba estar ahí con ese ex cuya presencia ya le había molestado con anterioridad.

—Si. Nos presentaron antes. Él es el presidente de la empresa en la que trabajo.

—¿Dices que éste es el ex de Clary? —Interrumpió Tallulah mirando a Colin de arriba a abajo.

En un momento en el que todas las chicas tenían puesta su atención sobre Colin, Ayrton se acercó a su mujer disimuladamente.

—Tu ex... ¿Encuentro casual o premeditado?

Cuando ella se giró para mirarle. Éste dio un sorbo de su copa y se puso en pie, dirigiéndose a la escalera sin devolverle la mirada. Clary se sintió horriblemente mal. Él también había estado hablando con aquella chica y ella no le había dicho ni una palabra.

Después de verlo en la discoteca su humor había caído en picado, pero fue aún peor al verle marcharse de ese modo, así que tras avisar a Leah salió a la calle para tomar el aire.

El puerto quedaba justo al cruzar de acera y decidió caminar un poco antes de coger el autobús de regreso a casa.

El aire era frío y aun lo notaba más después de salir del local, donde la temperatura era bastante alta. Se encogió con un escalofrío cuando sintió que alguien ponía una prenda sobre sus hombros. Por un momento pensó que era Colin, que la había seguido, en una décima de segundo pensó que era Ayrton, que había pensado como ella y sabía que se iría después de él. Se giró sin tener la más remota idea de quien era, pero su sorpresa fue al encontrarse con Zac.

—¡Zac! ¡Has venido!

—En realidad no. Supongo que es casualidad. No sabía que vendrías aquí.

—Cuando salimos juntas siempre venimos aquí.

—¿Pero, por qué te negaste a venir con nosotras si ibas a terminar viniendo?
¿Y tu novia?

—Me da un poco de vergüenza decirlo pero mi novia es gogó en esa discoteca —señaló el mismo local del que acababa de salir.

—¿Gogó? —Zac asintió rascándose la nuca—. Tiene que ser agotador bailar la noche entera...

Zac estalló en risas. De cualquier cosa que hubiera podido esperar al decirle que su novia se movía, ligera de ropa, delante de cientos de personas cada noche, lo último que esperaba oír era algo como aquello.

Después de pasear durante unos minutos Clary decidió marcharse. Había sido una idea nefasta salir con ellas esa noche y tenía la certeza de que se arrepentiría durante días.

Ayron salía de la discoteca con ganas de volver a entrar, no porque le encantase el ambiente cargado del interior, o porque le gustase que las empleadas de su compañía lo mirasen como si fuera comestible, sino porque le apetecía espantosamente dar un puñetazo al cretino de Colin y porque deseaba agarrar a su mujer de la mano y llevársela de allí aunque fuera a rastras. Pero caminó con grandes zancadas con dirección a su coche. Haber ido había sido una mala idea y tenía la certeza de que le duraría el enfado durante días.

Lo peor aún estaba por venir. Al llegar al lugar en el que había aparcado, estaba la policía y una grúa.

—Disculpen, ese es mi coche —dijo a los uniformados.

—Muy bien. Perfecto, así no tendremos que buscar sus datos. Nombre, número de identificación...

—¿Pueden bajar el coche?

—No. Está confiscado. Podrá pasar a recoger el vehículo a partir de mañana.

—¿Puedo saber la razón?

—¡Claro! Mire usted, la razón la tiene ahí —señaló una señal vertical—, y ahí —señaló en el suelo.

Había llegado con tantas ganas de ver qué hacía su mujer que ni siquiera se fijó en que estaba dejando el sedán en un espacio reservado para minusválidos. Maldijo internamente por su mala suerte.

Tuvo que permanecer, frente a todo el montón de gente que le miraba como si fuera un bicho raro, hasta que la policía le dio el papel con la multa y la tarjeta con la dirección del depósito.

Ahora nuevamente le tentaba volver a la discoteca, quizás para beber hasta olvidar lo estúpido que había sido, quizás para hacerle pasar a Clary el mismo mal rato que estaba pasando él, quizás para que fuera ella quien se encargase de buscar un transporte, pero llamó a un taxi para que le llevase a casa. Aquella era una noche digna de terminar y deseaba que lo hiciera cuanto antes.

Capítulo 9

Atravesó las puertas del vestíbulo sin dejar que el guarda le saludase. Subió al ascensor golpeando la botonera y al bajar en el piso veintisiete tomó aire con fuerza. Siempre trató de dejar sus enfados en el portal, pero esta vez no hubo suerte. Se imaginó entrando en un apartamento en el que su mujer no estaba por estar con otro y aquello aun incrementó su enfado. Llevó la llave magnética a la cerradura y al abrir vio luz saliendo de la cocina. Volvió a resoplar, ésta vez aliviado por saber que Clary no estaba con aquel tipo al que detestaba. Pasó por delante de la cocina sin decir ni una palabra y se dirigió a su habitación, donde dejó la americana en el armario, luego salió con dirección a la cocina. Se miraron mientras ella bebía agua y tan pronto como se dio la vuelta para dejar el vaso en el fregadero se acercó a ella. Agarró sus manos, poniéndolas sobre la encimera y la bloqueó con su cuerpo. Sentía el calor de su cuerpo a través de la tela del fino vestido blanco y dejándose llevar, puso las manos en sus caderas y la apretó contra sí. Clary no decía nada, parecía nerviosa pero no articuló palabra, y tampoco se movió cuando él bajó las manos por sus muslos y los apretó. Ayron se inclinó y hundió la cara en el hueco de su cuello, besándolo y aspirando el sutil aroma de su perfume.

Cuando metió la mano por debajo de su falda, Clary empujó hacia atrás, apartándose de él.

—¿Esto es lo que haces con las chicas? ¿Tontear con unas y tratas de seducir a otras? —Preguntó—. Te fuiste antes que yo pero llegas después... ¿Esto es lo que has hecho con tu amiguita pelirroja?

—¿Estás celosa? —Preguntó él conteniendo una sonrisa.

Clary rió con sorna en respuesta. Se acercó a él, le empujó por los hombros y

lo llevó contra el mueble. Se puso de puntillas mientras rodeaba su cuello con los brazos y se acercó a su boca sin apartar la mirada de sus labios.

—¡Claro que estoy celosa! Estoy loca de los celos. Yo estaba ahí y tú estabas con...

Ayron gruñó, sujetó su cara entre las manos y la besó, la besó tan intensamente que creía que moriría si le rechazaba y se apartaba de él. Pero ella no rechazó ese beso, y tampoco se apartó, por el contrario se ajustó aún más contra él.

Ya no quería ponerse frenos a sí mismo, llevaba demasiado deseando dar un paso más y llevaba demasiado esperando que ella le diera pie a ello y ese era el momento de hacerlo. Llevó las manos a su trasero y la levantó. Clary entendió lo que quería y, aunque le ponía terriblemente nerviosa dar un paso más con él, no se negó. Abrió las piernas y le rodeó con ellas, dejando caer los zapatos a medio camino entre la cocina y el dormitorio. Por un momento creyó que irían a su habitación, habían dormido juntos en su cama algunas noches desde que ocurrió el incidente con sus primas, pero se equivocó, entraron en el sobrio cuarto de su marido.

Dejó de besarle para mirar a su alrededor.

—Está... Está limpio. —dijo con sorpresa.

El dormitorio parecía muchísimo más grande estando todo ordenado, la cama parecía el doble. Se recreó por un momento en la decoración, todo en gris clarito y negro, muy él. Las puertas del armario eran de cristal negro y reflejaban la cama y parte del ventanal del fondo. La alfombra también era negra y resaltaba con el suelo de madera gris.

—No tengo ni idea de cómo lo has hecho, pero te has metido en mi cabeza de tal forma que incluso me sabía mal que esta fuera la única estancia de la casa que estuviera desordenada.

Clary se abrazó a él con una sonrisa en los labios.

Ayron se acercó a la cama y se sentó en el borde, dejando a su mujer sobre sus piernas. Se miraron a los ojos unos segundos, pero Clary estaba demasiado nerviosa como para permanecer así, sin más. Se acercó a él y volvió a besarle.

Podría parecer una perversa si lo decía en voz alta, pero había estado deseando ese momento como una loca desde que la besó en la sala de archivos poco después de su boda, y a su vez también le aterraba dar ese paso, no porque fuera una tonta mojigata, ni porque fuera la protagonista santurrona de una novela romántica, sino porque dar ese paso significaba que ambos estaban preparados para tener esa vida marital que ninguno de los dos había experimentado antes.

Lejos de lo que Ayron hubiera imaginado que haría, sin dejar de besarle, tomó sus manos entre las suyas y las llevó a su trasero. Y le encantaba, le encantaba poder tocarla libremente sin que ella pusiera impedimentos. Aunque haciendo memoria, tampoco los había puesto ni una de las veces que se acercó a ella y la besó. Tomó aire con fuerza y volvió a ponerse en pie con ella a su alrededor. La llevó contra la puerta y se ajustó entre sus piernas para que se diera cuenta de lo dispuesto que estaba para ella, Clary hizo un gemido mudo, algo que le excitó aún más. Sabía que no iba a negarse a nada, así que, la hizo ponerse en pie. Unió sus manos, llevándolas por encima de su cabeza y acarició sus brazos, sus pechos y su cintura mientras se agachaba frente a ella. La vio sonreír nerviosa cuando la miró a los ojos antes de proceder. No podía hacerse una idea de lo mucho que había deseado ese momento. La falda del vestido era ajustada, pero de una tela elástica que le permitió introducir las manos sin siquiera levantarlo. Su piel era suave y cálida, y aun desprendía aroma a jabón. Lentamente deslizó el vestido hacia arriba, mostrando su ropa interior: un tanga de encaje blanco con el elástico de un tono rosa pastel. Besó sus muslos mientras subía el vestido hacia arriba. Al llegar a sus pechos se mordió el labio inferior. Eran perfectos, tanto que no pudo evitar acunarlos con las manos. Clary no hacía nada más que

dejarse hacer. Sonreía con las sensaciones que ese hombre provocaba en ella, aspiraba con fuerza cuando notaba el roce de sus labios. Cuando Ayron apretó sus pechos y se acercó para meterlos en su boca, ella empezó a quitarse el vestido.

—Estate quieta.

—No. No quiero que solo tú disfrutes de esto.

Ayron quitó las manos de donde las tenía y la observó quitarse una de las dos únicas prendas que vestía. Su sonrisa se ensanchó cuando ella dejó caer el vestido a un lado, en el suelo. Clary se acercó nuevamente a él y tomó sus manos para acariciarse con ellas y devolverlas luego después a sus pechos. Llevó los dedos a su camisa, tenía un par de botones sueltos y no llevaba corbata, por lo que tendría menos trabajo para dejarle como estaba ella. Lentamente iba abriendo la camisa, acariciando su torso mientras se lamía el labio superior. Aquello fue más de lo que Ayron pudiera aguantar. Agarró sus hombros con fuerza, la llevó hasta la cama, la empujó despacio hacia abajo para sentarla en el colchón y se agachó frente a ella. Separó sus rodillas y se acomodó entre sus piernas, atrayéndola para besarla.

—¿Qué pasa? —Preguntó él al notar que se reía.

—Nada.

—¿Nada?

—Es solo que nunca he hecho esto así de despacio.

—¿Despacio?

—Sí, no sé. Me gusta, me gusta mucho, pero después de tanto tiempo es demasiado... ¿lento?

—Pensaba que te gustaría así. Llevo días conteniéndome y te lo habría hecho incluso antes de que salieras por esa puerta hace tres horas.

Ayron se sentó sobre la alfombra, con una mano a un lado y con la otra

tocándose el pelo.

Aquella confesión la hizo sonreír más ampliamente. Bajó hasta ponerse de rodillas en el suelo frente a él y gateó, obligándole a estirarse donde estaba. Mientras él la miraba sorprendido, ella procedió con el cinturón. Luego aflojó el botón del pantalón e introdujo la mano dentro de su ropa interior. Sonrió traviesa cuando lo notó respirar profundo y echar la cabeza hacia atrás. Gateó sobre él y se inclinó para besarle antes de volver hacia atrás y terminar de quitarle el pantalón. Llevaba la camisa abierta pero aun la tenía puesta, algo que le resultaba terriblemente sexy.

Esta vez fue Ayron quien la tumbó sobre la alfombra. A diferencia de él, ella no estaba apoyada sobre sus codos, sino que estaba con la espalda estirada y las piernas flexionadas.

—No te haces una idea de lo sexy que eres.

—¿Quieres saber algo? —él asintió, colocándose a horcajadas sobre ella—. En la oficina las chicas creen que eres un adonis...

—¿Las chicas? ¿Tú no?

Clary estiró los brazos, rodeando su cuello y lo atrajo contra sí.

—Yo también —murmuró en sus labios—. Pero no era eso lo que iba a decir. Piensan que eres un Adonis y solo te han visto con traje. Si te vieran así tendrían un paro cardíaco.

Le besó antes de volver a estirarse. Ayron tenía las piernas alrededor de las suyas y las manos apoyadas junto a sus hombros. La camisa caía abierta por los lados, algo que a Clary le encantaba. Volvió a levantar la cara para besarle mientras con los dedos se deshacía de su calzoncillo.

Ahora era su turno. Ayron no se movió de la posición en la que estaba, usó una de sus manos para apoyarse y la otra para quitarle la bonita prenda que le quedaba. Se arrodilló para deshacerse de la camisa y aunque a ella le encantaba

verlo así, no dijo nada.

—Sé que no es lo más adecuado para preguntar ahora, pero ¿tomas anticonceptivos o algo?

—No. Hace meses que no...

—Entonces espera. Creo que tengo alguno en...

—Estoy en mis días seguros, Ayrón. A menos que tengamos una de esas compatibilidades que asustan, no va a pasar nada. Por favor...

No iba a negar que le gustaba más hacerlo así, sintiendo por completo el roce de sus sexos, sin extras que bloqueasen parte del placer.

Tenían la cama al lado, pero ni siquiera se preocuparon en subir a ella. Ayrón volvió a ponerse sobre su mujer, buscó su entrada y, con una embestida firme entró en ella, haciéndola soltar un grito que mezclaba dolor y placer a partes iguales.

—¿Te he hecho daño? —Preguntó asustado.

—Solo un poco. Pero recuerda que te he dicho que hacía meses que no hacía esto. Por favor no te pares. Sigue.

Dicho y hecho.

Ambos sabían que no duraría mucho, era demasiado el deseo, demasiada la necesidad, demasiado el tiempo que no tenían relaciones con otras personas, aun así hicieron por disfrutar el máximo de cada entrada, de cada salida, de cada beso con el que Ayrón acompañaba sus embates. Clary se había ayudado de las piernas para levantarse un poco y que su marido pudiera entrar hasta dentro, y colocó las manos en su trasero para atraerlo más a medida que llegaba al clímax.

Ayrón había tenido sexo con muchas chicas, pero nunca lo había hecho en el suelo. Debía reconocer que resultaba tan incómodo como placentero, además ella estaba ayudando a lo segundo de una forma que nunca antes había experimentado.

Poco a poco la intensidad de sus movimientos se incrementaba, acompañándose con gemidos, con agitadas respiraciones y con rápidos latidos.

Y de pronto ambos se detuvieron. Ayron se dejó caer sobre su mujer, hundiendo la cara en el hueco de su cuello y besándola una y otra vez sin moverse.

—Esto me recuerda algo... —murmuró aun sin aliento.

Trazó una corta senda de besos hasta su clavícula y succionó con fuerza, con intención de dejar ahí una de esas marcas que mostrarían al mundo que alguien había sido su dueño esa noche.

—¡Ayron! ¿Acabas de...? —preguntó llevándose la mano al chupetón.

—Si. Has salido sin tu anillo. Recuerda que te dije que te haría uno de estos por cada vez que... —ella calló sus palabras con un beso—. Pero eso no es todo. También te voy a castigar por haber hablado con ese tipo estando yo delante. Y por no haber querido hablarme en esa discoteca.

—Tenía miedo de que se dieran cuenta.

—¿Y era mejor ignorarme?

Clary rodeó su cuello y le abrazó con fuerza, gesto que Ayron aprovechó para hacer otra marca. Ella no quiso ser menos y llevó los labios a su cuello, pero Ayron la detuvo antes de que lo hiciera.

—Espera. Ahí no. Si tengo alguna reunión importante no queda muy presentable llegar con ese tipo de marcas.

—No es justo...

—No, no lo es. Pero puedes dejar todas las que quieras donde no se vean —sonrió.

Ella se giró de lado, fingiendo estar molesta, pero sonrió cuando él la atrajo para pegarla contra sí.

Permanecieron en silencio unos minutos, pero luego Ayron se incorporó, tocándose la cadera y el hombro derechos.

—El suelo es un poco incómodo. ¿Por qué no subimos a la cama?

Pese a haber preguntado no había respuesta que ella tuviera que darle. Metió una mano bajo sus piernas y otra tras su espalda y se levantó con ella pegada a su pecho. La dejó sobre el colchón y se tumbó a su lado, mirándola a los ojos con una sonrisa sutil en los labios.

Tenía la certeza de que algún día tendría que casarse, y sabía que no sería alguien que pudiera elegir él por voluntad propia. Imaginaba que terminaría casándose con alguna niña rica que la familia de su madre escogiera, y que, probablemente, sería de las que gastan fortunas solo en verse bonitas por fuera pero que no cuidan el espíritu. Se sorprendió al comprobar que el nombre que su padre le había dicho a sus tíos pertenecía a alguien como ella: sencilla, bonita, sexy y graciosa. Le gustó ver como mostraba su genio cuando estaba en contra de lo que creía una injusticia y le gustó que al final no se negase a ser su mujer. Había ido encandilándose con ella poco a poco, y había descubierto que con ella no podía evitar dejarse llevar, y que con ella podía mostrarse como era él sin que se sintiera extraño por ello.

—¿Sabías que pasaría esto al levantarte por la mañana? —Preguntó Clary.

—Ni siquiera lo imaginaba hace una hora. Me arrepentí de haberte seguido a esa discoteca, y pensaba que duraría días mi enfado.

—¿Por qué te molesta tanto Colin?

—Porque eres mía y ese tipo tiene dobles intenciones. No quiere ser solo amable contigo. —Si quería seguir pareciendo interesante debía ocultar que le mataba de los celos verlos juntos.

—No tiene dobles intenciones. Me dijo lo que quería cuando nos encontramos en aquella reunión de compañeros.

—¿Y aun así hablas con él?

—La pelirroja con la que hablabas también tenía dobles intenciones. Se veía a kilómetros. Y también tú hablabas con ella. Yo no tengo ni la más remota intención de volver con Colin, ni de hacer nada con él. Pero si me habla le respondo. Interactuar con él no quiere decir que tenga intenciones de acostarme con él. ¿Lo harías tú con cada chica con la que hablas?

—Vale. Quizás me he excedido. Lo siento.

—No te disculpes, solo no desconfíes de mí. No sé qué tipo de chicas han pasado por tu vida, pero aun sin saberlo te aseguro que no soy como ninguna de ellas.

Ayron se acercó a ella un poco más y la besó. Metió una mano por debajo de su cuello y la atrajo, pegándola contra sí, deleitándose con el calor que desprendía su cuerpo y embriagándose con su perfume sutil. Sí, estaba seguro de que ella no era como las demás, de que ni por asomo se parecía a ninguna de ellas.

Habían permanecido mucho rato en la misma postura y Clary creyó que su marido dormía. Su respiración era profunda y pausada, y ya no oía latir su corazón como si fuera el de una fiera salvaje. Se movió despacio, se inclinó para besar su mejilla y se apartó para ir a dormir a su cama, pero pronto se vio frenada por una muñeca.

—¿Dónde vas?

—Pensaba que dormías... Voy a mi cuarto para que puedas descansar tranquilo.

—Olvídalo. Olvida esa habitación. Desde este momento ésta es nuestra habitación. De los dos. Así que vuelve a la cama.

Tiró de ella, haciéndola caer astutamente sobre él. Ambos sonrieron al ver

descubiertas las intenciones ocultas de Ayrón.

Capítulo 10

Aquel había sido uno de los mejores fines de semana desde que se habían casado, pero lamentablemente había llegado el lunes, y con él su obligación de ir a trabajar. Clary se inclinó sobre su marido y le besó antes de salir de la cama. Ayrón trató de frenarla para quedarse entre las sábanas un poco más, no importaba si por una vez llegaban tarde, nunca antes lo habían hecho y por una vez no pasaba nada, pero ella esquivó su agarre y corrió hacia la puerta. Ayrón corrió tras ella, agarrándola por la cintura y pegándola contra su cuerpo.

—¿Dónde crees que vas?

—A ducharme, a preparar el desayuno y a la oficina —sonrió, girando la cara y besando su mejilla.

—Volvamos a la cama un poco más. Luego nos duchamos juntos, vas conmigo a la oficina y tomamos allí un café de la máquina.

—Es un plan fantástico, pero tiene fallos. No puedes llevarme a la oficina por nuestro pequeño secretito y porque, quizás tu máquina de cafés prepare expresos dignos de un hotel de lujo, pero los cafés que tomamos en la planta de abajo son para desesperados.

—Pero puedes subir y tomar uno conmigo.

—¿Y que mi jefe crea que de nuevo he hecho algo mal y vas a regañarme? No quiero que me despidan.

—Si lo hacen tampoco pasará nada, no necesitas trabajar.

Clary se giró en el círculo de sus brazos y se puso frente a él. Llevó las manos a su cara y, poniéndose de puntillas le besó. Luego rodeó su cuello en un abrazo y cuando él la elevó del suelo rodeó su cintura con las piernas. Sabía lo que su

marido tenía intenciones de hacer y, aunque pretendía hacerle creer que iba a dejarle, en cuanto se estiró sobre la cama con ella encima, saltó y corrió hacia la puerta nuevamente.

—Lo siento, pero no quiero llegar tarde.

No podría negarlo aunque quisiera, Clary no era, ni de lejos, parecida a ninguna de las chicas que hubiera conocido antes, cualquiera se habría prestado a cualquier cosa por pasar un rato más entre sus sábanas, ella en cambio, se hacía de rogar. Y le gustaba. Le gustaba mucho.

Salió de la cama replicando. Habían sido dos días mejor que geniales y aunque no hubieran salido de casa, estaba agotado. Sin pensarlo, se metió en el baño, ella ya estaba en la ducha, así que la contempló unos segundos antes de entrar con ella bajo el chorro de agua.

Aquel fin de semana había sido como si cupido se hubiera hospedado con ellos. Cualquier cosa que hacían, cualquier roce, cualquier mirada, era como si fuera la pareja más enamorada del mundo, como si ese matrimonio no hubiera sido por la fuerza, sino por amor. Y esa mañana, pese a tener que separarse para ir cada uno a su oficina, no había sido muy distinta. Se besaron intensamente en el ascensor, y luego en el portal, cuando ella salió con dirección al autobús y él con dirección al aparcamiento. Ayron recordó rápidamente que su coche estaba en el depósito por lo ocurrido el viernes así que, sin perder ni un segundo corrió tras su mujer.

—¡Ayron! —exclamó, mirando a su alrededor por si alguien les veía.

—¿Recuerdas que el viernes llegué después de ti? —Preguntó subiendo al autobús tras ella—. No estaba con aquella pelirroja como creíste. Estaba con la policía. —Clary lo miró con el ceño fruncido—. Aparqué donde no debía y se llevaron el sedán.

—¿Y Arthur? ¿No puede venir a buscarte?

—Arthur es mi chofer, pero conduce mi coche. Te dije que podíamos ir juntos... Hoy no importa si nos ven llegar a la vez. Podemos decir que mi transporte se ha averiado y te has ofrecido a acompañarme porque...

—¿...Vivo cerca de ti?

—Hmm... Muy cerca... —murmuró cerca de su oído con una sonrisa de medio lado y haciéndola ruborizar violentamente.

Al bajar del autobús dejaron de hablar inmediatamente, pero ella seguía colorada como un tomate. Justo en ese momento aparecieron Leah y Tallulah, quienes venían andando, y no solo la vieron a ella, sino a él también. Se acercaron a ellos preguntándose por qué Clary venía en el autobús 22 cuando ella siempre tomaba el 27. Ella se adelantó a paso rápido pero, pese a ello, se dieron cuenta de que Ayrton la miraba de reojo. Las dos muchachas corrieron hacia su compañera, saludando rápidamente al presidente al pasar por su lado. Era todo un placer poder encontrarle en la entrada del edificio, y solo por eso era un excelente motivo para tener un gran día en el trabajo, pero en ese momento la curiosidad de por qué iban juntos en ese autobús pudo con ellas y asaltaron a Clary a medio camino entre la entrada y su oficina.

—Vaya, vaya, vaya... —sonrió Leah, mirando hacia atrás y comprobando que Ayrton sonreía al subir las escaleras principales—. Así que viniendo a trabajar con el Dios de la oficina...

—¿Cómo? —Preguntó exagerada—. No he venido a trabajar con él. Nos hemos encontrado en el autobús. Solo eso.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Tali al ver que tenía dos chupetones en el cuello.

—Tshhh... ¡Cállate, Tali! Se supone que no tendrían que verse... —le dijo, tapándole la boca con la mano.

—Qué envidia me das. —Soltó Leah—. Tú pasando un fin de semana a lo grande y yo en el cumpleaños de mi hermanastro. Aunque admito que a pesar de

ser todos adolescentes había alguno que...

—¡Serás perversa! —exclamó Tallulah.

—No, bonita, la perversa es nuestra amiguita. ¿Por eso salías colorada del autobús? ¿El jefe también se ha dado cuenta de tu aventurita? En la discoteca parecía más interesado en ti que en ninguna de nosotras. Lástima que se fue con aquella pelirroja, sino, a lo mejor esas marcas podrían haber sido hechas por él.

—¿Te imaginas? —sonrió Tali soñadora—. Aunque Colin tampoco está nada mal. Con gusto me habría cambiado por ti —soltó.

El resto de las chicas no tardaron nada en llegar y, al escucharlas hablar sobre Colin y ver los chupetones de Clary, no tardaron en montar todo un gallinero. Empezaron a reír, a divagar sobre como cuando y cuantas veces lo habían hecho, a imaginar cómo debía haber sido. Leah agarró el brazo de Clary y tiró de ella hasta el servicio, dejando al resto de compañeras con su película. Al entrar en el baño Leah apoyó el trasero en uno de los lavabos y se cruzó de brazos, esperando a que su compañera empezase a hablar.

—¿Y bien? —Preguntó al ver que no hacía por contarle nada—. ¿No me vas a contar nada?

—No sé qué quieres que te cuente... ya sabes lo que pasó para tener esto... —se cubrió los chupetones con la mano derecha antes de volver a mirarla.

—No te he preguntado lo que hiciste ni cómo lo hiciste. Soy mayorcita para saberlo. ¿Te has reconciliado con él? Hacéis buena pareja y es muy sexy.

—Sí. Me reconcilé con él —Leah no había dicho nombre alguno, por lo que, en realidad, no le estaba mintiendo—. Hemos pasado un fin de semana totalmente increíble. El mejor desde... Yo que sé cuándo.

—Argh... No sabes cuánto te odio. —Murmuró Leah mirándola de reojo con una expresión de lo más graciosa—. No te lo dije, pero el vestido que llevabas el viernes era increíble. No me extraña que ni el jefe ni tu chico te quitasen el ojo

de encima.

Ayron tenía la absoluta certeza de que Clary no diría nada sobre su matrimonio, había podido comprobarlo en la discoteca, pero le gustaba verla avergonzada delante de sus amigas.

No hacía demasiado que habían llegado al trabajo, pero él debía ir a por su coche al depósito. Podría encargarse a su secretario que lo hiciera, y podría aprovechar ese tiempo para llamarla a su despacho y tomar un café con ella, pero como ella misma había dicho, si la llamaba, su jefe creería que había hecho algo mal y el simple hecho de tomar un café con su mujer, podría traer consecuencias desagradables para ella. Iría él mismo a por su coche, pero pasaría por el departamento de ventas para poder verla, aunque solo fuera de lejos.

Dejó orden a su asistente que le transfiriera únicamente las llamadas importantes y bajó por los ascensores del fondo, los que le permitían pasar por delante de la oficina de su mujer.

Al llegar a la planta inferior, se cruzó con Valery y Elisa, quienes se dirigían a la sala de archivos con dosieres en las manos. Ambas saludaron coquetamente pero, lejos de lo que imaginó, siguieron hablando de lo bien que lo tuvo que pasar Clary con Colin ese fin de semana. Era una tontería, y debía mantener el secreto, por ella y por él mismo, pero se vio terriblemente tentado de girarse y decirles que ella no había pasado el fin de semana con otro que no fuera él. Antes de llegar a darse la vuelta vio aparecer frente a él a su abuelo y a dos de sus tíos, quienes venían en su típica visita de inspección.

—Oh, estás aquí... —dijo uno de los hermanos de su difunta madre—. Pues sí que te has vuelto cortés.

—Buenos días —saludó de mala gana.

—Esa chica... trabaja por aquí, ¿no? Karen dijo que estaba en...

—A ella dejadla al margen. —interrumpió—. En vuestras visitas anteriores también estábamos casados y no la molestasteis.

Oliver no tardó en darse cuenta de que el sentimiento que tenía esa chiquilla por su nieto era mutuo, por la forma en la que había tratado de evitar que se acercasen a ella, por la petición de dejarla al margen...

—Vamos, olvidaos de ella. —Dijo caminando hacia el ascensor.

Ayron se sorprendió de las palabras de su abuelo, pero permaneció en silencio. Los siguió mirando hacia atrás, deseando que Clary no saliera de la oficina antes de que ellos se fueran.

Detestaba aquellas visitas. Detestaba que sus tíos vinieran de vez en cuando a supervisarle como si fuera un mero empleado y ellos fueran los verdaderos dueños de la empresa. Siempre le hacían sacar documentos nuevos, los registros de las reuniones que tomaba su asistente y los datos de los nuevos inversores si los había.

Se acomodaron en los sillones de su despacho hablando tranquilamente mientras él permanecía callado en su sillón de ejecutivo. Oliver lo miraba de reojo sintiendo lástima por él. Hasta la muerte de su madre había sido un niño cariñoso y atento y, en completo contraste con el resto de los niños de la casa, había sido risueño y juguetón. Jamás olvidaría el día en que sus hijos echaron a Bruce y al pequeño Ayron de la mansión, ni la forma en la que el niño miró hacia atrás mientras su padre le guiaba por el camino hacia la salida. Deseaba con todas sus fuerzas que esa chiquilla con la que se había casado le diera toda la felicidad que él había permitido que le arrebatasen.

Había estado inmenso en sus pensamientos de tal forma que había perdido el hilo de la conversación que tenían sus hijos y, lo que había empezado siendo una charla sobre las empresas de la familia, había terminado siendo una crítica sobre Clary y la poca vergüenza que había mostrado en la fiesta de cumpleaños al entrar y al marcharse sin saludar a nadie. Nuevamente miró a su nieto, quien esta

vez se mostraba notablemente incómodo.

—¿Por qué no das tu opinión? Es tu mujer de quien hablan. ¿Por qué no la defiendes? —Sugirió Oliver, poniéndose en pie y señalando a sus hijos. Éstos lo miraron completamente sorprendidos—. No me miréis así. Vosotros sacáis las uñas cada vez que alguno menciona a alguno de vuestros hijos. Él debería poder tener el derecho de hacer lo mismo cuando os metéis con lo suyo. Adelante, di lo que quieras.

Ayron no sabía si era una trampa para saltarle al cuello o si su abuelo hablaba en serio.

—No tengo nada que decir. Cada uno puede tener la opinión que quiera de quien quiera.

—Pero es tu mujer.

—Adelante habla —invitó uno de sus tíos, tratando de cohibirle.

—Vosotros no hacéis nada y quizás podéis permitiros estar todo el día paseando de un lado a otro y criticando a los demás, pero yo no tengo ni tiempo ni ganas de perderlo tratando de convencerlos de que mi mujer es mil veces mejor de lo que seréis alguna vez todos vosotros juntos. —Soltó.

Oliver no pudo evitar estallar en risas y, aplaudiendo como si hubiera sido la mejor respuesta del mundo, se acercó a la puerta.

Sus dos tíos lo miraron con los ojos encendidos en furia. ¿Mejor que ellos? Abrieron la boca para empezar a hablar cuando el mayor les pidió que se marchasen ya. Ellos obedecieron a regañadientes, quejándose de la respuesta que les había dado. Ayron escuchó como se alejaban maldiciéndole a él y a su mujer.

Acababan de irse su abuelo y sus tíos y, pese a la petición de Oliver de dejar a Clary tranquila, temió que sus tíos decidieran ir a molestarla como habían hecho sus primas días atrás. No pretendía molestarla o interrumpirla, pero necesitaba asegurarse de que estaba bien, de que no le habían dicho nada. Bajó hasta la

primera planta en ascensor y luego hasta la planta baja por las escaleras principales. No llegó a acercarse a la puerta de la oficina del departamento de ventas cuando vio salir a Clary de la mano con el chico nuevo. Y no solo tiraba de él, él iba sujetándose la parte delantera del pantalón y su imaginación empezó a divagar al ver que se metían en el servicio de mujeres.

Se acercó disimuladamente a la puerta para escuchar en el interior. Se moría de curiosidad por saber lo que pasaba y se preparó para poder interrumpir si ocurría lo que deseaba que no pasase.

—Ah, no. Estate quieta. —gimió Zac.

—No puedo creer que se haya puesto así de duro tan deprisa —se echó a reír y Ayron no dudó en irrumpir en el baño de mujeres para ver qué diablos estaba pasando.

Se quedó completamente petrificado al ver a Zac ligeramente de espaldas a la puerta y a ella agachada delante de él. Se movía vigorosamente mientras él ponía caras de lo más extrañas.

—¿Puedo saber qué pasa aquí? —Preguntó con el ceño fruncido.

—¡Señor Wells! Le aseguro que no es lo que parece... —Clary no sabía dónde esconderse, pero la situación de Zac era aún peor.

En un descuido, Clary dejó caer el bote de pegamento instantáneo sobre su mesa, pero éste rodó y terminó cayendo, abierto, sobre el pantalón de su compañero de mesa. Por si fuera poco, la tapa del bote tenía un pequeño envase de purpurina roja, que, al intentar coger el bote lo más rápidamente posible, se vertió sobre el pegamento. Pero la cosa no terminaba ahí, al secarse el pantalón lo hizo sobre la piel y el pelo del muslo y de la ingle del muchacho, y de ahí los quejidos de Zac cuando ella trataba de arreglarlo.

Ayron rodeó a los empleados tratando de ver qué era lo que hacía su mujer. Estaba dispuesto a poner el grito en el cielo si era lo que él creía, pero al ver la

enorme mancha de purpurina en la prenda se echó a reír.

—No es muy divertido. Quema y escuece... —se quejó Zac.

—Seguro que alguna de las chicas de su oficina lleva acetona en el bolso. Tráigala de inmediato.

—Si. —Respondió Clary, corriendo como una loca.

—Siento mucho esto. No pretendía hacer nada con ella, solo ha sido un accidente. —Se disculpó avergonzado el muchacho—. Oh, Dios, y estamos en el baño de mujeres...

—No se disculpe. Solo he venido porque al verlos correr de esa forma he pensado que había pasado algo serio —mintió descaradamente, pero por suerte Zac no parecía un chico desconfiado.

Clary regresó un par de minutos más tarde y, si la situación que había encontrado Ayron era de lo más sospechosa, aquella era aún peor. Zac tenía la cara como un tomate, el pantalón a medio bajar y Ayron estaba frente a él, agachado y frotando. No pudo evitar echarse a reír al imaginar lo que podría pensar cualquiera que viera aquella escena.

—¿Te parece gracioso? —Dijo Ayron—. Porque no lo es, es vergonzoso, y más para este pobre chico que para mí.

Pese a haberle hablado con total confianza Zac estaba más preocupado de cubrirse la ropa interior para que Clary no la viera, que de analizar cómo se hablaban o qué decían.

—Aquí está la acetona. Podrías ir al servicio de los hombres. Si alguna chica os ve aquí le dará algo.

Ayron recordó lo que le dijo noches atrás cuando, estando desnudos, ella le dijo que las chicas de la oficina le adoraban. Ayudó al muchacho a subirse el pantalón tiró de él hacia el baño de caballeros, guiñando un ojo y rozando sus dedos al pasar por al lado de su mujer. Clary sonrió como una tonta al sentir un

cosquilleo en el estómago. El resto de sus compañeras lo adoraban lo idolatraban y fantaseaban con él, pero ella era la que tenía la inmensa suerte de sentirse como lo hacía cuando él se acercaba o la tocaba.

Cuando Zac entró en la oficina tenía la cara tan roja como la purpurina de su pantalón.

—¿Ya has podido limpiarlo? —Preguntó Elisa disimulando una carcajada.

—Estaba bien pegado...

—Lo siento mucho, Zac. Lo siento de verdad. Te compraré otro igual.

—Ha sido un accidente. No te preocupes tanto. Y el pelo de la pierna volverá a crecer.

—Pero el pantalón...

—No es que tenga solo este. —sonrió.

Clary se disculpó decenas de veces hasta la hora de salir, que no fue mucho más tarde.

Puesto que debía seguir manteniendo el secreto de su matrimonio con Ayrton fue a la parada de autobús acompañada de dos de las chicas mientras hablaban del pobre Zac y de la nueva decoración brillante de su pantalón. Al llegar el autobús cuyo número supuestamente debía tomar, fingió que estaba distraída y se le escapaba. Leah no era tonta y llevó las manos a sus hombros, empujándola contra la marquesina de la parada.

—¿Otra vez en el autobús equivocado? ¿Vas a verte otra vez con Colin?

No podía decirle que quien iba a verse no era con quienes ellas creían, sino con alguien muy distinto, pese a ello mintió, afirmando que era su ex con el que iba a encontrarse y que por esa razón era por la que iba a subir al mismo autobús del que la habían visto bajando esa mañana.

Ayron llegó a casa media hora después de lo habitual. Por la mañana no había podido ir al depósito a por su coche debido a la visita de sus tíos y su abuelo y por el incidente de Zac después de la comida, de forma que al salir de la oficina no le quedó más remedio que ir por él, aunque debía admitir que ir con su mujer en el autobús había sido bastante entretenido y no descartaba la posibilidad de repetir.

Al abrir la puerta encontró el apartamento a oscuras. Entró hasta el dormitorio pero allí tampoco había ni rastro de su mujer. No era nada habitual que llegase a casa y ella no estuviera, por lo que no supo si llamarla, si salir a la calle a buscarla o si simplemente sentarse a esperar. Se había puesto ropa deportiva, así que decidió salir a la calle y caminar en busca de un «encuentro casual». A la entrada no se habían visto, pero a la salida, el recepcionista le informó que su mujer había ido a hacer la compra. Ayron sonrió internamente al imaginar su cara cuando la sorprendiera en el supermercado, además sabía dónde ir a buscarla, dado a que ella no conducía coche alguno y probablemente tampoco pagaría un taxi para que la llevase a casa. Corrió tres manzanas más allá y giró a la derecha. Entró en el establecimiento con la absoluta certeza de que ella estaría allí, y pronto lo comprobó. Clary no solo estaba allí, sino que no estaba sola. Dio un par de pasos a un lado para esconderse tras un estante y la observó. Le hervía la sangre cuando la imaginaba con ese tipo, pero era aún peor cuando los veía cerca uno del otro. Pese a que ella le había dicho que no quería nada con Colin, no podía evitar ver que se llevaban bien y menos aún, darse cuenta de que realmente hacían buena pareja. Se escondió hasta que los vio pasar de largo y salió de allí de vuelta a casa. Una vez más iba a por ella y regresaba dándose cuenta de que había sido un completo error.

Había comprado más cosas de las que podía cargar y al llegar, tenía las manos destrozadas por el peso, pero no le importó, entró en el apartamento con una sonrisa en los labios, muriéndose de ganas por ver a su marido. Suponía que debía haber llegado hacía rato y no se equivocó.

—¿Qué tal la compra? —preguntó él nada más verla entrar.

—Bien, supongo. —Rió—. Solo ha sido una compra.

—Te he visto con tu ex.

—Me he encontrado con él por casualidad. ¿Sabes que vive en este vecindario? No tenía ni idea.

—Supongo que ahora ya tienes la excusa perfecta para verle.

—¿Cómo?

—Olvidalo. Cena sin mí. Me voy a dormir —dijo de mala gana y encerrándose en su habitación.

Clary se quedó en medio del salón sin saber qué hacer. Ya le había dicho que entre ella y Colin no había nada, y también le había dicho que no pasaría nada, porque no quería y porque ahora estaba casada. No sabía por qué cada vez que veía a Colin tenía que enfadarse como si les hubiera pillado *in-fraganti*, en medio de algo indebido.

Colocó la compra en los armarios y la nevera y se sentó unos minutos en la mesa de la cocina. Su marido no salió, y ella no iba a cenar si él no lo hacía con ella. Bebió un vaso de agua y fue a su habitación. Ayron le había dicho que ahora su dormitorio era de los dos, pero estaba enfadado, y lo último que quería era agravar su irritación estando a su lado.

Estaba cambiándose cuando Ayron entró sin llamar. Se miraron unos instantes antes de que él empezase a hablar.

—Todo el mundo cree que estás con él.

—Si con «todo el mundo» te refieres a las chicas... Yo no he confirmado nada. Les he dejado creer lo que quieren por no poder contarles la verdad.

—Cada vez se me hace más difícil imaginar que estuviste con ese tío.

—Pues no imagines nada. Las cosas del pasado pertenecen al pasado. —

Ayron se sentó en el borde de la cama visiblemente frustrado y, se cubrió la cara tras apoyar los codos en las rodillas. Clary se agachó frente a él y puso las manos en sus muslos—. ¿Sabes? a mí me pasa igual. Me cuesta imaginar que hayas hecho sentir a otra del mismo modo que me haces sentir a mí...

Al escucharla decir eso apartó las manos y la miró directo a los ojos, luego sujetó su cara y la besó, dulce y lentamente, sintiendo en sus labios la calidez de su boca. Ella le empujó por los hombros estirándole sobre la cama y se deslizó sobre él.

—Clary... —murmuró, mirando su cuerpo casi desnudo y sintiendo como el suyo propio empezaba a entrar en calor.

—Nunca, y repito, nunca, desconfíes de mí. Estoy casada contigo, no necesito buscar en un ex, lo que me encanta hacer contigo.

Ayron llevó las manos a su cintura para tumbarla a su lado y deslizó la cremallera de su sudadera, indicándole lo que quería, ella sonrió y acarició su torso por encima de la camiseta respondiendo a su petición muda.

Ésta vez prácticamente no hubo juegos previos. Se besaron y se acariciaron mientras se desprendían de la ropa, luego simplemente pasó. Terminaron más deprisa de lo que hubieran deseado, pero el placer fue igual de intenso que todas las veces anteriores. Clary salió de encima de él y éste la rodeó con un brazo, llevándola contra su pecho. Ambos suspiraron y sonrieron a la vez y él tomó una de sus manos entre las suyas, notando el anillo de casada entre sus dedos.

—¿Eres feliz?

—¿Lo eres tú? —respondió ella.

—Fue una boda de conveniencia, lo hicimos por la fuerza. Me gustabas, pero no tenía intención de llevar una vida de casados contigo...

—Espera, espera, ¿te gustaba?

—Sí. Ya sabes que te investigué un poco... Pero también era así para ti. Lo

supe cuando te besé en la sala de archivos no me rechazaste, y luego, en tu reunión de amigos... Cuando devolviste mi beso de aquel modo... —Ella ocultó el rostro avergonzada—. Nunca pensé que pudiera estar así de bien con otra persona, y me gusta. Me gusta vivir contigo y como es nuestra relación. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

—No has respondido.

—¡Claro que he respondido!

Clary remoloneó para dar su respuesta, pero él sujetó su cara por la barbilla y le obligó a mirarle.

—No sé si es felicidad, pero no cambiaría esto por nada. —Confesó.

—Yo tampoco.

Se miraron a los ojos unos segundos antes de besarse hasta terminar dormidos.

Quizás habría empezado siendo un matrimonio de conveniencia, una boda por la fuerza que había beneficiado a las dos partes por igual, pero poco a poco se había convertido en un matrimonio real, con sentimientos verdaderos, con celos reales y con la sensación de que realmente eran el uno para el otro.

Capítulo 11

Se levantó antes de que Ayrón se despertase. Lo miró un par de segundos antes de salir de la cama con una molestia incómoda en un lado de la espalda. Se duchó tratando de no pensar en ello y luego fue a la cocina para preparar el desayuno. Aquella noche, mientras cenaban, Ayrón le dijo que tenía una cena importante con un inversor, por lo que quería compartir, al menos, el desayuno con él, a solas, en la intimidad de su apartamento.

—Te has levantado sin decirme nada... —murmuró, sorprendiéndola mientras la rodeaba con los brazos en la cintura.

—No quería despertarte.

—Qué bien hueles... —ella sonrió, apoyando su cara en la de él—. Tendrías que haberte quedado más rato conmigo. Sabes que me encanta tenerte ahí hasta el último momento.

Clary no iba a decirle que se había levantado por culpa de esa molestia que sentía a un lado, no quería preocuparle de forma innecesaria.

Desayunaron sin que él pudiera dejar de mirarla y sonreír, pero lamentablemente debían separarse para ir a la oficina. Por suerte era viernes y el fin de semana prometía ser tan emocionante como los anteriores.

Antes de salir cada uno en una dirección, ella hacia el autobús y él hacia el aparcamiento, se besaron apasionadamente, obligando al recepcionista a apartar la mirada avergonzado.

—Hasta luego, Kyle —sonrieron ambos, mirándose antes de separarse.

—Vayan con cuidado —dijo el hombre, negando con la cabeza.

—Ah, el amor... —dijo una de las vecinas que entraba con una bolsa en las manos—. Ese chico parece otro desde que se casó.

—No solo lo parece —murmuró el recepcionista mirando hacia donde se habían ido.

La noche había llegado y se encontraba peor que mal. La molestia de su espalda se había convertido en dolor, y al mediodía ni siquiera había sido capaz de probar bocado, por lo que, además, también se sentía débil. Lo último que quería era que Ayrón se preocupase por algo que probablemente terminaría yéndose a la mañana siguiente.

Hacía un par de semanas que dormían juntos en la habitación de Ayrón, a pesar de ello, ella seguía teniendo sus cosas en el cuarto que le había asignado al casarse, por lo que entró allí para buscar con qué vestirse. Era una cena seria, y no podía usar su vestuario informal de siempre ni la ropa que usaba para salir con las chicas. En el armario tenía algunas prendas que había comprado días atrás y eligió un vestido de encaje de color berenjena, con la falda ligeramente plisada, tirantes que cubrían sus hombros y se cerraban a la espalda, dejando parte de esta descubierta. La falda cubría solo hasta medio muslo, por lo que iba con un atuendo serio pero sexy. Se había maquillado sutilmente, solo un poco de rímel, un poco de pintalabios de un color clarito y un poco de colorete, el cabello lo tenía recogido en una trenza de espiga muy suelta y a un lado.

Al salir del dormitorio Ayrón sonrió ampliamente.

—¿Qué? ¿Voy mal? ¿Muy atrevido?

—No. Estás... Estás preciosa. Siempre lo estás, pero ese vestido te queda perfecto. —Clary sonrió en respuesta y dio una vuelta para que pudiera verla bien—. Oh...

—¿Oh?

—No llevas...

—¿Solo te fijas en eso?

—Es que me encanta cuando no llevas ropa interior, ya sabes lo mucho que me...

Clary lo calló de un beso, pero se apartó de prisa al notar como su marido ponía las manos en sus pechos y acariciaba la punta, endureciéndola solo con ese gesto. No le gustaba cuando se le notaban los pezones a través de la ropa porque dejaba claro que, o tenía frío, o estaba excitada. En cuanto se dio cuenta se dio la vuelta para ir a cambiarse, pero Ayrton rodeó su cintura y la frenó.

—¡Suéltame! Ayrton no puedo salir así...

—Yo voy igual... —Al fijar la vista donde él señalaba se ruborizó—. No te cambies. Cuando salgamos ya no se notará. Pero no olvides que en no más de un par de horas estaremos de vuelta... —sonrió pícaro.

Sujetó su mano y tiró de ella hacia la puerta. La besó intensamente antes de salir. Fingía que no le dolía la espalda, reaccionaba a todo lo que Ayrton le decía o le hacía, pero de vez en cuando debía contener la respiración para que doliera menos.

Durante todo el trayecto hasta el restaurante, ninguno de los dos dijo nada. De vez en cuando él acariciaba su muslo izquierdo con los dedos, haciéndola sonreír, pero no hablaron. No era raro, aun llevando varios meses casados no mantenían largas conversaciones, quizás porque, a pesar de estar a gusto uno al lado del otro, aun no era del todo una relación normal.

—¿Siempre asistes solo a estas reuniones?

—No. Normalmente van mis tíos. Y cuando he tenido que ir yo, siempre ha venido alguno de ellos conmigo.

—¿Nunca has ido solo? —él negó con la cabeza.

—Esta vez supongo que esperan que meta la pata con algo y el inversor quiera retirar su dinero de la empresa.

—Me asusta un poco no poder serte de ayuda.

—Claro que eres de ayuda. No te llevo solo de acompañamiento. Ese inversor está interesado en el departamento de ventas y en el de gestión.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Qué tengo que decirle si me pregunta algo que no sé?

—Tranquila. Estas cenas son solo formalidades. Ni siquiera se suele hablar de negocios. Solo disfruta la comida y entretente tanto como puedas. Antes de que te des cuenta estaremos en casa.

Una nueva punzada hizo a Clary contener la respiración. A duras penas podía soportarlo. No tenía ni idea si iba a poder comportarse debidamente sin que nadie notase nada raro.

Acababan de llegar al restaurante, un lugar al que habían tenido que subir en ascensor hasta el último piso. El salón tenía un aspecto serio y elegante. Las mesas estaban vestidas de negro y blanco, las sillas, con respaldos altos, eran oscuras, combinando perfectamente con el resto de la decoración. Sobre las mesas había velas encendidas y la iluminación era bastante baja, dándole al lugar un aspecto cálido e íntimo. Clary se sujetó con fuerza al brazo de su marido y éste, al ubicar la mesa en la que debían sentarse empezó a caminar, llevándola con él.

En la mesa no estaba solamente el inversor, junto a él se sentaba una mujer joven, una chica que probablemente no llegaba a sus treinta, elegante, distinguida y muy bonita, cuyas curvas se veían marcadas gracias a la falda de tubo y a la camisa escotada que llevaba. Esta sonrió ampliamente al ver a Ayrton, gesto que no le gustó, a pesar de que su marido no devolvió la sonrisa.

—Señor Sanders. Señorita Sanders. —Saludó amablemente, ofreciéndoles

una mano—. Ella es Clarence Wells.

—¿Wells? —Preguntó la muchacha, mirando a Clary con la duda dibujada en su cara.

—Sí. Ella es... Es mi prima.

Aquello cayó sobre Clary como un jarro de agua fría. ¿Su prima? ¿Aquella chica se lo estaba comiendo con los ojos y él la presentaba como su prima? No como una amiga, o como una compañera de trabajo, no, como su prima.

—Encantado de conocerla, señorita Wells.

—Igualmente, señor —respondió todo lo educadamente que pudo, sintiéndose la más estúpida del mundo.

Tanto el hombre como la chica les invitaron a sentarse con un gesto y Ayron no dudó en retirar la silla caballerosamente para que su mujer se sentase. La mesa era circular y solo había dos sitios en los que Ayron pudiera sentarse, o al lado, o frente a la preciosa chica rubia, y lo hizo a su lado.

—Vimos en una columna, el mes pasado, que sigues siendo uno de los solteros más codiciados... —soltó el hombre.

—Sí. Ya sabe. Uno no deja de buscar, pero aún no llega la indicada, la única con la que uno desea pasar el resto de su vida.

Aquello hizo sentir a Clary poco menos que un cero a la izquierda. ¿Qué se suponía que hacía ella allí? ¿Para qué la había llevado realmente?

—Quizás no tengas que buscar mucho más. Llevamos un tiempo pensando en quitarte ese título.

Ayron sonrió educadamente pero miró de reojo a su mujer, quien no había levantado la mirada de la copa de vino que le había servido el *maître*.

Dejó de escucharles cuando la conversación subió de nivel, cuando empezaron a hablar de la pareja tan bonita que harían y de lo bien que podría ir

que se casasen de cara a las empresas y la economía de las dos familias. Se removía incómoda en su asiento, conteniendo el terrible dolor de su espalda y el que Ayron estaba provocándole al negarla como lo estaba haciendo, al hacerla sentir un objeto, un algo sin importancia. De pronto, con una de las punzadas, sintió un mareo que la obligó a cerrar los ojos para no caerse de la silla, pero no llegó a notar lo nadie.

—Si me disculpan... —se puso en pie súbitamente y, sin siquiera mirar a su marido, corrió al ascensor.

—Hoy no se sentía muy bien —mintió Ayron sin saber que lo que decía no era mentira—. Lo siento pero he de ir con ella. No quiero que le pase nada.

—¡Ayron! —Exclamó la chica, agarrando su mano antes de que se alejase—. ¿Podemos terminar esta conversación en otro momento? Me gustaría...

—Lo siento. Tengo que irme. —Se disculpó, soltándose del agarre de la muchacha.

No tenía intención alguna de seguir hablando de su falsa soltería con Sanders y su hija. Corrió tras su mujer lamentando haberse comportado de esa forma. Tendría que haberles cortado cuando empezaron a hablar ya que, al parecer, era ese el motivo por el que habían pedido cenar con él. Al llegar a la puerta se encontró a Clary apoyada en una pared, con una mano en su cintura y la otra en la frente. Se sintió un ser miserable al verla tan afectada. Se acercó a ella buscando la manera de disculparse por la horrible cena a la que le había llevado.

—¡Hey! —le dijo suavemente al darle alcance.

Ella lo miró a los ojos con una expresión que no había visto antes y se sintió incapaz de encontrar qué decir para intentar calmarla.

—Quiero irme a casa.

—Claro. Espera aquí. Voy a por el coche.

Subió al sedán sin articular palabra, y continuó así durante un rato. Se había

sentado de forma que las piernas quedaban lo más alejadas de las de su marido. Lo último que quería era que se le ocurriera tocarla, que pretendiera actuar como si no hubiera pasado nada. Ayron le preguntó un par de veces si estaba bien, pero ella se limitó a seguir mirando por la ventanilla sin responderle.

—¿Estás enfadada? —Preguntó sin obtener respuesta—. Clary háblame. ¿Estás enfadada?

—¡Claro que estoy enfadada! Ayron, les has dicho a ese hombre y a esa chica con la que hablabas de tu soltería, que era tu prima. ¡Tú prima! Prácticamente os estabais comprometiendo estando yo delante... ¿Cómo crees que me he sentido cuando de pronto has dicho eso de que...? ¿Sabes qué? Olvídalo. —Soltó—. No. Quizás no sea enfado lo que tengo. Estoy dolida. Me has hecho sentir peor que nunca.

—Pero lo he dicho para mantener nuestro secreto. Ya sabes que...

—¡No! No sé nada. Lo que sé es que me has llevado de carabina y he tenido que ser testigo de vuestro espectáculo de seducción.

—No estaba seduciéndola, Clary. Mi mujer eres tú, y no tengo deseo alguno de seducir a ninguna otra.

—Pues haber dicho la verdad, o haberlos frenado cuando han empezado a decirte que estaban pensando en quitarte el título de soltero.

Ayron se sonrió, era tan bonita cuando se enfadaba.

De pronto, cuando el semáforo de peatones empezó a parpadear, Clary supo que en breve tendrían paso otra vez y se bajó del coche sin más.

—¡Hey no! —Exclamó— ¡Clary!

Ayron se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta con intención de correr tras ella, pero las luces se pusieron en verde y los coches que había tras él empezaron a pitar, por lo que se vio en la obligación de seguir avanzando. Buscó aparcamiento desesperadamente, pretendiendo dejar el coche donde fuera e ir a

por ella. Le pediría perdón de la forma que hiciera falta y volverían a casa. Se detuvo, frustrado, en el siguiente semáforo, golpeó el volante pensando en que los malos ratos que había pasado él habían sido solo por su culpa, ella le había pedido que no dudase de ella y en realidad no le había dado motivos para ello, en cambio él...

Ahora que todo parecía ir perfectamente bien en su relación, ahora que tenían un matrimonio más o menos normal, tenía que hacerle sentir como si ella no significase nada para él. «Uno no deja de buscar, pero aún no llega la indicada, la única con la que uno desea pasar el resto de su vida». Resonó nuevamente en su cabeza. Sí, era obvio que ella no había llegado a su vida porque él hubiera querido pasar el resto de su vida con ella, pero días atrás admitieron estar bien en esa relación... Un nuevo mareo la llevó a buscar una pared en la que apoyarse, pero la mala suerte parecía seguirla desde que había amanecido. A unos metros, en la misma acera por la que ella caminaba, venían tres chicos que se sonrieron al verla.

—Hola guapa. ¿Quieres pasar un buen rato? —preguntó uno de ellos, tocándole el trasero.

Clary se sentía tan mareada que ni siquiera encontraba fuerzas para articular palabra para defenderse.

—Venga, vamos, seguro que te diviertes... —Uno de ellos se agachó para mirar bajo su vestido y el resto se echó a reír.

De pronto sonó un golpe y uno de los tres cayó contra el suelo.

—Hey, hey, tranquilo —levantó las manos otro.

—¿Eres su novio o algo así?

—Algo así —advirtió una voz masculina que Clary reconocía bien a pesar de estar de cara contra la pared. Los acosadores huyeron de allí y su rescatador se acercó a ella—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Clary no pudo más que darse la vuelta. Luego, al ver a Colin sonrió levemente y cayó inconsciente.

—Madre mía, ¿le han hecho algo? —preguntó la chica que iba con él.

—No. Creo que no. Alex, busca en su cartera. En el móvil debe tener el número de su marido, llámale, cuéntale lo que ha pasado y pídele que venga a buscarla.

La muchacha obedeció, mientras Colin trataba de despertarla ella intentaba desbloquear el teléfono.

—Está bloqueado. No puedo ver la agenda, ni nada...

Colin metió una mano por debajo de su espalda y la levantó en volandas. En ese momento Clary soltó un grito de dolor que estremeció tanto al ex como a la chica.

—Dios mío, Clary, ¿estás bien? —preguntó con miedo a moverse aunque solo fuera un centímetro.

—Me duele...

—¿Dónde? ¿Dónde te duele? —Ella llevó una mano a su espalda, justo bajo sus costillas—. Te voy a llevar al hospital. Dinos la contraseña de tu móvil para que llamemos a tu marido.

—No. A él no...

Ambos se quedaron con la duda de por qué no podían avisar a su marido, pero no indagaron, ella trataba de hablar con un hilo de voz casi inaudible. Alexandra iba sentada en el asiento trasero del coche con la cabeza de Clary sobre su regazo y trataba de tranquilizarla en el trayecto al hospital.

Llegando a la sala de urgencias Colin empezó a gritar, pidiendo un médico completamente desesperado. Llevaba a Clary en brazos y ella parecía estar inconsciente otra vez. Por suerte, alguien se acercó a ellos y les atendió rápidamente. Alexandra miraba a Colin con una ceja arqueada, éste respondía

sin ningún tipo de duda a cualquier pregunta que le hicieran sobre ella, fecha de nacimiento, nombre completo, alergias... Ella no tenía ni idea del tipo de relación que les unía, sabía que no era su novio puesto que le había pedido que llamase a su marido, y no compartían el mismo apellido, por lo que no eran hermanos. Cuando pusieron a Clary en la camilla para hacerle las pruebas necesarias y se sentaron en la sala de espera, se sintió tentada de preguntarle.

—Estuvimos juntos durante tres años... —confesó.

—Tres años... ¿Lo dejó ella o lo dejaste tú?

—Fue Clary. Aunque en realidad lo provoqué yo. Estaba acostumbrado a ella y había otra chica... No sé qué me pasó. Empecé a pasar de ella para tontear con la otra y cuando quise darme cuenta...

—Pero ella te gusta. Parecías un loco cuando has visto a aquellos tres acercarse a ella. Has saltado por encima de la mesa...

—Supongo que uno no puede olvidarse del cariño que sintió... Fueron tres años... Pero ahora ella está casada y estás tú... —dijo estrechando una de sus manos.

Durante una hora eterna, Colin y su cita esperaron, prácticamente en silencio, a que el médico saliera para darles los resultados. Y después de media hora más, salió un hombre con una bata blanca y una carpeta metálica en las manos.

—Señor Wells... —Alexandra miró a Colin, sabiendo que él no se apellidaba así, pero no dijo nada—. Su mujer tiene un cálculo renal y un riesgo importante de sufrir una obstrucción en el uréter.

—¿Riñón?

—Sí, señor. En el riñón. Es uno de los peores dolores conocidos. Para llegar a desmayarse es que ha debido padecer lo innumerable. —Colin se dirigió a la puerta apretando los puños. ¿Qué diablos hacía su marido mientras ella estaba sufriendo de esa manera? Regresó un instante más tarde para terminar de

escuchar al médico—. Le hemos administrado un par de fármacos para el dolor. Ahora mismo está sedada, pero pueden llevarla a casa. Aquí tiene unas recetas y las indicaciones que debe seguir —dijo el hombre ofreciéndole un sobre.

Tras las instrucciones del médico la llevaron al coche. Clary se negó a que la llevaran al apartamento de su marido, habría estado inconsciente y estaría atontada por las medicinas, pero recordaba perfectamente lo que había pasado en el restaurante y lo último que quería era sentirse aún más miserable haciendo que Ayron tuviera que ayudarla esa noche. Pese a que ni Colin ni su cita preguntaron por las razones por las que no quería ver a su marido ella se las contó. Colin ya sabía que debían mantener su matrimonio en secreto y creyó que le serviría como desahogo, ya que tampoco podía contárselo a las chicas.

Tal como pidió, la llevaron a casa de su padre, quien no vivía demasiado lejos de allí, en una callecita estrecha en una casa de dos plantas no muy grande.

—¿Colin? —preguntó Will tan pronto como abrió la puerta y se encontró con su hija en brazos de su ex—. ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes, Will. Se le pasará. Tiene un cálculo en un riñón. Se ha desmayado en la calle...

—¿Y Ayron?

—No quiero verle —murmuró ella.

Will le hizo un gesto para que la llevase a su habitación y mientras tanto se quedó charlando con la chica que iba con Colin.

La dejó sobre la cama con cuidado y se agachó a su lado para preguntarle si estaba bien, ella asintió entrecerrando los ojos y luego él salió del cuarto, dejándola tranquila para que descansase. De vuelta al salón Colin le contó lo que le había dicho el médico, que debía haber pasado mucho dolor, le explicó lo que ella les había contado acerca de su cena y el motivo por el que Ayron no estaba ahí en su lugar.

—¿Él no tiene ni idea de lo que ha pasado?

—No. Tampoco hemos podido avisarle porque el móvil de tu hija tiene contraseña y no hemos podido encontrar su número.

Will sabía lo que era pasar por disputas maritales, no importaba la índole, había discutido con su mujer y sabía bien que los únicos que de verdad pueden resolver esos problemas son los dos implicados, así que haciendo a un lado los deseos de su hija de no verle, llamó a Ayrón.

Había sido incapaz de encontrar aparcamiento cerca de donde Clary se había bajado y, cuando encontró un sitio en el que poder dejar el coche, estaba demasiado lejos, así que condujo hasta casa y esperó pacientemente a que ella llegase. Sabía que estaba enfadada, y como la primera vez que se enfadó con él, supuso que tardaría en volver. Esperó pacientemente una hora, y otra, pero Clary no llegaba y empezaba a desesperarse. Tampoco respondía a su teléfono, por muchas veces que intentase llamarla. De pronto, pasadas las dos y al borde de un ataque, sonó su teléfono. Pero no era ella, sino Will. Descolgó con el pulso acelerado, temiendo que hubiera pasado algo.

—Will... Dime que no ha pasado nada...

—Es mejor que vengas.

—Por favor, dime que no ha pasado nada. Que ella está bien.

—Ella está aquí, Colin y su novia la han traído. No ha pasado nada grave, pero se niega a verte y quiero que lo arregléis.

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Corrió como loco hasta el coche y condujo a toda velocidad hasta la dirección que su suegro le había enviado en un mensaje. Nunca había estado allí y, cuando había investigado a Clary días antes de conocerla, la dirección de ella era muy distinta. Frente a la casita de Will había un coche blanco, supuso que se trataba del de Colin y que aún seguía allí. Bajó

del sedán con el pulso tembloroso. Su mujer se negaba a verle y él no tenía como disculparse por el mal rato que le había hecho pasar. Se acercó a la puerta, pero no hizo falta que llamase, tan pronto como levantó la mano, ésta se abrió. Will se colocó frente a él con los brazos cruzados en el pecho.

—Buenas noches, Will.

—Ayron...

A unos metros de su suegro pudo ver a una chica y junto a ella estaba Colin. Dejándose llevar por el momento, apartó a su suegro, corrió hacia el ex de su mujer como alma que lleva el diablo y le cogió por la pechera de la camiseta.

—¿Qué le has hecho a mi mujer?

—¿A tu mujer? ¿No eres tú ese soltero que va a las cenas de compromiso con su prima? —Ayron lo soltó sin saber qué decir—. Estábamos en medio de una cena cuando la hemos visto pasar. Tres tíos han estado a punto de hacerle daño y, contrario a lo que tú haces, la he defendido.

—Ha saltado por encima de la mesa —añadió la chica con una sonrisa.

—Ayron, Clary ha estado sufriendo mucho. Tiene una piedra en un riñón que la ha llevado a desmayarse un par de veces. —Soltó Will.

—En el hospital nos han dicho que es uno de los peores dolores que hay, y que ha debido soportar muchísimo dolor. —Explicó Colin—. Han tenido que darle sedantes.

—¿Dónde está?

Will le guió hasta la habitación que ocupaba su mujer y tan pronto como abrió la puerta y la vio tendida en la cama se acercó a ella, arrodillándose en el suelo a su lado. Dormía tranquila, su expresión no mostraba dolor, o enfado, o tristeza. Acarició su pelo, que antes estaba atado en una trenza, pero ahora estaba suelto. Apoyó la frente en su hombro.

—Perdóname —murmuró—. Perdóname por no darme cuenta, por haberte

hecho pasar por el mal rato del restaurante y estando así... —De pronto se levantó, se acercó a su suegro y puso las manos en sus hombros—. Quiero llevarla a casa.

—Ayron, está sedada. No vas a poder hablar con ella.

—No importa, pero quiero llevarla conmigo.

Will alzó las manos, como permitiéndole que hiciera lo que quisiera y Ayron ni siquiera lo dudó. Retiró la ropa de cama, metió una mano bajo las piernas de su mujer, otra tras su espalda y la pegó a su pecho. Luego caminó, a través del salón y de la entrada, hacia su coche. Para su sorpresa, Colin se acercó a ellos y le ayudó, abriendo la puerta de acompañante del sedán.

—Gracias —murmuró.

—No me las des. No lo hago por ti.

—De todas formas. Gracias.

Cerró cuidadosamente después de reclinar el asiento para que estuviera cómoda y ponerle el cinturón de seguridad. Miró a Will, a Alexandra y a Colin y luego arrancó, alejándose de allí con dirección a un apartamento del que no tenían que haber salido esa noche.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando la dejaba cuidadosamente sobre la cama. Negó con la cabeza, sintiéndose el tío más estúpido de la tierra una vez más. Había negado un matrimonio que estaba aportándole más que todas sus relaciones anteriores juntas, había negado un matrimonio que días atrás había reconocido no querer cambiar por nada en el mundo y la había ninguneado, siguiendo la corriente de aquel hombre y su hija para no perder esa inversión, algo que le convertía en un auténtico Wells y que jamás se perdonaría. Se estiró a su lado y la pegó contra su pecho, deseando que amaneciese solo para saber que estaba bien, quizás no le perdonaría, pero de eso se encargaría después.

Capítulo 12

Ya había amanecido, probablemente hacía rato. Al abrir los ojos se llevó la mano, de forma inconsciente, al mismo punto en el que horas atrás tenía un dolor terrible, pero ya no dolía, seguramente por la medicina que le dieron. Miró a su alrededor, dándose cuenta de que no estaba en casa de su padre, sino en casa de Ayron, y que no estaba sola, él estaba a su lado, rodeándola con un brazo. Se apartó de él sin mirarlo y se arrastró por la cama hasta el borde. No tenía intención alguna de permanecer a su lado después de lo de la cenita con el inversor y su hija. Salió en silencio del dormitorio y se metió en su cuarto. No podía marcharse del apartamento porque el único lugar al que podía ir era a casa de su padre, y su padre estaba aliado con su marido. Se sentó en el borde de la cama, todavía un poco mareada por las medicinas, así que se estiró sobre el colchón y rodó, tirando de la manta para taparse. Ni siquiera reparó en quitarse el bonito vestido con el que había pasado toda la noche.

Había amanecido y Ayron ni siquiera se había percatado de que se hubiera dormido. Se acomodó sobre la cama antes de darse cuenta de que ella no estaba a su lado. Se sentó rápidamente y al ver que los zapatos de su mujer estaban justo donde los había dejado, supo que no había sido una alucinación el haber estado con ella toda la noche. Salió de la habitación para ir al baño por si ella estaba allí, pero la puerta estaba abierta y Clary no estaba dentro. Entonces buscó en el cuarto que le había dado cuando se mudó con él y ahí estaba, tendida sobre la cama. Se agachó a su lado y puso una mano en lo que, por encima de la manta, intuyó sería su cintura.

—¿Por qué te has venido aquí? —Preguntó sin obtener respuesta—. ¿Te encuentras bien? ¿Te duele? —Clary permaneció en silencio.

Por un momento creyó que estaría dormida, así que se sentó a su lado y la rodeó en un abrazo con cuidado de no molestarla.

—¿Puedes salir? Quiero estar sola.

—¿Estabas despierta? ¿Estás bien? —No respondió—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Te duele?

—No quiero hablar contigo. Yo no tengo primos porque mis padres son hijos únicos, así que no somos nada el uno del otro y yo no hablo con extraños.

—¿Cómo?

—Que te vayas, Ayrón. Que no quiero hablar contigo. Que te vayas o seré yo quien lo haga.

Al decir esto último se incorporó para mirarle y él no dudó en creerla. Salió del dormitorio llevándose las manos a la cabeza, ¿cómo podía haber estropeado así las cosas?

No podía estar en casa sin que se viera tentado a estar con ella, sin que necesitase saber que estaba bien, así que, pese a no haber dormido prácticamente nada se vistió y salió con destino a la oficina. En sus veintiocho años y con las novias que había tenido, nunca se había sentido así, nunca había hecho un comentario que ofendiera a alguna de ellas o que causase un enfado, al revés, siempre habían sido ellas las que habían terminado dejándole porque no podían discutir con él.

Al entrar en la empresa se encontró de frente con sus primas. No tenía ni la más remota idea de por qué estaban allí, pero tras ellas estaban sus tíos.

—Oh, Ayrón... A ti te buscábamos. —Dijo el más calvo de los dos y padre de Karen—. ¿Cómo fue la cena con Sanders? Fuiste con esa chiquilla, ¿no? ¿Tanto te avergüenzas de ella que tuviste que decir que era tu prima?

Fue al ver a sus primas echarse a reír cuando entendió lo que había ocurrido:

había sido una jugada para provocar un enfado entre ellos. Lo peor era que había surtido efecto.

—Sí, fui con mi mujer. Y no, Clarence no tiene nada de lo que tenga que avergonzarme, pero no quería que la incomodasen con preguntas, por eso dijimos que era mi prima.

—Qué más quisiera ella parecerse siquiera a una de nosotras... —Las dos arpiás empezaron a reír.

—Qué más quisierais vosotras, pareceros a ella, llegar al menos a la altura de sus zapatos —respondió.

—Controla lo que dices —dijo uno de los hombres poniéndose frente a él y tocando su hombro con un dedo—. Tú solo eres un bastardo, el hijo de una recogida que, para colmo, se casó con un muerto de hambre. Estás en la presidencia, pero no te acomodes, no será por mucho más tiempo. Te irás de la empresa tan pronto como el viejo estire la pata.

Si. Había escuchado eso muchas veces, que era una vergüenza para esa familia, que tenía ese puesto solo para que hiciera dinero para ellos, de hecho, por eso llevaban supervisándole desde el principio. No le afectaba nada de lo que pudieran decirle porque había crecido oyendo esas palabras, pero no le gustaba cuando en sus retorcidos planes incluían a Clary.

—¿A qué habéis venido? Si no queréis nada...

—Solo queríamos saber qué tal la cena.

—Estaba deliciosa. Gracias por preocuparos de mi alimentación. —soltó, dejándolos boquiabiertos por la salida—. Ahora, si no tenéis nada más que decir...

Sin esperar a que dijeran nada más se dirigió a los ascensores del fondo, pasando por delante de la oficina en la que trabajaba su mujer. Había sido tan buena como mala idea la de ir: buena porque se había enterado de sus planes con

los Sanders y mala porque había tenido que encontrarse con ellos, y con las repugnantes personas que eran. Se sentó en el asiento de su despacho después de bloquear la puerta y se reclinó en el respaldo, girándose hacia la ventana. En ese momento no había nada que pudiera desear más que estar con su mujer, poder estrecharla entre sus brazos, poder besarla y encontrar en ella la paz y tranquilidad que le transmitía. Cerró los ojos deseando que le perdonase, que aceptase que se había equivocado.

Hacía más de una hora que Ayrton se había marchado sin decirle nada. No era necesario que se lo dijera, estaba furiosa con él y no deseaba que le hablase ni para decirle que se iba, pero ahora llamaban a la puerta y no podía ser otro que él. Abrió de mala gana, girándose sin mirar quien era y caminando de vuelta a su habitación, pero antes de entrar se dio la vuelta espantada: las dos primas de Ayrton entraban en el apartamento cuchicheando y mirándolo todo, tras ellas entraban dos hombres, de los que conocía a uno de la fiesta de cumpleaños de Oliver.

—Supongo que haces buen trabajo de sirvienta —dijo Leslie.

—Por eso se casó con ella. Tiene empleada en SWC, sirvienta en su casa y putita en su cama. Y todo con un solo sueldo —las dos se echaron a reír, arrastrando con ellas al padre de una de ellas.

—¿Puedo saber qué quieren? Ayrton no está.

—Sí. Lo sabemos. Le hemos encontrado en SWC. —Dijo el calvo, acercándose al sofá y sentándose allí—. ¿No vas a ofrecernos nada?

—Claro... ¿Quieren agua? ¿Café? No tenemos otra cosa.

—¿Agua? ¿Eso le ofreces a la familia de tu marido? ¿Agua?

—Y café, puedo ofrecerles café. No tenemos otra cosa.

Los hombres empezaron a murmurar mientras las dos chicas husmeaban por la casa.

Sin que Clary se diera cuenta, las chicas abrieron los dos dormitorios y se encontraron con que ambas camas estaban revueltas, que en la habitación de la derecha había una decoración sobria y oscura en blanco y gris claro, y en la de la izquierda había una decoración distinta, más juvenil y llena de color. Ambas armaron un revuelo al descubrir que cada uno tenía sus cosas en un cuarto distinto y fueron a por sus padres al sofá.

—Perdonad, eso es privado —Clary corrió a cerrar las puertas de las habitaciones, pero se vio frenada.

—Lo sabía —dijo uno de los dos hombres—. Sabía que el asunto del matrimonio no era más que una patraña para engañarnos.

—No es mentira. Ayron y yo nos casamos de verdad.

—Eso no es lo que parece, pequeña charlatana. Dormís en habitaciones separadas, vuestras cosas están separadas, Ayron incluso evita presentarte como su mujer para no mentir. —Aquello fue un golpe bajo—. Dijo que estaba casado para que el viejo no le sacase de su puesto creyendo que estaba formando una familia, pero solo estaba acostándose con su sirvienta. O quizás ni eso —señaló una cama después de otra.

Aquellas acusaciones eran demasiado duras como para que pretendiera seguir escuchándolas. Les pidió amablemente que se machasen, que la dejaran sola, pero ellos hicieron caso omiso, siguieron caminando por la casa maldiciendo por lo que ellos creían que era una mentira, una estrategia de Ayron para seguir en la presidencia. En un momento de desesperación por no saber qué hacer llamó a Ayron, nunca antes había marcado su número, incluso lo tenía guardado con el nombre de “Pervertido”, pero por más veces que tratase de hablar con él, no respondía nadie a su llamada.

—¿No te contesta? Estará con Tessa Sanders. Ella sí es un buen partido, y no una pobretona como tú. —Soltó Karen, levantando un mechón de su pelo con dos dedos, como si le diera asco tocarla.

—Miren, ha sido una visita encantadora, tienen ustedes una imaginación digna de un novelista, prueben de escribir un libro, pero en otro sitio. Ayrón no está y...

—¿Nos estás echando? —preguntó el hombre calvo.

—Eso parece.

Karen volvió a meterse en el dormitorio de la izquierda y sobre el estante, al lado de una figura con la palabra «LOVE», encontró la alianza que Ayrón le había regalado. Corrió hacia ellos con la mano alzada, enseñándoles la joya. Clary rogó que lo dejaran en su sitio, pero lejos de hacerle caso, empezaron a comentar que aquello no era más que una baratija, que Ayrón no había tenido la decencia de comprar un anillo medianamente digno para ser un Wells, que... Clary ya estaba harta de pedirles que se fueran, corrió a la cocina y, llevándose con ella la jarra de agua, la vació encima de aquellos cuatro indeseables.

—Maldita seas... —gritó Leslie.

Ni corta ni perezosa la abofeteó, pero Clary no se quedó quieta, alzó la mano y devolvió el golpe. Karen lloriqueaba por su ropa mojada, yendo a la cocina y rebuscando algo con lo que devolverle lo que había hecho, regresó con el pimentero y Clary sonrió. Estiró las manos y forcejearon mientras los hombres miraban horrorizados la estampa, Clary le arrebató el recipiente y, en un movimiento rápido los roció con la especia.

—Os pedí amablemente que os marcharais.

—Eres una desgraciada. Eres peor que...

—No. No me rebajéis a vuestro nivel. Aquí los únicos ególatras, faltos de vergüenza, de educación y de moral sois vosotros. Os metéis en una casa ajena sin invitación, insultáis, husmeáis como sabandijas en busca de algo de mierda ajena con la que alimentar vuestros cuchicheos y todo para sentir que sois un poco menos miserables.

El hombre calvo miró a Clary con los ojos inyectados en sangre, deseaba callarla de un golpe, pero quien lo hizo fue el otro. Alzó la mano y le dio un sonoro bofetón, haciéndola caer contra el suelo completamente enmudecida.

—No me extraña que Ayron termine con algo como tú. Sois igual de repugnantes. —Dijo con un desprecio y con un tono de voz que le puso la piel de gallina.

Tal vez era el que menos hablaba de los dos, pero sin duda era al que más respeto había que tener, incluso su cara mostraba que no era de fiar. Los cuatro intrusos salieron del apartamento quejándose del trato, alimentando la ira del uno y del otro con cada comentario. Clary permaneció sentada en el suelo al darse cuenta de que, tal vez, se había propasado, que tal vez, lo que acababa de pasar trajera consecuencias para quien ni siquiera estaba enterado de que habían pasado por allí: Ayron.

No se había dado cuenta de que se había dormido, estaba tan cansado que ni siquiera se había percatado de que habían pasado tres horas. Hizo girar la silla para ver la hora y el led de notificaciones de su teléfono llamó su atención. Pensó que sería su padre para advertirle que las alimañas de siempre irían a molestarle, pero se levantó de un salto al ver que quien había llamado una docena de veces era su mujer. Se asustó tanto de que le hubiera pasado algo que lo último en lo que pensó fue devolver la llamada. Condujo de vuelta a casa al borde de un ataque. Aparcó el coche de cualquier manera y atravesó el vestíbulo sin saludar ni esperar a que le saludase el recepcionista. Al entrar en el apartamento la encontró sentada en el suelo, sobre un charco de agua, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en las rodillas.

—Dios mío, Clary, ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Ella le miró a los ojos y sin decir una palabra se puso en pie, se dio la vuelta y se encerró en su habitación. Esas tres horas a solas le habían hecho pensar

mucho, en la inesperada visita de las arpías en SWC, donde terminó humillada, mojada y llena de pimienta, en la cena donde había sido ninguneada de la manera más cruel, en esa familia de indeseables que habían ido para humillarla nuevamente, en que su marido no había respondido ni una sola de sus llamadas... Había pensado mucho y había llegado a una meditada conclusión: ella no merecía eso y no tenía por qué soportarlo.

Cuando ella se levantó, Ayron siguió a su mujer y se metió en el cuarto tras ella.

—¿Puedes salir?

—No. Estoy cansado de esto. Háblame, dime lo que sea, pero háblame. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

No tenía intención alguna de responderle. No quería volver a sentirse miserable, tratando de mantenerse animada y feliz cuando realmente se sentía herida y maltratada por todos ellos. No iba a hablarle, empujaría la tensión hasta que Ayron estuviera cansado y decidiera romper ese matrimonio que nunca debió ser. Se sentó en la cama, se cruzó de brazos y de piernas y esperó a que saliera de la habitación pero, para su sorpresa, su marido se puso de rodillas delante de ella, agachando la cabeza.

—Por favor... —murmuró con un hilo de voz—. Por favor Clary, dime cómo estás... Aunque solo sea eso... —su voz sonaba más grave de lo normal y cuando alzó la mirada se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Nunca antes había visto a un chico llorar, ni siquiera a su padre cuando se quedaron en la calle o cuando su madre le dejó. Por un momento le tentó agacharse frente a él y abrazarle, decirle que estaba bien, pero no lo hizo.

—Del riñón estoy bien —empezó—, no me duele nada, ni siquiera un poquito. Pero he mirado el informe de urgencias y tengo que beber mucha agua. Si en unas semanas, cuando vaya a la revisión, no hay mejoría, tendrán que intervenir para romper el cálculo.

—Gracias. De verdad. No sabes lo preocupado que venía pensando que te había pasado algo o que estabas peor...

Un poco más tranquilo se puso de pie y, tras mirarse unos segundos, salió del dormitorio de su mujer. Seguía sin saber por qué había ese charco de agua ni qué era esa especie de polvo oscuro del suelo, pero no quería incordiarla otra vez.

Cuando Clary salió de su habitación una hora más tarde, encontró que estaba todo limpio, y a su marido tendido boca arriba en el sofá, con una pierna flexionada y la otra estirada, uno de los brazos lo tenía caído por un lado y con el otro se cubría la cara. Al verlo así se arrepintió del trato que le había dado. Se había enfadado con él por lo que había dicho en la cena, aun sabiendo las intenciones que Sanders tenía, pero él le había explicado sus razones y más aún, ella había estado de acuerdo con las normas del principio, unas normas que no solo había aceptado sino que también ella impuso. Odiaba haberse sentido tan insignificante delante de aquella gente, pero odiaba aún más ver a Ayrton así, sobre todo cuando él siempre se había comportado sincero y amable con ella, cuando había actuado seductor, impulsivo y en cierto modo, también gracioso. Haciendo a un lado todo lo malo de esas horas se acercó en silencio y se sentó en la mesa que había frente a él.

—Ayrton... —murmuró llamando su atención—. Tus primas y tus tíos... —empezó—. Siento mucho los problemas que pueda causarte.

—¿Qué ha pasado? —la miró con el ceño fruncido.

—Han estado aquí.

—¡¿Cómo?! —exclamó, sentándose frente a ella con el rostro desencajado.

—Lo siento. Han llamado a la puerta y creía que eras tú.

—Yo tengo llave... ¿Te han hecho algo? —Preguntó poniendo las manos en sus hombros. Ella negó con la cabeza—. ¿Te han dicho algo?

—Ha sido como la otra vez, insultos, ofensas, humillaciones...

—Había agua en el suelo, y un polvo gris... ¿Han sido ellos?

—Eso no es lo importante, Ayrón. Se han puesto a husmear y han visto que cada uno usa una habitación. Creen que nuestra boda fue una mentira y que mientes para mantener tu puesto en la empresa.

—No me importa. Eso no es lo que importa. ¿A ti te han hecho algo? —Ella negó con la cabeza y él la atrajo para abrazarla.

No le importaba si le rechazaba, si le decía que no volviera a hacerlo, en ese momento necesitaba tenerla exactamente donde la tenía. Agradeció enormemente que no le apartase, que no le pidiera que no volviera a hacerlo más. Se separó de ella unos segundos más tarde y sin mirarla se puso en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó sujetando una de sus manos.

—No sé. No quiero molestarte.

—No me...

Después de haberle dicho que no quería hablar con él porque para ella era un extraño, después de haberle tratado así, era incapaz de decirle que se quedase con ella, que no le molestaba. Soltó su mano dejando las suyas caer a los lados de su cuerpo y dejó que se alejase.

—Lo único que me da miedo de esto es que mi familia te haga daño, no importa en la forma que sea —dijo él al sujetar el pomo de la puerta de su habitación—. Lo peor de todo es que también tengo que incluirme porque, aunque lo odie, también soy un Wells.

Ella no fue capaz de responder a aquello y volvió a sentarse en la mesa. Hasta hacía unas horas le odiaba por lo de la cena, aun habiendo escuchado que era por mantener oculto ese matrimonio, pero ahora ya no tenía como seguir manteniendo ese enfado, y más cuando también él le había visto con Colin. Se acercó a la puerta de su marido y llamó suavemente. Abrió un par de segundos más tarde sin esperar confirmación. Ayrón estaba sentado en el borde de la cama

con las piernas entreabiertas, los codos sobre las rodillas, los dedos entrelazados y la cabeza baja, con una actitud pensativa que la asustó por momentos.

—No he desayunado ni he comido nada... ¿Quieres cenar conmigo?

—Claro que sí. —Dijo levantándose—. Pero tengo algo que pedirte. Ayer...

—Está olvidado, Ayrón. Solo... está olvidado.

—No es eso. Es una pesadilla y también yo lo quiero olvidar. Ayer, ese tipo... tu ex... —ella torció la cabeza sin saber a qué se refería— ¿no lo recuerdas?

—¿Colin?

—Anoche fue el que te rescató, el que dejó a su novia sin cenar para llevarte al hospital y quien se quedó contigo y te llevó a casa de tu padre. ¿No te acuerdas de nada? —Ella negó con la cabeza—. Me gustaría, y no creo que yo vaya a decir esto, invitarle a cenar —Clary abrió los ojos de par en par y levantó las cejas con expresión de sorpresa—. A él y a esa chica. Creo que se lo debo.

—¿Invitar a Colin? ¿Tú?

—Por mi culpa no pudieron cenar. Por mi culpa no pudieron disfrutar de su cita. De no haber dicho lo que dije... ¿Puedes... tienes su número? —Ella negó.

—No, no lo tengo. Apenas hace unos días que me enteré de que vive en este vecindario, así que me imagino que nos toparemos con él más de una vez. Esta noche podemos... —Clary se vio interrumpida con un rugido de su estómago. Ambos sonrieron y Ayrón se acercó a ella y puso una mano en su espalda para guiarla a la cocina.

A diferencia de todas y cada una de las noches anteriores, ésta vez no iba a dejar que ella cocinase, no iba a sentarse a contemplarla mientras ella preparaba la comida y la mesa. Lo primero que hizo al entrar fue sentarla en uno de los taburetes de la isla, luego le sirvió un enorme vaso de agua y se colocó al otro lado de la cocina para ser él quien preparase la cena. La había visto cocinar unas cuantas veces, a veces mucho más complejo que otras, pero las pocas veces que

la había visto preparar pasta no le había parecido algo complicado de hacer, así que sacó un paquete de tallarines de uno de los muebles altos, un cazo que llenó de agua y empezó a preparar la cena. Clary no podía ver como él lo hacía todo y no ayudarle, por lo que rodeó la isla y se colocó a su lado. Ayrton la miró unos segundos y volvió a sentirse culpable por lo de la cena con los Sanders. De pronto, en un arrebato, la hizo girarse y ponerse frente a él, sujetó su cara entre las manos y la obligó a mirarle.

—Te quiero. —Soltó sin pensar. Ella lo miró totalmente impactada—. No sé cómo ni cuándo ha empezado a ser así, pero te quiero. Y te prometo que jamás volveré a hacerte daño, sea en la forma que sea.

No esperaba que ella respondiera. Sabía que ella sentía igual, no porque se lo hubiera dicho, sino porque cuando en el coche dijo estar dolida lo notó, lo entendió, supo que sus sentimientos eran sinceros, y que por eso se había sentido así. Se inclinó hacia ella y la besó. Ella trató de resistirse, de no sentir que se derretía cuando le hablaba así, pero fue inútil. Rodeó su cuello con los brazos y profundizó ese beso con unas inmensas ganas de llorar, por haber escuchado que la quería, pero sobre todo por la felicidad que le daba sentir que hacía las paces con él.

—¿Estás bien? —preguntó al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Sí, estoy bien —Aclaró, volviendo a abrazarle—. Quédate así un minuto.

Ayrton la estrechó con fuerza, hundiendo la cara en su cuello y deseando que ese instante no terminase jamás.

Terminaron de cocinar, juntos, sonriendo de forma cómplice cuando se miraban, y rozándose los dedos al intercambiarse los utensilios de remover la pasta o la salsa.

—¿Me contarás qué era ese charco de la entrada o el polvo gris?

—Te puede la curiosidad, ¿no? El día que me encontré la primera vez con tus

primas me llenaron de agua y pimienta... Les he pedido que se fueran, pero han cogido el anillo y han empezado a criticar y a... Quizás me he excedido.

—¿Se la has echado a mis primas por encima? —preguntó sorprendido.

—Y a tus tíos... —Lejos de lo que imaginó empezó a reír. Adoraba verlo reír de ese modo.

—¿Cómo han reaccionado?

—Leslie me ha dado un bofetón —la sonrisa de Ayrón desapareció inmediatamente—, pero le he devuelto el golpe. Karen lo ha intentado con la pimienta pero se han ido llenos de ella. —Omitió el golpe que le había dado su tío.

Ayrón se acercó a ella, sujetó su cara entre las manos y la giró hacia un lado y hacia el otro en busca de una mínima muestra de que le hubieran hecho daño, pero ni siquiera quedaba una simple rojez. Tal vez el bofetón del hombre le había dolido más, le había dado con más fuerza y con más ganas, pero pese a ello, tampoco había dejado rastro, algo de lo que ella se alegró.

Capítulo 13

La mañana del lunes ya había llegado y no había cosa que Ayrón pudiera detestar más que salir de la cama, que separarse de su mujer y tener que pasar todo el día sin verla. La rodeó con un abrazo la pegó contra su pecho antes de que ella le dijera que tenían que ir a trabajar.

—Quedémonos un poco más... cinco minutos.

—Eres como un niño pequeño, siempre queriendo quedarte más rato en la cama.

—Ya, pero ese rato solo quiero pasarlo contigo. Si tú no estás, esos cinco minutos no significarían nada.

Clary sonrió y le dio un beso en la mejilla. Adoraba que le dijera eso.

Hacía diez días que había ocurrido lo de la cena y nueve desde que escuchó un «Te quiero» de su marido. Ella aún no le había confesado que le quería, supuso que era evidente, ella le buscaba a él tanto como él a ella, pero no había encontrado el momento para decirle que le quería. Ahora le tenía ahí, debajo de su cuerpo y a un par de minutos de tener que separarse y se sintió tentada de hacerlo, pero creyó que, si se besaban, sabría a poco, por lo que decidió esperar a la noche para encontrar el momento perfecto para decirle que ella sentía igual que él. Se levantó con una sonrisa y fue derecha a la ducha. Como las mañanas anteriores, su marido fue tras ella, y se metió con ella bajo el chorro de agua, y tocó su cuerpo con la excusa de enjabonarla, igual que ella hacía con él. Luego desayunaron un café con una pieza de fruta y salieron. En el vestíbulo se besaron, pero cuando ella salió del edificio para ir a la parada del autobús él la frenó.

—Ven conmigo. —Pidió, sujetándola por un brazo—. Vayamos juntos.

—¿Estás loco? ¿Y cómo vamos a justificarlo?

—No lo sé, ya se nos ocurrirá algo.

Sin dejar que buscase una excusa con la que negarse, agarró su mano, entrelazó los dedos y caminó con ella hasta el aparcamiento, donde el sedán naranja esperaba en su plaza de siempre. La hizo entrar en el coche y se sentó en el asiento de conductor.

—Ayron... —murmuró sujetando su mano antes de que arrancase el coche—. ¿Cómo vamos a justificarlo?

—Podríamos decir la verdad...

—Probablemente se armaría una. Las tienes a todas locas, no podrán creer que estás casado. Tienes a esos inversores a los que has ocultado nuestra boda, y a las hijas solteras de éstos... —Clary se acercó a él, le dio un beso en la mejilla derecha y abrió la puerta—. Hoy voy en autobús. Mañana prometo ir contigo.

Bajó del coche antes de que Ayron pudiera negárselo. Él la miró con una sonrisa, habían sido ya dos veces las que le había propuesto ir juntos y las dos se había negado, pero habría una tercera, y si se negaba, juraba que la ataría y la llevaría por la fuerza con él, sin importar lo que otros dijeran, sin importar que todo el mundo se enterase de su secreto. Aquella mañana pretendía, al menos, llegar con ella, así que se las arregló para seguir al autobús, deteniéndose cada vez que se detenía, y retomando la marcha cuando éste lo hacía. Al acercarse a SWC Ayron fue un poco más deprisa para poder aparcar a tiempo de entrar con ella. Y la jugada le salió perfecta. Justo salía del aparcamiento cuando Clary bajaba del autobús.

—Buenos días —saludó, pasando rápidamente por su lado, como si llegase tarde.

Ella dio un respingo al escucharle y se ruborizó instantáneamente al ver cómo

le guiñaba un ojo.

—Sigo pensando que ese hombre está interesado en ti. —Dijo Leah, colgándose de su cuello mientras se dirigían a la oficina.

—En mí... —murmuró.

Al entrar en el despacho se dio cuenta de la risilla sutil que se habían dedicado Leah y Zac. La relación entre ellos se había estrechado poco a poco y, aunque trataban de ocultarlo, esos casi cuatro meses que llevaban trabajando juntos había empezado a acercarlos demasiado. Clary sabía verlo bien porque ella estaba en medio de una relación un poco parecida.

—Vaya, vaya... —sonrió traviesa dejando el bolso sobre la mesa.

—Vaya, vaya ¿qué? —Leah intentó no ponerse colorada al haberse visto descubierta.

—No, nada... —Mantuvo la sonrisa sabiendo que eso ponía nerviosa a su compañera—. Quién lo hubiera dicho...

Leah hizo lo que hacía siempre que necesitaba sonsacarle información privilegiada o cuando quería contarle un secreto. La agarró del brazo y tiró de ella hasta el baño.

—No está prohibido la relación entre empleados dentro de la empresa. Y ya sabes lo guapo que es...

—Ya sé que no está prohibido —Lo sabía muy pero que muy bien—. No he dicho nada de eso. Es solo que tú siempre bromeas con Ayrton, digo, el presidente —se corrigió de inmediato— y su interés conmigo, y te tenías bien calladito tu interés por Zac.

—Es que no puedo evitarlo... No dejes que nadie se entere. Aun no es una relación como tal, solo hemos salido un par de fines de semana y...

—Tranquila, sé guardar un secreto.

Cuando las chicas volvieron a la oficina Clary se sentó en su mesa y susurró a Zac que su secreto estaba a salvo con ella.

La mañana pasó tranquila, pero con el mediodía empezó a revolucionarse el ambiente en la oficina. Las chicas iban de un departamento a otro en busca de nuevos cuchicheos, pero al parecer todas estaban igual de intrigadas. Cuando llegó a su despacho Marisse, la alcahueta por excelencia de la empresa, no dudó en sentarse junto a Elisa y contarle las noticias calientes del momento: Ayron Wells se casaba con Tessa Sanders. Al parecer alguien había confirmado el rumor no hacía demasiado rato y la suertuda se encontraba en el despacho del Dios de la empresa. De nuevo estaba el horrible sentimiento de días atrás acechando a Clary. Él le había dicho que la quería, le había dicho que lo que más miedo le daba era hacerle daño, sin embargo ahí estaba nuevamente. Trató de mantener la calma tanto como pudo, pero por el rabillo del ojo pudo ver a las dos arpías, a las dos primas de Ayron, quienes la miraban desde la entrada de la oficina con una sonrisa triunfal que activó todas sus alarmas. Sin pretender contenerse se levantó de su silla y se acercó a ellas con paso firme.

—Esto es cosa vuestra, ¿no?

—¿Cosa nuestra? Sabes que Ayron y Tessa hacen la pareja del siglo, que tú no eres más que una muerta de hambre recogida de la miseria por lástima. Tú no eres más que la zorrilla que limpia su casa y le calienta la cama. ¿Crees que es cosa nuestra? ¿Por qué no subes a su despacho y lo compruebas por ti misma? —retaron, sonriendo al saberse vencedoras de la tercera y quizás última batalla entre ellas.

Dicho y hecho. Sin decir una palabra en su defensa se dirigió al ascensor y subió hasta la última planta, donde, un poco más disimuladamente, también había esos rumores de boda. Vince estaba sentado en la zona de espera que había junto a la puerta y, aunque éste le advirtió que no podía entrar, ella abrió la

puerta. Miró la escena sintiendo como su corazón dejaba de latir, luego, sin saber cómo empezar a respirar nuevamente se dio la vuelta y salió del despacho, cerrando tras de sí y corriendo hacia las escaleras.

Cuando Vince le dijo a Ayron que había una chica fuera que quería verle pensó que era su mujer. Tratando de ser lo más profesional posible dentro de la empresa se ajustó la corbata, se aseguró de que no tenía arruga alguna en la americana y acto seguido le pidió a su secretario que la dejase entrar. La recibió con una amplia sonrisa y preparándose para asaltarla y abrazarla y besarla hasta que estuviera satisfecho, pero su sorpresa fue mayúscula cuando, en lugar de ver entrar a su mujer, a quien veía frente a él era la misma chica que había provocado la discusión que tanto les hizo sufrir aquella noche.

—Tessa... —dijo incrédulo.

—Hola Ayron... —saludó con una sonrisa radiante—. Tu secretaria me llamó esta mañana diciéndome que querías verme para tratar nuestro compromiso. — Ayron se quedó sin palabras—. No te imaginas lo feliz que me hace que al fin decidas abandonar tu título de soltero y que quieras hacerlo conmigo.

—Tessa... —murmuró incapaz de decir nada más.

—Lleva días habiendo rumores, supongo que por la cena del otro día...

Ayron se puso en pie y se acercó a ella, quedaba demasiado frío pedirle disculpas desde su silla, quedaba demasiado bajo pedirle que se marchase sin más, decirle que él no tenía secretaria y que aquello no era más que una grave equivocación. Tan pronto como se puso frente a ella, Tessa estiró los brazos y lo abrazó con fuerza. Ayron llevó las manos a su cintura para apartarla, pero entonces ella tomó su cara entre las manos y le besó. Aquello le cogió tan de sorpresa que no supo qué hacer. No estaba devolviendo el beso, ni siquiera estaba sintiéndolo como tal. No sentía nada por ella, ni deseo ni atracción ni simpatía, Tessa era para él igual que cualquier desconocida, de hecho era prácticamente lo que era, ya que solamente se había encontrado con ella en tres

ocasiones. De pronto se abrió la puerta de su despacho y sintió como se le detenía el corazón al ver a Clary, mirándolos con el rostro desencajado y con una expresión que jamás olvidaría. Lo peor no fue eso, sino ver cómo se daba a vuelta y cerraba la puerta sin decir absolutamente nada.

—¿Esa era tu prima? —Preguntó mirando hacia la entrada.

—Era Clarence, Si... —Ayron se limpió los labios con la mano y luego se la llevó a la frente con frustración, sabiendo que no iba a tener como explicar eso a su mujer.

—¿Pasa algo?

—Tessa, Clary no es mi prima. Es mi mujer. Nos casamos hace casi cuatro meses, pero ella también trabaja aquí, así que lo hemos mantenido en secreto para evitar que en la empresa se arme un escándalo.

—Oh, Dios mío... ¿Tu mujer? —Él asintió con la cabeza—. Pero en la columna de hace un mes... Y en la cena...

—Lo siento. Sabía que teníais interés en la empresa y no quería decepcionar a tu padre.

Tessa dio un par de pasos atrás, horrorizada por lo que acababa de hacer. Lo miró con expresión de terror y llevándose las manos a la boca.

—Oh, Dios mío...

—Entenderé si tu padre quiere retirar su inversión de SWC.

—Pero tú secretaria...

—Yo no tengo secretaria, Tessa. Conmigo trabaja solo Vince. Mi familia no aprueba a Clary, supongo que intentan separarnos usándote a ti de carnada.

La muchacha lo miró completamente confundida, pero no le pareció tan descabellado lo que decía, ya que en el círculo en el que se movía, tanto Karen como Leslie tenían fama de arpías.

—Por favor, perdóname... Siento mucho lo que ha pasado. Voy a hablar con ella, le diré...

—Olvidalo. No te preocupes. Cuando llegue a casa le contaré todo. Con un poco de suerte queda como anécdota.

Ella lo miró un par de segundos más y sin pensarlo más salió del despacho, sintiéndose ridícula y avergonzada.

Ayron esperó a que Tessa cogiera el ascensor y arrancó a correr, bajando las escaleras como un loco hacia el departamento de su mujer, pero tres pisos más abajo se detuvo. No podía dejarse llevar por sus propios deseos, no después de lo que acababa de ocurrir y con todo lo que estaba en juego. Además, era muy probable que Clary se enfadase aún más si irrumpía en su oficina y empezaba a excusarse y a disculparse delante de sus compañeras, delante de todo el mundo y lo peor, delante de las dos indeseables que, probablemente, lo habían planeado todo y estaban ahí para regocijarse. Lo mejor, dadas las circunstancias, era esperar a llegar a casa, explicarle tranquilamente todo lo que había pasado, y rezar, con todo su ser, que le perdonase por algo que él mismo había desconocido hasta que pasó.

Clary llegó a su mesa con la cara pálida, tratando de contener las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Madre mía, Clary... ¿qué te pasa? —Preguntó Tali—. ¿Estás bien?

Aquella pregunta alertó a Leah, quien no dudó un solo segundo en acercarse a ella.

—¿Clary?

—Yo... Oh Dios mío... —dijo, respirando como si fuera a empezar a llorar amargamente de un segundo al siguiente. Pero de pronto sacudió la cabeza, cambió la expresión de afligida y respirando profundamente miró a su compañera a la cara—. Ha pasado algo y no pienso permanecer aquí ni un solo

minuto más de la cuenta.

—¿Que ha pasado algo? ¿Clary, qué ha pasado?

—Pronto lo sabréis.

Sin explicar nada a nadie fue derecha a su escritorio, se sentó frente al ordenador y redactó su carta de renuncia. Todas la miraban sin entender nada, preguntándose unas a las otras qué era lo que había pasado, pero sobre todo, por qué diablos Clary, quien siempre iba a trabajar con una sonrisa en los labios ahora estaba renunciando a su trabajo, y con esa expresión en su cara. De uno de los cajones sacó la última carpeta de cartulina que sacaría en esa empresa y metió la carta recién impresa en ella. Recogió alguna de sus cosas y se despidió de sus compañeras con un llano «Nos vemos en unos días». Tras dejar la carta con su jefe se marchó.

No tenía intención de que Ayrón la encontrase en casa, por lo que llenó varias bolsas de basura con todas sus cosas y, en menos de una hora también estaba fuera del apartamento de su marido. No quería pasar por lo mismo que con Colin, no quería verse con el corazón roto al saberse locamente enamorada de alguien que alegremente deja entrar a otra persona en el suyo. Colin tonteaba con otra mientras estaba con ella y, pese a haberle dicho que la quería, Ayrón se besaba con otra en la intimidad de su oficina. Su corazón ya no podía romperse en más pedazos, ya no podía soportar más mentiras, ni más excusas, ni más pretextos, ni podía soportar más una situación en la que había un tercero en discordia, así que la única solución era esa: marcharse, marcharse antes de que las heridas fueran demasiado profundas.

Sabía que Ayrón la buscaría en la casa de su padre en cuanto viera que se había ido, así que ese no sería su destino. Tampoco podía ir a su viejo apartamento porque ya había alguien viviendo allí. Se le ocurrió un lugar en el que no la encontraría por más que buscase, así que, despidiéndose de todo a su alrededor, decidió desaparecer por un tiempo.

Capítulo 14

Había caminado como un alma en pena por su despacho, deseando como un loco que diera la hora de salir para ir a casa y explicar a su mujer que habían sido víctima de sus primas, quienes querían vengarse de ella, quienes querían echarle de la presidencia y quienes solo vivían para hacer daño a los demás. Le había prometido no volver a hacerle daño, y lamentaba no haber tardado nada en incumplir esa promesa. Y aun sería peor, entre otras cosas, porque tenía la certeza de que Sanders querría tomar represalias contra él por culpa de sus primas y tendría que volver a mentir sobre su matrimonio para poder protegerla.

Salió de la oficina media hora antes de tiempo, pasó por delante del departamento de ventas pero, lejos de estar todo tranquilo las chicas estaban alteradas. Se detuvo en la puerta para buscar con la mirada a Clary, pero ésta no estaba.

—Señor Wells... —dijo Valery sonrojándose al verle.

—Clary no está —Aclaró Leah, sabiendo que era a ella a la que buscaba—. Ha dimitido. Dijo que había ocurrido algo y que no quería permanecer más tiempo aquí.

—¿Que ha qué?

—Dimitido. Se ha marchado.

Ayron no esperó que añadiera más a su aclaración, dio un paso atrás y corrió hacia la entrada. Sabía perfectamente lo que había ocurrido y temía que no solo se hubiera ido de la empresa, sino de su casa. Condujo a toda velocidad, llegó a su edificio rompiendo el record de Arthur. Dejó el coche de cualquier forma y corrió al vestíbulo para coger el ascensor, pero el recepcionista llamó su atención

antes siquiera de que llegase a pulsar el botón.

—Disculpe, señor Wells... La señorita Clarence dejó esto aquí para usted.

Ayron cogió el sobre con reticencia. Sabía lo que había dentro aun sin mirar su contenido.

—¿Por casualidad ha dicho dónde iba?

—No. Pero bajó varias bolsas antes de marcharse.

—Yo... Gracias Kyle.

Apretó el sobre entre las manos antes de subir. Respiró hondo al llevar la llave a la cerradura y empujó la puerta deseando que aquello no hubiera sido más que una pesadilla, pero al asomarse al dormitorio que Clary había ocupado las primeras semanas sintió como el alma se le caía a los pies. Aquella habitación volvía a estar vacía, no había ropa de chica en los armarios, ni estaba su ordenador rosa sobre el escritorio, ni el montón de zapatos en el zapatero. De pronto se vio invadido por una angustia que no era capaz de soportar, su pecho se encogió al darse cuenta de que ella se había ido para no volver y corrió a la cocina a por un vaso de agua que le ayudase a pasar el nudo que se había instalado en su garganta y le impedía respirar.

Dio cientos de vueltas por la casa, yendo de un lado al otro sin saber qué hacer. Llamarla no era una solución, sabía que no iba a contestar por muchas veces que lo intentase, pero tampoco podía ir donde estaba ella porque no tenía ni idea de dónde había ido. Estaba desesperado, necesitaba poder hablar con ella sin importar como, necesitaba contarle lo que había pasado antes de que fuera demasiado tarde, necesitaba poder estrecharla entre sus brazos y suplicarle que le perdonase. De pronto recordó que Colin la había llevado a casa de su padre y no dudó en dirigirse allí. Condujo con la misma prisa con la que había ido a casa y llegó a la casita de Will, dejando el coche de cualquier manera en medio de la calle.

—¡Ayron! —exclamó el hombre, sorprendido.

—¿Está aquí? Necesito verla. Por favor.

—¿Te refieres a Clary? —preguntó ceñudo, el muchacho asintió—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vienes a buscarla aquí?

—Mis primas... Clary ha visto... La hija de uno de los inversores lleva tiempo interesada en mí, mis primas la han engañado haciéndole creer que íbamos a casarnos y cuando se ha lanzado a besarme ha entrado tu hija y lo ha visto. —soltó sin pretender ocultar la verdad.

—¿Mi hija te ha visto besándote con otra...? —Ayron asintió de forma extraña, él no se estaba besando con Tessa, era ella la que le besaba, pero a ojos de Clary podría haber sido perfectamente así—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. No me ha dicho nada. Ha dimitido, se ha ido y lo peor, se ha llevado sus cosas.

—Lo siento. Siento que esto vaya a pasar. Sabes que Colin tonteaba con otra cuando estaba con ella, ¿no? —Ayron asintió, temiendo lo que iba a decirle—. Si has perdido su confianza...

—La recuperaré. Le explicaré todo tal y como ha sido. Will, quiero a tu hija. Puede que esto empezase por la fuerza, siendo un negocio divertido para ti y para mi padre, pero quiero a tu hija y haría cualquier cosa por ella. Déjame verla, por favor.

—Ella no está aquí. Ni siquiera me ha llamado para contármelo. No sé dónde está, pero te prometo que en cuanto me llame te lo hago saber.

Ayron pensó que era una artimaña para quitárselo de encima y fingió creerle. Se despidió de él y se metió en el coche para simular que se iba. Cuando Will se metió en casa se acercó sigilosamente para escucharles, pero se sintió rastrero y miserable al comprobar como ese hombre llamaba a su hija por teléfono y le

preguntaba dónde estaba. Llevaba toda su vida rodeado de mentiras, falsedades y de interesados, no estaba acostumbrado a encontrarse con personas cuya verdad fuera siempre por delante. Volvió a llamar a la puerta, esta vez para disculparse por haber dudado de él.

—No ha querido decirme dónde está. Sabe que te lo diré y que cuando te enteres querrás ir a verla. Lo siento.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo puedo...?

—Creo que resignarse y dejar que las aguas vuelvan a su cauce es una buena opción.

—¿Es lo que hiciste con tu mujer?

—No. Yo metí la pata de verdad y ella jamás habría vuelto conmigo. Solo espero que mi hija no sea como ella.

Pasaron cerca de una hora hablando, pero decidió volver a casa, quería estar allí si ella se arrepentía y volvía, quería estar ahí si se daba cuenta de que se había olvidado algo e iba a recogerlo.

Al entrar en el apartamento le inundó la misma angustia que tenía antes de salir. No podía creer que realmente se hubiera ido, que realmente no volviera a verla. Entró en su dormitorio, mirando esa cama de la que, realmente, no debían haber salido esa mañana y se sentó en el borde del colchón. Miró su número en la pantalla del móvil y trató de llamarla una última vez. Para su sorpresa esta vez sí que respondió.

—¡Clary! Oh, por favor, gracias por responder. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? Te has llevado tus cosas. ¿Realmente has dimitido? —decía atropelladamente.

—Estoy bien. —Hizo una pausa—. Ayron, no voy a volver. Yo... Voy a buscar un abogado y prepararé el divorcio. Cuando esté listo iré a verte a tu oficina.

—¿El divorcio? Clary no, por favor. Las cosas no son como parece. Por favor,

por favor vuelve para que hablemos y aclaremos las cosas.

—No hay mucho que aclarar, Ayron. Quizás no sabes lo que se siente, pero no quiero volver a sentirme así por tu culpa, no quiero que haya una quinta vez.

—¿Quinta vez?

—Quinta vez. La primera vez fue cuando ignorando mis propios sentimientos tuvimos que casarnos por la fuerza, la segunda fue cuando tus primas vinieron a humillarme, la tercera fue en esa cena con los Sanders, diciendo que era tu prima y que eras un soltero en busca de tu alma gemela, y la cuarta y última ha sido esta mañana. Me dijiste que me querías y te creí, quise creerte porque yo también... —murmuró, dejando en el aire lo que seguía—. Y esta mañana, en la intimidad de tu oficina... Ayron te estabas besando con alguien y ese alguien no era yo.

—No me creerás aunque te diga que no ha sido cosa mía, ¿verdad?

—No es que te crea o no. Sé que tus primas han tenido que ver con eso, las vi antes de... Pero créeme, no puedo lidiar con eso. Pueden insultarme, mojarme, pegarme, pero no puedo verte con otra. Duele demasiado.

—Clary...

—Hubiera dado cualquier cosa por estar contigo como una pareja normal, aunque al principio no lo fuera. Pero cuando empiezas abrochando mal los botones de una camisa...

—...hay que deshacerlos todos para volver a empezar.

—Exacto.

Ambos se quedaron en silencio, como si no encontrasen las palabras con las que seguir manteniendo esa conversación, pero ella, sin hallar el modo de contener las lágrimas colgó. No quería que la escuchase llorar. Ayron siguió con el teléfono pegado a la oreja, un rato más, deseando que de entre ese silencio la voz de Clary le dijera que no se preocupase, que se olvidaba de todo y que

volvería.

Iba sentada en un asiento de autocar, con la vista fija en la ventanilla, mirando hacia ninguna parte y con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Después de Colin se dijo a sí misma que ningún hombre volvería a romperle el corazón, que ningún hombre estaría con otra mientras estuviera con ella porque solo saldría con alguien que la amase de verdad, alguien que solo pudiera verla a ella. Lo que había sentido al abrir la puerta del despacho de Ayrton y encontrarlo besándose con la rubia de la cena fue peor que si la hubiera arrollado un camión. Fue un dolor indescriptible. Le quería como no podría querer a otro, su relación hasta hacía poco más de una semana había sido fantástica, se había sentido deseada y había deseado a partes iguales, pero después de aquella cena la sombra de Tessa estaba sobre ella.

Hacía dos horas que se había marchado y su teléfono había sonado al menos cincuenta de veces desde entonces. Habían llamado las chicas, Ayrton e incluso su padre, había recibido un centenar de mensajes preguntándole por lo ocurrido, preguntando si se encontraba bien y preguntándole donde estaba, y esa era la cuestión. Bajó del autocar y sacó del maletero las bolsas con sus cosas tan pronto como el conductor le abrió. Arrastró los bultos hasta una puerta de cristal y hierro pintado de blanco, llamó y esperó a que le abrieran.

—¡Clary!

—Hola mamá —dijo, haciendo un gesto con las manos para que viera lo que llevaba con ella.

—¿Pero qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? —Sin poder articular la respuesta se llevó las manos a la cara y empezó a llorar. La mujer bajó los dos escalones que la separaban de su hija y la estrechó entre sus brazos—. ¿Qué ha pasado?

—No sé cómo pasó pero me casé...

—¿No sabes cómo te casaste?

—Si... no... —dijo entre hipidos. Siguió diciendo algo que la madre no llegó a entender—, y ahora le he dejado...

—Vamos, entra. Estábamos a punto de cenar.

—¿Estábamos?

La mujer no respondió, estiró los brazos a los lados de su hija y tiró de un par de bolsas. Clary hizo lo mismo y la siguió hasta el dormitorio en el que su madre dejó sus cosas.

—Ven, sígueme. Voy a presentarte.

Dudó por un momento si seguirla era lo adecuado, ella no estaba ahí para que le presentase nadie, ni estaba para quedarse demasiado tiempo, solo hasta que se tranquilizasen las cosas, hasta que terminase todo lo que debía terminarse.

Eran pocas las veces que había estado en casa de su madre, por estudios, por trabajo y porque ésta era una persona independiente que no había hecho por mantener una relación maternal con ella. Al llegar al salón encontró a un hombre de unos cincuenta años, muy elegante y pulcramente vestido, una chica de no más de quince años y a un chico con gafas que probablemente rondaba su edad. Todos la miraron sin saber de quien se trataba.

—Ellos son Stanley, Savannah y Nathan. —señaló—. Ésta es Clary, mi hija.

—Encantada —murmuró.

Aquella gente respondió de igual modo.

—Vamos, siéntate. Donde caben cuatro caben cinco.

—No. Cenad tranquilos, yo saldré un rato al jardín...

Clary apretó su teléfono entre las manos y cruzó las puertas hasta la parte trasera de la casa, donde su madre tenía un coqueto jardincito con piscina. Se sentó a la derecha, en una de las sillas de forja que acompañaban una pequeña

mesa del mismo material y pintada del mismo color que la puerta de la entrada. Cruzó las piernas y se fijó en la pantalla de su móvil. Lamentaba no haberle hecho una foto a su marido, lamentaba no tener nada de él, ni un mensaje, ni una nota de voz, nada, solo un número que había guardado con otro nombre y solo eso. Después de la llamada con su padre no había vuelto a sonar, supuso que las chicas estarían en casa, que su padre estaría cenando y Ayrón... Tan pronto como pensó en él apareció su número en la pantalla. Pensó en no descolgar, como las veces anteriores, pero entonces temió que ya no volviera a llamarla y no volver a oír su voz. Aunque fuera por última vez descolgó el teléfono. Por un momento, al escucharle, se llenó de arrepentimiento. De haberse quedado en su apartamento probablemente lo tendría delante, podría verle, escuchar su voz de verdad, no a través del teléfono, pero luego se dio cuenta que de haber sido así terminaría cediendo, porque le quería, porque le quería de verdad y porque verle mal también la ponía mal a ella. Se había ido de su apartamento con la intención de terminarlo todo y así sería. No quería volver a sentirse como lo hacía, así que esa era la única forma. Se quedaron en silencio y cuando ella supo que era el final de la conversación cortó la llamada, subiendo los pies a la silla, abrazándose a sus rodillas y llorando desconsoladamente.

Entró cerca de una hora más tarde, al sentirse un poco más tranquila, aún tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero no le importó que la vieran así.

—Clary. —Dijo su madre antes de que ésta se metiera en el cuarto en el que estaban sus cosas. Ella se acercó tragando con fuerza para poder responderle—. Ven, siéntate —señaló uno de los sillones que había frente a una enorme mesa de centro—. Pareces un poco más tranquila. ¿Qué tal si me cuentas lo que ha pasado? —Clary se fijó en aquella gente antes de mirar a su madre—. Vale. Parece que tengo que hablar yo antes. Hace cuatro años que Stanley se mudó aquí con sus hijos. Es abogado especializado en divorcios y es en su despacho donde nos conocimos.

—Ellos son mis hijos. Hace ocho años que murió su madre y cuando tu madre

me propuso vivir juntos vinieron conmigo. Espero que no te moleste.

—No me molesta —dijo mirándolos.

La muchacha la miraba directamente, en cambio su hermano parecía ignorarla adrede, lo que tampoco le preocupó.

—Puedes hablar con confianza. ¿Qué es eso de que te casaste?

Clary tragó con fuerza pero se sentó en el sillón y, apretando su móvil entre las manos empezó a hablar.

—¿Recuerdas a Bruce Wells? —La madre miró hacia arriba un instante y justo después asintió—. Hace cinco meses Bruce y papá se reencontraron y decidieron casarnos a... Ayron y a mí. No sé cómo fue, todo pasó muy rápido, y antes de que me pudiera dar cuenta ya estaba saliendo del juzgado.

—¿Y por qué estás aquí? ¿Porque no quieres seguir casada con él?

—Algo así. ¿Tú fuiste el que divorció a mis padres? —Preguntó a Stanley, el hombre asintió—. ¿Podrías... podrías ayudarme con el mío?

La madre de Clary la miraba con el ceño fruncido, ella no quería divorciarse. Una mujer que quiere divorciarse no llora como ella lo había hecho un rato atrás, no tiene esa angustia.

—Claro que puedo. Pero siendo un matrimonio por la fuerza podrías haberlo anulado.

—Fue por la fuerza unos días.

—Luego se enamoró de él. —dijo la madre mirándola a los ojos. No necesitaba confirmación. Esa niña era igual que su padre y podía leerse en ella como en un libro abierto.

Stanley y ella fueron a un pequeño despacho que éste tenía en la buhardilla. Rellenaron todos los datos que el abogado necesitaba para preparar la demanda de divorcio y acto seguido ella bajó a su habitación, estirándose en la cama,

pensando en qué iba a ser de su vida de ahora en adelante.

Aquella prometió ser la primera de muchas noches tormentosas para ambos.

Capítulo 15

Hacía varios días que se habían separado y aquella mañana Stanley le avisó de que ya estaban listos los papeles del divorcio, así que ya podía pasarse por su despacho. Para su mala suerte, el bufete del novio de su madre estaba realmente cerca de SWC, por lo que al recoger los documentos, tendría que ir a llevárselos a Ayrón. Del mismo modo, quizás ese mismo día todo estuviera terminado entre ellos.

Durante esos días había estado buscando apartamento, hasta que tuvo que mudarse con Ayrón había vivido sola, y había sido así desde hacía más de un año, ahora no pretendía, ni vivir de su madre, ni irrumpir en las vidas de su nueva familia. Se quedó con el que más le había gustado de todos los que había visto, un apartamento pequeño y coqueto que quedaba a diez minutos de SWC y en dirección contraria a la de Ayrón, así tendría la certeza que no se cruzaría con él ni por accidente. Firmó el contrato de alquiler en compañía de su madre y después de recibir las llaves, fueron al bufete.

—¿Estás segura de esto? Cuando te has acostumbrado tanto a una persona, al separarte de ella te sientes perdida.

—Mamá, mi relación con él fue un error. Su familia me odia, tiene demasiadas chicas detrás de él y muchas de ellas serían un buen partido. Esto es lo mejor para él.

—¿Es por una de esas chicas por lo que tomaste esta decisión? —preguntó presionando el botón del piso de Stanley.

—Sí y no. Cuando mejor estábamos con nuestro matrimonio nos encontramos con esa chica... después de decirme que me quería los vi besándose en su

oficina... Sé que es cosa de su familia, pero no quiero sufrir más y estar con él es el precio que hay que pagar. Le quiero, nunca lo negaré porque es la verdad, pero no puedo estar con alguien como él. Prefiero estar perdida y dolida unos días, poco a poco aprenderé a respirar otra vez.

La mujer miró a su hija viendo en ella una fortaleza que a ella misma le había costado mucho encontrar cuando dejó a Will. Sonrió tristemente al saber lo mucho que iba a sufrir su hija, pero la apoyaría, la apoyaría aunque supiera que se estaba equivocando. Lo bueno era que tenía solo veintitrés años, y que con el tiempo, encontraría a quien le hiciera olvidar a Ayron. Ya en la oficina Stanley le ofreció el sobre con los documentos, preguntándole exactamente lo mismo que su madre, que si estaba segura, pero lo estaba, aquello nunca debió ser y estaba segura de lo que hacía.

Tomó el sobre con los documentos, agradeciéndole que no le cobrase los honorarios que, como abogado, debía cobrar. Luego se marchó.

Se detuvo frente a la entrada de SWC, recordando las veces que se encontraron en la entrada, a veces accidentalmente, a veces adrede, las veces que se sonrojó y entró nerviosa... Miró con nostalgia la puerta del que fue su departamento por más de un año y desvió la mirada hacia la escalera principal, dirigiéndose a ellas para terminar lo que había empezado cuatro meses atrás en aquella misma oficina. Subió a pie hasta la primera planta y allí tomó el ascensor hasta el último piso. Saludó a Vince, quien le dio paso, y acto seguido entró en el despacho del presidente. Recordó la primera vez que lo vio allí, sentado, mirándola con autosuficiencia y con su traviesa sonrisa de medio lado. Se miraron unos segundos antes de que ella tomase aire y acortase la distancia, colocándose frente a su mesa.

—Hola Ayron —saludó más fríamente de lo que quiso.

—Clary... —Murmuró. Su mirada se iluminó al nombrarla—. Dios mío, ¿Estás bien? Te he echado mucho de menos.

Ayron se puso de pie con intención de rodear la mesa, pero ella actuó antes de que se le acercase.

—Estoy bien —dijo tratando de ocultar sus propios nervios por tenerle cerca—. Solo vengo para traerte esto —añadió levantando la mano en la que tenía el sobre con los documentos de divorcio—. Necesito que lo firmes.

—¿Y si no quiero firmarlo? —preguntó retórico.

—Entonces dejará de ser un matrimonio secreto. —Aclaró—. Gritaré a los cuatro vientos que soy tu mujer y no tendrás más remedio que aceptarlo, con las consecuencias que pueda traer para tu imagen, para la empresa o para tu familia el que se sepa. Dejarán de haber malos entendidos con inversores, con hijas de inversores y con los falsos rumores, por mucho que tu familia quiera meter las narices. Llevarás alianza igual que la he tenido que llevar yo. —Ayron fue frunciendo el ceño a medida que ella iba enumerando—. Si no quieres terminarlo esas son las condiciones.

—Está bien. ¿Quieres terminarlo? —Ella asintió con la cabeza—. Muy bien. —Ayron cogió la pluma y garabateó en el espacio en el que estaba su nombre—. Con esto está todo terminado. ¿Contenta? —Dijo de mala gana, dejando caer el bolígrafo sonoramente sobre la mesa. Estaba frustrado.

Clary miró el papel con un dolor indescifrable en el pecho.

—¿Sabes Ayron? Deseaba con todas mis fuerzas que por una vez me pusieras a mí por encima de todo. Que cogieras ese papel, lo destrozaras, me abrazaras y me dijeras que yo era más importante que todo lo demás. Pero con esto me has dejado claro cómo de importante he sido en tu vida. Te has impuesto delante de mis amigos marcándome como tuya, luego me has negado delante de tus empleados, tus socios y tus conocidos, y cuando tienes la posibilidad de corregirlo decides huir.

Ayron cerró los puños, ella tenía razón. Cogió el documento para leerlo y se dio cuenta de que ella no pedía absolutamente nada y que, por si fuera poco,

añadía una cláusula en la que indicaba que le devolvería la suma que cobró su padre y que le daría una pequeña cantidad por los meses que vivió en su casa. Cuando la miró para recriminarle por esa cláusula ella se acercó a él y dejó sobre su escritorio el anillo que habían comprado juntos. Él miró la joya creyendo que se moría al comprobar que realmente estaba todo terminado.

—Adiós, Ayrón. Espero que tengas la vida que deseas tener. Y que encuentres a la indicada, la única con la que realmente quieras pasar el resto de tu vida.

Tan pronto como ella tomó el sobre y se dio la vuelta corrió para frenarla.

—Clary... —Murmuró. Pero no fue capaz de pedirle perdón por todo, decirle que dejaran ahí todo lo ocurrido y empezasen de nuevo.

Observó, incrédulo, como salía de su despacho y le dejaba completamente solo. Permaneció inmóvil unos segundos, arrepintiéndose de lo que acababa de hacer en un arrebato, víctima de la impotencia y el enfado de ver como la única chica con la que se había sentido así, estaba dejándole. Le rogó a su propio cuerpo que se moviera, que corriera tras ella e hiciera lo que ella deseaba, que rompiera esos documentos y la besase, y le dijera que la quería, y que para él no había nadie más, pero no se movió.

Aquella quinta vez que Clary no quería sufrir, acababa de suceder y su corazón ya no podía estar más roto. Ayrón había firmado el divorcio y había permitido que saliera de su despacho sin decir una palabra. Caminó lentamente hasta el elevador del fondo, tratando de permanecer el mayor tiempo posible ahí, por si salía a buscarla, pero no lo hizo, y el ascensor llegó, y subió a él sin volver a verle.

Esta vez no iba a ser como la anterior, entró en su ex departamento con una sonrisa y soltó el bolso y el sobre encima de la que fue su mesa, se acercó a Leah y la abrazó con fuerza, luego hizo lo mismo con Elisa, Tallulah, y el resto.

—Hace cuatro días actuaste de la forma más extraña y repentina del mundo, no nos explicas nada y ni siquiera te paras a despedirte de nosotras y ahora llegas con tu actitud cariñosa ¿y pretendes que seamos amables contigo? —soltó Leah completamente enfadada.

—Lo siento...

—Entendemos que no dijeras nada de tu relación con él, pero es odioso que renuncies por un arrebato de celos —dijo Miren.

—Lo siento, de verdad que lo siento. Pero es un poco más difícil de explicar. Sé que estáis enfadadas conmigo... Hace un rato me han dado las llaves de mi nuevo apartamento, ¿Queréis venir? Podemos tener una cena de inauguración o algo así y puedo explicároslo todo si queréis.

Las chicas se miraron entre sí, como buscando una aprobación la una en la otra.

—Vamos, chicas, habéis estado estos días lloriqueando porque Clary se había ido, ¿ahora que viene y os pide que vayáis a cenar con ella tenéis que pensarlo? Cuenta conmigo. No llevo tanto tiempo con vosotras, pero cuenta conmigo —soltó Zac, acercándose a ella para abrazarla—. Por cierto, es una lástima, disimulabais muy mal y se notaba a la legua. Hacíais muy buena pareja.

Clary no pudo contenerse más, devolvió el abrazo a su ex compañero y empezó a llorar, llevando a las otras chicas a hacer lo mismo.

Ayron miraba la copia de la demanda de divorcio sin terminar de creer que fuera cierto. Quizás para ella hubiera sido distinto, pero a él no le había costado acostumbrarse a ella, no le había costado en absoluto, todo lo contrario, desde que ella estaba en su vida todo era emocionante, llegar a la empresa y verla ruborizarse al encontrarse en la entrada, pasar al mediodía por la cocina deseando encontrarla allí, y lo mejor de todo, llegar a casa, y saber que estarían

juntos toda la noche. Al fijarse en las fechas se le heló la sangre al ver que ese día no solo habrían hecho cuatro meses de casados, además era el cumpleaños de su mujer.

—Y este es mi último regalo: un corazón roto y una vida en soledad... — murmuró, reclinándose en el respaldo de su silla y mirando al techo para evitar que las lágrimas empezasen a brotar.

La mañana había pasado en un santiamén yendo de un lado a otro, y la tarde prometía ser igual. Su madre y Stanley llevaron sus cosas a su nuevo apartamento y, para su sorpresa, tanto la hija como el hijo del abogado se ofrecieron para ayudarle a repartir las cosas por la casa.

—Me da un poco de pena tu situación —dijo la muchacha—. Yo rompí con mi ex hace dos semanas y estuve dos días llorando sin parar. Tú has roto con tu marido...

—Pero todo se supera, ¿verdad?

Savannah asintió con una sonrisa radiante que arrastró también a Clary.

Los dos adultos miraron a las chicas pensando que, si realmente se tratasen un poco más, terminarían siendo grandes amigas a pesar de la diferencia de edad.

Cerca de la hora de la cena la madre de Clary quiso llevarla a su casa para que cenase con ellos, pero en su primera noche en ese apartamento tenía invitados, por lo que lo pospusieron para otro día.

—Podéis quedaros, si queréis —propuso a Savannah y a Nathan.

Los dos se miraron tentados a quedarse, pero terminaron marchándose y dejándola sola.

Clary no tuvo tiempo de deprimirse, apenas cinco minutos después de que su madre se fuera llegaron las chicas al apartamento, ruidosas como siempre y repletas de bolsas con comida, bebidas y detalles para su nueva casa.

—Así que este es tu nuevo pisito de soltera.

—Dios, Elisa, que poco tacto tienes. La pobre se nos acaba de divorciar del Dios de SWC y tu bromeas con eso —empezó Tali.

Todas rieron, incluida la anfitriona.

Las chicas entraron seguidas por Zac. Clary se alegró de que él también estuviera allí.

—¿Cómo supisteis que estaba con Ayron?

—Empezamos a sospechar que algo pasaba cuando Ayron vino a la oficina pero se fue corriendo cuando supo que habías dimitido. Luego ha estado llegando tarde, con ojeras, sin afeitarse, desarreglado. Suponíamos que era por una chica y entonces Leah lo cuadró todo.

Clary miró a su amiga y sonrió tristemente.

—Te dije que estaba interesado en ti... Admite que tengo buen ojo.

—Siento haberos escondido esto, pero realmente no podía decir nada. Y os pido que por favor guardéis el secreto. No puede enterarse nadie.

—No diremos nada.

—No, no diremos nada, pero a cambio tú vas a tener que hablar. ¿Cómo diablos lo hiciste para casarte con alguien como él?

—Su padre y el mío son amigos de la infancia. Él tenía que casarse para demostrar a su odiosa familia que es respetuoso con su puesto y poder mantener la presidencia, mi padre... bueno, ya sabéis que mi padre tenía deudas.

Pese a que tener deudas no es algo de lo que sentirse orgulloso, Clary no lo tenía como un secreto, compartiendo tantas horas de oficina como compartían, yendo a comer juntas casi a diario y saliendo de vez en cuando como lo hacían, sabían mucho las unas de las otras, por lo que no le importó que supieran que había tenido dos trabajos para poder pagar las deudas de su padre o que éste

había perdido su casa y las había dejado en la calle.

—Y el padre de Wells os ayudó. —ella asintió—. ¿Le quieres? ¿Es tan caliente como aparenta por fuera? —Clary dudó en si responder o no—. Vamos, no es difícil de responder. ¿Estás enamorada de él?

—Lo estoy. ¿Quién no lo estaría? Es tan...

—¿Sexy?

—Sexy, y muy impulsivo, y gracioso. Buscaba cualquier excusa para... —se detuvo mirándose la mano en la que había llevado la alianza.

No quería seguir hablando de un imposible, de algo que ya había terminado y que no iba a volver a ser.

—Desde el lunes ha pasado todos los días por la oficina, se ha parado solo un segundo y se ha fijado en tu mesa.

—Se le pasará. Seguro que Ayrton no es del tipo de hombre que está acostumbrado a que las mujeres rompan con él. Y a mí también se me pasará. Y todo volverá a la normalidad como si estos cuatro meses nunca hubieran existido.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscar un trabajo. Terminar mis estudios...

—Volviendo al Dios de SWC... —Empezó Elisa—, tendrás que hacer un esfuerzo y contarnos como es... ya sabes... —todas asintieron expectantes.

Zac negó con la cabeza como si estuvieran locas y se levantó para ir a la cocina y servir a esa panda de chifladas, la primera ronda de bebidas.

La diversión, las confesiones y los secretos se alargaron hasta las tres, después de eso empezaron a marcharse hasta que, finalmente, se quedó sola, en un apartamento en que viviría sin más compañía que ella misma, en el que

dormiría sola y al que tendría que acostumbrarse.

—Hoy empieza mi nueva vida —Dijo dándose la vuelta tras cerrar la puerta, estirando los brazos y tomando aire con fuerza.

Como cada día desde que Clary se fue, se levantó, se vistió y se fue. No se preocupó en desayunar, ni siquiera miró hacia la cocina antes de salir de su apartamento. Esperó a su chófer y se dirigió a SWC. Ésta vez no pasó por delante del departamento de ventas, hacía dos semanas que Clary le había dejado y ya no merecía la pena seguir lamentándose por algo que no iba a poder arreglar aunque pidiera perdón de cien mil maneras distintas, aun así no pudo evitar mirar hacia allí antes de subir las escaleras al primer piso. Esos días sin ella habían sido una completa tortura, la veía dondequiera que mirase, deseaba encontrarse con ella en cualquier parte, incluso había preguntado a Will por ella, pero, salvo que había estado unos días con su madre, no había mucho más que pudiera decirle.

Al entrar en su despacho se encontró con algo inaudito, las chicas del departamento de ventas estaban allí, sentadas en el sofá, su secretario estaba atado a la silla con cinta adhesiva a modo de mordaza. Dio un paso atrás cuando Vince le indicó con la mirada que se fuera, pero tan pronto como lo vieron se acercaron a él, agarrando sus brazos y llevándolo hacia el sofá.

—¡Esperad! —Dijo Tallulah—. El secretario no puede enterarse.

Se acercó a él y lo arrastró junto a la silla hasta la salita de espera que había fuera del despacho del presidente.

—Venimos a hablarte de Clary —empezó Miren—. Lo habréis dejado pero... —Ayron abrió los ojos de par en par—. Tranquilo, ella no nos ha dicho nada, lo descubrimos nosotras y ella nos aclaró los puntos que quedaban en el aire.

—Ella está enamorada de ti, y tú no puedes negar que lo estás de ella —soltó

Leah de pronto—. Haz lo que sea, pero arregla las cosas con ella.

—Disculpad, pero mi vida privada no os interesa.

—Claro que nos interesa —dijo Elisa—. Tener en primicia una historia de amor como la vuestra... Además ella es nuestra amiga y queremos ayudarla como podamos.

—Nos pidió que mantuviéramos en secreto lo vuestro, así que puedes confiar en nosotras.

—Entonces ayudadla a que siga siendo secreto.

—¿Sabes que hemos estado en su nuevo apartamento un par de veces ya? — Leah sonrió con expresión retórica. Sabía que le interesaría saber su dirección—. ¿Sabes que ha retomado sus estudios?

Ayron se sintió terriblemente tentado por preguntarles, pero no lo hizo. Se puso de pie y se acercó a la vidriera, dándoles la espalda.

—No te hagas de rogar. Probablemente la conocemos mejor que tú. Podemos ayudarte a recuperarla.

—Y supongo que querréis un aumento por mantener el secreto, que querréis...

—¿Tu nunca has tenido amigos? ¿Siempre has tenido que pagar por todos los favores que te han hecho? Ayron, estás buenísimo, y es un orgasmo para la vista verte pasear por nuestra oficina, pero la ayuda que te ofrecemos no es solo por ti. Es a Clary a la que hemos visto llorar desesperada, a la que hemos visto fingir una sonrisa cuando en realidad no quería hacerlo.

Leah hablaba mientras las otras la miraban completamente boquiabiertas por la soltura con la que hablaba y por las cosas que estaba diciendo al jefazo de SWC. Ayron apretaba los puños a los lados de su cuerpo sin darse la vuelta, pero Leah se había puesto cerca de él y se había dado cuenta de que trataba de contenerse de hablar.

—Di algo. Dilo antes de que nos arrepintamos de haber venido a hablarte de

ella.

—Deja que me lo piense. —Dijo sin girarse—. Ella cree que estar conmigo es un imposible, y que no me importa, que...

—Haz lo que quieras. —cortó tajante—. Si no te atreves a intentarlo está bien. Eventualmente te olvidará, conocerá a otro que la haga reír, que la busque con cualquier pretexto solo para besarla o abrazarla, conocerá a otro con el que pasará las noches, con quien compartirá el resto de sus días...

Era cruel decir las cosas como las estaba diciendo, sobretodo porque todas lo habían visto afectado por ese divorcio, pero creía que esa era la única manera de hacerle entrar en razón. Había una posibilidad de que él estuviera pasándolo igual de mal que Clary, y con esas palabras podía, quizás, hacer que reaccionase, que lo intentase una y otra vez hasta que la hiciera ver que estar juntos era la única forma de ser felices. Sin esperar a que Ayrton se decidiera si quería ayuda o no, hizo un gesto a las chicas y salieron del despacho, desatando a Vince y dejándolo entrar nuevamente a la oficina.

Esperaron el resto de ese día, y el siguiente y el siguiente, pero Ayrton parecía tan dispuesto a zanjar ese asunto como lo estaba Clary.

Capítulo 16

Hacía un mes que Clary le había dejado y aun no era capaz de hacerse a la idea. Solo había estado con ella cuatro meses, pero habían sido los mejores cuatro meses de su vida, por cómo era ella y lo mejor, por cómo era él cuando estaba con ella.

Había muerto mil veces por pedirle a las chicas toda la información que pudieran darle: dónde estudiaba, dónde vivía, qué hacía cada minuto de sus días, pero el asunto de su divorcio todavía estaba candente en la familia Wells, quienes habían ido más de una decena de veces a su oficina para reírse de él.

Tanto sus tíos como sus primas se habían burlado de él por lo que siempre creyeron que fue mentira, pero él había hecho caso omiso a lo que decían.

Aquella mañana estaba lejos de querer escuchar sus risas estúpidas, los comentarios de que una donnadie le había dejado, de modo que, cuando ellos entraron en el despacho, Ayron simplemente se puso en pie con intención de marcharse. No tenía intención alguna de escucharles, de tratar de defenderse o de defender a Clary.

—No hagas planes para la hora de comer —dijo uno de sus tíos.

—Al parecer el viejo te ha buscado pareja —se rió Karen, cubriéndose la boca con una mano y con una expresión llena de maldad.

—No tengo intención de casarme un mes después de mi divorcio.

—Creo que mientras seas un mantenido de la familia tendrás que acatar lo que se te ordene —soltó uno de los hombres, poniéndose en pie con actitud hostil—. No hagas planes para la comida. Mi padre quiere verte.

Ayron resopló con frustración y salió del despacho cerrando de un sonoro

portazo. Negó con la cabeza al oír las risas de sus primas a sus espaldas. Detestaba que creyeran que podían hacer con él lo que quisieran y lo peor, que lo consiguieran.

¿Su abuelo quería hablar con él? Adelante, pero no iba a esperar a la hora de comer. Iría a verle, pero no cuando ellos quisieran, sino cuando él lo decidiera y, mientras el cuarteto de detestables reía en su oficina, él bajó al aparcamiento con intención de dirigirse a la residencia familiar.

La última vez que había estado allí había sido con su mujer, bajó la mirada creyendo que jamás se repondría de su ruptura, pero al escuchar una voz lejana volvió en sí. Adoptó una postura erguida y, con paso firme, se dirigió al despacho de su abuelo con intención de pararle los pies si se le ocurría mencionar un matrimonio que él estaba muy lejos de desear.

Entró en el estudio de su abuelo esperando que empezase a decirle que tenía que casarse, que le dijera que tenía que empezar a buscar esposa y que se plantease tener hijos, básicamente lo que venía escuchando las últimas dos semanas por parte de sus tíos, pero lejos de lo que pensó, Oliver no estaba con su típica postura rígida y el rostro serio. No evitó mirarle y cuando lo hizo no lo hizo con desprecio.

—Has llegado antes de lo que te esperaba. Siéntate —dijo, acercándose a una mesita que tenía a un lado con una botella de whisky y algunos vasos—. ¿Quieres?

—No. Tengo que conducir.

—Te extrañará que no me haya reído de que Clarence te haya dejado. — Ayron no respondió—. Al contrario que tus tíos o tus primas, a mí no me hace feliz que se haya ido.

—¿Puedo saber qué significa eso?

—Me gusta Clary. Es una chica encantadora y te quiere de verdad.

—Sus actos no lo demuestran, ¿no es lo que pensáis todos?

El hombre dio un largo sorbo de la bebida de su vaso y se sentó en un sillón frente al que ocupaba Ayron. Su mirada no tenía esa soberbia que le caracterizaba y Ayron se preguntó si estaba enfermo.

—Cuando vinisteis juntos para mi cumpleaños le pedí que se quedase a tu lado, que aguantase aunque las cosas se pusieran difíciles. —Ayron miró a ese hombre sin saber qué demonios estaba pasando—. Me dijeron que era una farsa, que vuestro matrimonio era falso. Para que se callasen le ofrecí lo que ella quisiera a cambio de que te dejase. ¿Sabes lo que pidió? que te diera esa empresa que tanto mereces. —Entre los dos se hizo un silencio intenso. Oliver no sabía cómo hablar con su nieto y Ayron no acababa de encajar que ese hombre hubiera pretendido pagarle para que le dejase—. Solo voy a decirte esto una vez, así que escucha bien. Sabes que siempre me han acusado de que tu madre era mi favorita —Ayron asintió—. Pues lo era. Y de todos, tú eres mi nieto favorito, por eso es que estás en la presidencia de la empresa más importante para mí. —Ayron escuchaba atónito, ya no solo por sus palabras, sino porque sentía que lo que le estaba diciendo ese hombre era completamente cierto—. Clarence me recuerda a tu abuela y a lo increíblemente feliz que me hacía con su mera existencia. Delante de esos buitres no puedo ser afable contigo, porque me acusarían de estar senil, invalidarían todo mi poder y nos despellejarían antes de dejarnos sin nada. Pero quiero que sepas que si decides recuperarla, tienes todo mi apoyo. Y mis ánimos.

—Se fue de la empresa y de mi apartamento. Se despidió de mí por teléfono y lo único que sé es lo poco que sus amigas me cuentan.

—Toma. —dijo el hombre, ofreciéndole un sobre de papel marrón que había sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Eso es todo lo que he podido averiguar de ella: su dirección, el horario de sus clases, el autobús que coge, donde hace su compra semanal... No sabía si algún día tendríamos esta conversación, así que he pedido esto por si algún día podíamos hablar.

Ayron abrió el sobre sin mucha expectativa, pero Oliver tenía razón. Al mirar a su abuelo para agradecerle se dio cuenta de que sonreía, y él no le había visto sonreír desde hacía muchos años.

—Ahora, si no quieres una copa, vete. Pero me gustaría pedirte un favor antes... —el joven asintió antes de ponerse en pie—. Si te preguntan...

—Ha sido el de siempre. De hecho no le reconozco.

—Lo siento. Es el precio que tenemos que pagar si queremos seguir como estamos. Si se dieran cuenta...

—Creo que me hago una idea de lo que son capaces de hacer. Muchas gracias por esto.

—No me las des. Solo haz lo que tienes que hacer. Y si es posible, dame un bisnieto antes de que me muera.

Ayron sonrió levemente, asintió con la cabeza y después de levantar un par de dedos como saludo, salió de la oficina, caminando a paso ligero hacia el aparcamiento.

Bajó del coche y cruzó la acera acercándose al portal en el que Clary vivía. Buscó en el interfono el número dos de la tercera planta y acarició el botón, imaginándose qué decir si llamaba y ella respondía. Miró el documento que su abuelo le había dado y el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que, si estaba en lo cierto, en solo unos minutos la vería por primera vez en un mes que pareció un siglo. Cruzó la calle hasta el parque que había al frente y se sentó en uno de los bancos de colores. Quedaba tras unos arbolitos perfectamente

recortados por arriba, por lo que estaría bastante oculto. Esperó impaciente, contando cada segundo hasta que, de pronto, la vio girar la esquina.

En cuanto la vio, con bolsas en las manos, no pudo evitar que su corazón se acelerase. Ahí estaba ella, igual que un mes atrás, tan hermosa, tan sencilla, tan... La contempló mientras dejaba las cosas en el escalón y la miró, sin apartar la vista de ella ni un solo segundo hasta que, después de abrir, desapareció tras la puerta.

Hasta ese momento había deseado que Clary se arrepintiese y le diera la posibilidad de volver con ella, pero ahora estaba convencido de que, haría lo que tuviera que hacer para conseguir que volviera de nuevo a su vida, porque sin ella no era tan apasionada, porque sin ella no era tan divertida y porque sin ella, su vida no tenía sentido.

Sonrió ampliamente al alejarse de allí, trazando un plan infalible que daría forma poco a poco para volver a atraparla en sus redes, esta vez de forma que no pudiera escapar jamás.

Continuará...